

NAUFRAGIOS

DE ALVAR NUÑEZ

CABEZA DE VACA

Y

RELACIÓN DE LA JORNADA,

QUE HIZO A LA FLORIDA CON EL ADELANTADO,

PANFILO DE NARVAEZ.

CAPITULO I. En que cuenta cuando partió el Armada, y los Oficiales, y Gente, que iba en ella.

A diez y siete días del Mes de Junio de mil quinientos y veinte y siete, partió del Puerto de San Lucar de Barrameda, el Gobernador Pánfilo de Narváez, con Poder, y mandado de V. Maj. para conquistar, y gobernar las Provincias, que están desde el Rio de las Palmas, hasta el Cabo de la Florida, las cuales son en Tierra-firme; y la Armada, que llevaba eran cinco Navíos, en los cuales, poco mas, ò menos, irían seiscientos Hombres. Los Oficiales que llevaba (porque de ellos se ha de hacer mención) eran estos, que aquí se nombran: Cabeza de Vaca, por Tesorero, y por Alguacil Mayor; Alonso Enríquez, Contador; Alonso de Solís, por Factor de V. Maj. y por Veedor; iba un Fraile de la Orden de San Francisco por Comisario, que se llamaba Fr. Juan Suarez, con otros cuatro Frailes de la misma Orden: llegamos à la Isla de Santo Domingo, donde estuvimos casi cuarenta y cinco días, proveyéndonos de algunas cosas necesarias, señaladamente de Caballos. Aquí nos faltaron de nuestra Armada mas de ciento y cuarenta Hombres, que se quisieron quedar allí, por los partidos, y promesas, que los de la Tierra les hicieron. De allí, partimos, y llegamos à Santiago (que es Puerto en la Isla de Cuba) donde en algunos días, que estuvimos, el Gobernador se rehízo de Gente, de Armas, y de Caballos. Sucedió allí, que un Gentil-hombre, que se llamaba Vasco Porcalles, Vecino de la Trinidad (que es en la misma Isla) ofreció de dar al Gobernador ciertos Bastimentos, que tenia en la Trinidad, que es cien Leguas del dicho Puerto de Santiago. El Gobernador, con toda la Armada, partió para allá: mas llegados à un Puerto, que se dice Cabo de Santa Cruz, que es mitad del camino: pareció le, que era bien esperar allí, y enviar un Navío, que trájese aquellos Bastimentos, y para esto mandó à un Capitán Pantoja, que fuese allá con su Navío, y que Yo, para mas seguridad, fuese con él, y él quedó con cuatro Navíos, porque en la Isla de Santo Domingo había comprado un otro Navío. Llegados con estos dos Navíos al Puerto de la Trinidad, el Capitán Pantoja fue con Vasco Porcalles à la Villa, que es una Legua de allí, para recibir los Bastimentos: Yo quedé en la Mar con los Pilotos, los cuales nos dijeron, que con la mayor presteza, que pudiésemos, nos despachásemos de allí, porque aquel era un muy mal Puerto, y se solían perder muchos Navíos en él; y porque lo que allí nos sucedió, fue cosa muy señalada, me pareció, que no seria fuera de propósito, y fin, con que Yo quise escribir este Camino, contarla aquí. Otro día de mañana comenzó el tiempo à dar no buena señal, porque comenzó à llover, y el Mar iba arreciando tanto, que aunque Yo di licencia à la Gente, que saliese à Tierra, como ellos vieron el tiempo que hacia, y que la Villa estaba de allí una Legua, por no estar al Agua, y frio, que hacia, muchos se volvieron al Navío. En esto vino una Canoa de la Villa, en que me traían una Carta de un Vecino de la Villa, rogándome, que me fuese allá, y que me darían los Bastimentos, que hubiese, y necesarios fuesen; de lo cual Yo me excusé, diciendo, que no podía dejar los Navíos. A medio día volvió la Canoa con otra Carta, en que con mucha importunidad pedían lo mismo: y traían un Caballo en que

fuese. Yo di la misma respuesta que primero había dado, diciendo, que no dejaría los Navíos; mas los Pilotos, y la Gente me rogaron mucho, que fuese, porque diese prisa que los Bastimentos se trajesen lo mas presto que pudiese ser, porque nos partiésemos luego de allí, donde ellos estaban, con gran temor, que los Navíos se habían de perder, si allí estuviesen mucho. Por esta razón Yo determiné de ir à la Villa, aunque primero que fuese, dese proveído, y mandado à los Pilotos, que si el Sur, con que allí suelen perderse muchas veces los Navíos, ventase, y se viesen en mucho peligro, diesen con los Navíos al través, y en parte que se salvase la Gente, y los Caballos; y con esto Yo salí, aunque quise sacar algunos conmigo, por ir en compañía, los cuales no quisieron salir, diciendo, que hacia mucha Agua, y frio, y la Villa estaba muy lejos, que otro día, que era Domingo, saldrían, con el ayuda de Dios, à oír Misa. A una hora, después de Yo salido, la Mar comenzó à venir muy brava, y el Norte fue tan recio, que ni los Bateles osaron salir à Tierra, ni pudieron dar en ninguna manera con los Navíos al través, por ser el viento por la Proa; de suerte, que con muy gran trabajo, con dos tiempos contrarios, y mucha Agua que hacia, estuvieron aquel día, y el Domingo, hasta la noche. A esta hora, el Agua, y la Tempestad, comenzó à crecer tanto, que no menos Tormenta había en el Pueblo, que en la Mar, porque todas las Casas, y Iglesias se cayeron, y era necesario que anduviésemos siete, ò ocho Hombres abrazados unos con otros, para podernos amparar, que el viento no nos llevase; y andando entre los Arboles, no menos temor teníamos de ellos, que de las Casas, porque como ellos también caían, no nos matasen debajo. En esta tempestad, y peligro, anduvimos toda la noche, sin hallar parte, ni lugar, donde media hora pudiésemos estar seguros.

Andando en esto, oímos toda la noche, especialmente desde el medio de ella, mucho estruendo, y grande ruido de voces, y gran sonido de Cascabeles, y de Flautas, y Tamborinos, y otros Instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la Tormenta cesó. En estas Partes nunca otra cosa tan medrosa se vio: Yo hice una probanza de ello, cuyo Testimonio envié à V. Maj. El Lunes por la mañana bajamos al Puerto, y no hallamos los Navíos: vimos las Boias de ellos en el Agua, adonde conocimos ser perdidos, y anduvimos por la Costa, por ver si hallaríamos alguna cosa de ellos; y como ninguno hallásemos, metámonos por los Montes, y andando por ellos un cuarto de Legua de Agua, hallamos la Barquilla de un Navío puesta sobre unos Arboles: y diez Leguas de allí, por la Costa, se hallaron dos Personas de mi Navío, y ciertas tapas de Cajas, y las Personas tan desfiguradas de los golpes de las peñas, que no se podían conocer: hallaron se también una Capa, y una Colcha hecha pedazos, y ninguna otra cosa pareció. Perdieron se en los Navíos sesenta Personas, y veinte Caballos. Los que habían salido à Tierra, el día que los Navíos allí llegaron, que serian hasta treinta, quedaron de los que en ambos Navíos había. Así estuvimos algunos días, con mucho trabajo, y necesidad, porque la provisión, y mantenimientos, que el Pueblo tenia, se perdieron, y algunos Ganados: la Tierra quedó tal, que era gran lastima verla: caídos los Arboles, quemados los Montes, todos sin hojas, ni hierba. Así pasamos, hasta cinco días del Mes de Noviembre, que llegó el Gobernador con sus cuatro Navíos, que también habían pasado gran Tormenta, y también habían escapado, por haberse metido con tiempo en parte segura. La Gente, que en ellos traía, y la que allí halló, estaban tan atemorizados de lo pasado, que temían mucho tornarse à embarcar en Invierno; y rogaron al Gobernador, que lo pasase allí; y él, vista su voluntad, y la de los Vecinos, inverná allí. Dio me à mi cargo de los Navíos, y de la Gente, para que me fuese con ellos à invernar al Puerto de Xagua, que es doce Leguas de allí, donde estuve hasta veinte días del Mes de Hebrero.

CAP. II. Como el Gobernador vino al Puerto de Xagua, y trujo consigo à un Piloto.

En este tiempo llegó allí el Gobernador con un Bergantín, que en la Trinidad compró, y traía consigo un Piloto, que se llamaba Miruelo: había lo tomado, porque decía, que sabia, y había estado en el Rio de las Palmas, y era muy buen Piloto de toda la Costa del Norte. Dejaba también comprado otro Navío en la Costa de la Habana, en el cual quedaba por Capitán Álvaro de la Cerda, con cuarenta Hombres, y doce de Caballo; y dos días después que llegó el Gobernador, se embarcó, y la Gente que llevaba eran cuatrocientos Hombres, y ochenta Caballos, en cuatro Navíos; y un Bergantín. El Piloto, que de nuevo habíamos tomado, metió los Navíos por los Baxios, que dicen de Carnarreo, de manera, que otro día dimos en seco, y así estuvimos quince días, tocando muchas veces las Quillas de los Navíos en seco: al cabo de los cuales, una Tormenta del Sur metió tanta Agua en los Baxios, que podemos salir, aunque no sin mucho peligro: Partidos de aquí, y llegados à Guaniguanico, nos tomó otra Tormenta, que estuvimos à tiempo de perdernos. A Cabo de Corrientes tuvimos otra, donde estuvimos tres días. Pasados estos, doblamos el Cabo de San Antón, y anduvimos con tiempo contrario, hasta llegar à doce Leguas de la Habana; y estando otro día para entrar en ella, nos tomó un tiempo de Sur, que nos apartó de la Tierra, y atravesamos por la Costa de la Florida, y llegamos à la Tierra, Martes, doce días del Mes de Abril, y fuimos costeano la vía de la Florida: y Jueves Santo surgimos en la misma Costa, en la boca de una Baya, al cabo de la cual vimos ciertas Casas, y Habitaciones de Indios.

CAP. III. Como llegamos à la Florida.

En este mismo día salió el Contador Alonso Enríquez, y se puso en una Isla, que está en la misma Baya, y llamó à los Indios, los cuales vinieron, y estuvieron con él buen pedazo de tiempo, y por vía de rescate le dieron Pescado, y algunos pedazos de carne de Venado. Otro día siguiente, que era Viernes Santo, el Gobernador se desembarcó con la mas Gente, que en los Bateles que traía, pudo sacar; y como llegamos à los Buhíos, ò Casas, que habíamos visto de los Indios, hallémoslas desamparadas, y solas, porque la Gente se había ido aquella noche en sus Canoas. El uno de aquellos Buhíos era muy grande, que cabrían en él mas de trecientas Personas: los otros eran mas pequeños, y hallamos allí una Sonaja de Oro, entre las Redes. Otro día el Gobernador levantó Pendones por V. Maj. y tomó la posesión de la Tierra en su Real Nombre, presentó sus Provisiones, y fue obedecido por Gobernador, cómo V. Maj. lo mandaba. Asimismo presentamos nosotros las nuestras ante él, y él las obedeció, como en ellas se contenía. Luego mandó, que toda la otra Gente desembarcase, y los Caballos que habían quedado, que no eran mas de cuarenta y dos, porque los demás, con las grandes Tormentas, y mucho tiempo que habían andado por la Mar, eran muertos: y estos pocos que quedaron estaban tan flacos, y fatigados, que por el presente poco provecho podíamos tener de ellos. Otro día los Indios de aquel Pueblo vinieron à nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teníamos Lengua, no los entendíamos: mas hacían nos muchas señas, y amenazas, y nos pareció, que nos decían, que nos fuésemos de la Tierra; y con esto nos dejaron, sin que nos hiciesen ningún impedimento, y ellos se fueron.

CAP. IV. Como entramos Por la Tierra.

Otro día adelante, el Gobernador acordó de entrar por la Tierra, por descubrirla, y ver lo que en ella había. Fuimonos con él, el Comisario, y el Veedor, y Yo, con cuarenta Hombres, y entre ellos seis de Caballo, de los cuales poco nos podíamos aprovechar. Llevamos la vía del Norte; hasta que à hora de Vísperas llegamos à una Baya muy grande, que nos pareció que entraba mucho por la Tierra, quedamos allí aquella noche, y otro día nos volvimos donde los Navíos, y Gente estaban. El Gobernador mandó, que el bergantín fuese costeano la vía de la Florida, y buscarse el Puerto, que Miruelo el Piloto había dicho que sabia: mas ya él lo había errado, y no sabia en que parte estábamos, ni adonde era el Puerto; y fue le mandado al bergantín, que si no lo hallase, travesase à la Habana, y buscarse el Navío, que Álvaro de la Cerda tenia, y tomados algunos Bastimentos, nos viniesen à buscar. Partido el bergantín, tornamos à entrar en la Tierra los mismos que primero, con alguna Gente mas, y costeamos la Baya, que habíamos hallado: y andadas cuatro Leguas, tomamos cuatro Indios, y mostramos les Maíz, para ver si lo conocían, porque hasta entonces no habíamos visto señal de él. Ellos nos dijeron, que nos llevarían donde lo había, y así nos llevaron à su Pueblo, que es al Cabo de la Baya, cerca de allí, y en él nos mostraron un poco de Maíz, que aun no estaba para cogerse. allí hallamos muchas Cajas de Mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas estaba un cuerpo de Hombre muerto, y los cuerpos cubiertos con unos Cueros de Venados, pintados. Al Comisario le pareció, que esto era especie de idolatría, y quemó las Cajas con los cuerpos. Hallamos también pedazos de Lienzo, y de Paño, y Penachos, que parecían de la Nueva España: hallamos también muestras de Oro. Por señas preguntamos à los Indios, de adonde habían habido aquellas cosas? Señalaron nos, que muy lejos de allí había una Provincia, que se decía Apalache, en la cual había mucho Oro, y hacían seña de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Decían, que en Apalache había mucho, y tomando aquellos Indios por Guía, partimos de allí: y andadas diez, ò doce Leguas, hallamos otro Pueblo de quince Casas, donde había buen pedazo de Maíz sembrado, que ià estaba para cogerse, y también hallamos alguno, que estaba ya seco; y después de dos días, que allí estuvimos, nos volvimos donde el Contador, y la Gente, y Navíos estaban, y contamos al Contador, y Pilotos lo que habíamos visto, y las nuevas, que los Indios nos habían dado. Y otro día, que fue primero de Mayo, el Gobernador llamó à parte al Comisario, y al Contador, y al Veedor, y à mi, y à un Marinero, que se llamaba Bartolomé Fernández, y à un Escribano, que se decía Gerónimo de Alaníz, y así juntos, nos dijo, que tenia en voluntad de entrar por la Tierra adentro, y los Navíos se fuesen costeano, hasta que llegasen al Puerto, y que los Pilotos decían, y creían, que yendo la vía de las Palmas, estaban muy cerca de allí, y sobre esto nos rogo, le diésemos nuestro parecer. Yo respondía, que me parecía, que por ninguna manera debía dejar los Navíos, sin que primero quedasen en Puerto seguro, y poblado, y que mirase, que los Pilotos no andaban ciertos, ni se afirmaban en una misma cosa, ni sabían à que parte estaban: y que allende de esto, los Caballos no estaban para que en ninguna necesidad que se ofreciese, nos pudiésemos aprovechar de ellos: y que sobre todo esto, íbamos mudos, y sin Lengua, por donde mal nos podíamos entender con los Indios, ni saber lo que de la Tierra queríamos, y que entrabamos por Tierra, de que ninguna relación teníamos, ni sabíamos de que suerte era, ni lo que en ella había, ni de que Gente estaba poblada,

ni à que parte de ella estábamos: y que sobre todo esto, no teníamos Bastimentos para entrar adonde no sabíamos; porque visto lo que en los Navíos había, no se podía dar à cada Hombre de ración, para entrar por la Tierra, mas de una libra de Bizcocho, y otra de Tocino; y que mi parecer era, que se debía embarcar, y ir à buscar Puerto, y Tierra; que fuese mejor para poblar, pues lo que habíamos visto, en sí era tan despoblada, y tan pobre, cuanto nunca en aquellas Partes se había hallado. Al Comisario lo pareció todo lo contrario; diciendo, que no se había de embarcar, sino que yendo siempre hacia la Costa, fuesen en busca del Puerto, pues los Pilotos decían, que no estaría sino diez, ò quince Leguas de allí, la vía de Panuco; y que no era posible, yendo siempre à la Costa, que no topásemos con él, porque decían, que entraba doce Leguas adentro por la Tierra, y que los primeros que lo hallasen, esperasen allí à los otros, y que embarcarse era tentar à Dios, pues des que partimos de Castilla tantos trabajos habíamos pasado, tantas Tormentas, tantas perdidas de Navíos, y de Gente habíamos tenido, hasta llegar allí: y que por estas razones él se debía de ir por luengo de Costa, hasta llegar al Puerto: y que los otros Navíos, con la otra Gente, se irían la misma vía, hasta llegar al mismo Puerto. A todos los que allí estaban, pareció bien que esto se hiciese así, salvo al Escribano, que dijo, que primero que desamparase los Navíos, los debía de dejar en Puerto conocido, y seguro, y en parte que fuese poblada: que esto hecho, podría entrar por la Tierra adentro, y hacer lo que le pareciese. El Gobernador siguió su parecer, y lo que los otros le aconsejaban. Yo, vista su determinación, requerí le de parte de V. Maj. que no dejase los Navíos, sin que quedasen en Puerto, y seguros, y así lo pedí por Testimonio al Escribano, que allí teníamos. El respondió, que pues él se conformaba con el parecer de los mas de los otros Oficiales, y Comisario, que Yo no era parte para hacerle estos requerimientos; y pidió al Escribano le diese por Testimonio, como por no haber en aquella Tierra Mantenimientos para poder poblar, ni Puerto para los Navíos, levantaba el Pueblo que allí había asentado, y iba con él en busca del Puerto, y de Tierra, que fuese mejor; y luego mandó apercibir la Gente, que había de ir con él, que se proveyesen de lo que era menester para la jornada; y después de esto proveído, en presencia de los que allí estaban, me dijo: Que pues Yo tanto estorbaba, y temía la entrada por la Tierra; que me quedase, y tomase cargo de los Navíos, y la Gente, que en ellos quedaba, y poblase, si Yo llegase primero que él: Yo me excusé de esto; y después de salidos de allí aquella misma tarde, diciendo, que no le parecía, que de nadie se podía fiar aquello, me envió à decir, que me rogaba, que tomase cargo de ello; y viendo que importunándome tanto, Yo todavía me excusaba, me preguntó, que era la causa porque huía de acéptalo? A lo cual respondí, que Yo huía de encargarme de aquello, porque tenia por cierto, y sabia; que él no había de ver mas los Navíos, ni los Navíos à él; y que esto entendía, viendo que tan sin aparejo se entraban por la Tierra adentro, y que Yo quería mas aventurarme al peligro, que él; y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él, y ellos pasasen, que no encargarme de los Navíos, y dar ocasión que se dijese, que como había contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa, y que Yo quería mas aventurar la vida, que poner mi honra en esta condición. El, viendo que conmigo no aprovechaba, rogó à otros muchos, que me hablasen en ello, y me lo rogasen: à los cuales respondí lo mismo que à él; y así proveyó por su Teniente, para que quedase en los Navíos, à un Alcalde, que traía, que se llamaba Caraballo.

CAP. V. Como dejó los Navíos el Gobernador.

Sábado, primero de Mayo, el mismo día que esto había pasado, mandó dar à cada uno de los que habían de ir con él, dos libras de Bizcocho, y media libra de Tocino; y así nos partimos para entrar en la Tierra. La suma de toda la Gente que llevábamos, era trecientos Hombres, en ellos iba el Comisario Fray Juan Suarez, y otro Fraile, que se decía Fray Juan de Palos, y tres Clérigos, y los Oficiales. La Gente de Caballo, que con estos íbamos, éramos cuarenta de Caballo; y así anduvimos con aquel Bastimento que llevábamos, quince días; sin hallar otra cosa que comer, salvo Palmitos, de la manera de los de Andalucía. En todo este tiempo no hallamos Indio ninguno, ni vimos Casa, ni Poblado, y al cabo llegamos à un Rio, que lo pasamos con muy gran trabajo à nado, y en Balfast detuvimos un día en pasarlo, que traía muy gran corriente. Pasados à la otra parte, salieron à nosotros hasta docientos Indios, poco mas, ò menos: el Gobernador salió à ellos, y después de haberlos hablado por señas, ellos nos señalaron de fuerte, que nos ovemos de revólver con ellos, y prendimos cinco, ò seis, y estos nos llevaron à sus Casas, que estaban hasta media legua de allí, en las cuales hallamos gran cantidad de Maíz, que estaba ià para cogerse, y dimos infinitas gracias à Nuestro Señor, por habernos socorrido en tan gran necesidad; porque ciertamente, romo éramos nuevos en los trabajos, allende del cansancio que traíamos, veníamos muy fatigados de hambre, y à tercero día, que allí llegamos, nos juntamos el Contador, y Veedor, y Comisario, y Yo, y rogamos al Gobernador, que enviase à buscar la Mar, por ver si hallaríamos Puerto, porque los Indios decían, que la Mar no estaba muy lejos de allí. El nos respondió, que no curásemos de hablar en aquello, porque estaba muy lejos de allí, y como Yo era el que mas le importunaba, dijo me, que me fuese Yo à descubrirla, y que buscase Puerto, y que había de ir à pie con cuarenta Hombres, y así otro día Yo me partí con el Capitán Alonso del Castillo, y con

cuarenta Hombres de su Compañía, y así anduvimos hasta hora de medio día, que llegamos à unos Placeles de la Mar, que parecía que entraban mucho por la Tierra: anduvimos por ellos hasta legua y media, con el agua hasta la mitad de la pierna, pisando por encima de Ostiones, de los cuales recibimos muchas cuchilladas en los pies, y nos fueron causa de mucho trabajo; hasta que llegamos en el Rio, que primero habíamos atravesado, que entraba por aquel mismo Ancón; y como no lo pudimos pasar, por el mal aparejo, que para ello teníamos, volvimos al Real, y contamos al Gobernador lo que habíamos hallado; y como era menester otra vez pasar por el Rio, por el mismo lugar, que primero lo habíamos pasado, para que aquel Ancón se descubriese bien, y viésemos si por allí había Puerto: y otro día mandó à un Capitán, que se llamaba Valenzuela, que con sesenta Hombres, y seis de Caballo, pasase el Rio, y fuese por él abajo hasta llegar à la Mar, y buscar si había Puerto; el cual, después de dos días, que allí estuvo, volvió, y dijo, que él había descubierto el Ancón, y que todo era Baya baja hasta la rodilla, y que no se hallaba Puerto; y que había visto cinco, ò seis Canoas de Indios, que pasaban de una parte à otra, y que llevaban puestos muchos Penachos. Sabido esto, otro día partimos de allí, yendo siempre en demanda de aquella Provincia, que los Indios nos habían dicho Apalache, llevando por Guía los que de ellos habíamos tomado, y así anduvimos hasta diez y siete de Junio, que no hallamos Indios, que nos osasen esperar; y allí salió à nosotros un Señor, que le traía un Indio acuestas, cubierto de un cuero de Venado pintado: traía consigo mucha Gente, y delante de él venían tañendo unas Flautas de Caña, y así llegó do estaba el Gobernador, y estuvo una hora con él, y por señas le dimos à entender, que íbamos à Apalache, y por las que él hizo nos pareció que era enemigo de los de Apalache; y que nos iría à ayudar contra él. Nosotros le dimos Cuentas, y Cascabeles, y otros rescates, y él dio al Gobernador el Cuero que traía cubierto, y así se volvió, y nosotros le fuimos siguiendo por la vía que él iba. Aquella noche llegamos à un Rio, el cual era muy hondo, y muy ancho, y la corriente muy recia, y por no atrevernos à pasar, con Balsas hicimos una Canoa para ello, y estuvimos en pasarlo un día: y si los Indios nos quisieran ofender, bien nos pudieran estorbar el paso, y aun con ayudarnos ellos, tuvimos mucho trabajo: Uno de Caballo, que se decía Juan Velázquez, natural de Cuellar, por no esperar entró en el Rio, y la corriente, como era recia, lo derribó del Caballo, y se asió à las riendas, y ahogó à sí, y al Caballo; y aquellos Indios de aquel Señor, que se llamaba Dulchanchellin, hallaron el Caballo, y nos dijeron donde hallaríamos à él por el Rio abajo; y así fueron por él, y su muerte nos dio mucha pena, porque hasta entonces ninguno nos había faltado. El Caballo dio de cenar à muchos aquella noche. Pasados de allí, otro día llegamos al Pueblo de aquel Señor, y allí nos envió Maíz. Aquella noche, donde iban à tomar Agua, nos flecharon un Cristiano, y quiso Dios que no lo hirieron: Otro día nos partimos de allí, sin que Indio ninguno de los Naturales pareciese, porque todos habían huido; mas yendo nuestro camino, parecieron Indios, los cuales venían de Guerra, y aunque nosotros los llamamos, no quisieron volver, ni esperar, mas antes se retiraron, siguiéndonos por el mismo camino que llevábamos. El Gobernador dejó una Celada de algunos de Caballo en el camino, que como pasaron salieron à ellos, y tomaron tres, ò cuatro Indios, y estos llevamos por Guías de allí adelante, los cuales nos llevaron por Tierra muy trabajosa de andar, y maravillosa de ver, porque en ella hay muy grandes Montes, y los Arboles à maravilla altos, y son tantos los que están caídos en el suelo, que nos embarazaban el camino, de fuerte, que no podíamos pasar sin rodear mucho, y con muy gran trabajo: de los que no estaban caídos, muchos estaban hendidos desde arriba hasta abajo de rayos, que en aquella Tierra caen, donde siempre hay muy grandes tormentas, y tempestades. Con este trabajo caminamos hasta un día después de San Juan, que llegamos à vista de Apalache, sin que los Indios de la Tierra nos sintiesen: Dimos muchas gracias à Dios por vernos tan cerca de él, creyendo que era verdad lo que de aquella Tierra nos habían dicho, que allí se acabarían los grandes trabajos que habíamos pasado, así por el malo, y largo camino para andar, como por la mucha hambre que habíamos padecido; porque aunque algunas veces hallábamos Maíz, las mas andábamos siete, y ocho leguas sin toparlo; y muchos había entre nosotros, que allende del mucho cansancio, y hambre, llevaban hechas llagas en las espaldas de llevar las Armas acuestas, sin otras cosas que se ofrecían. Mas con vernos llegados donde deseábamos, y donde tanto mantenimiento, y Oro nos habían dicho que había, pareció nos, que se nos había quitado gran parte del trabajo, y cansancio.

CAP. VI. Como llegamos à Apalache.

Llegados que fuimos à vista de Apalache, el Gobernador mandó, que Yo tomase nueve de Caballo, y cincuenta Peones, y entrase en el Pueblo, y así lo acometimos el Veedor, y Yo; y entrados no hallamos sino Mujeres, y Muchachos, que los Hombres, à la sazón, no estaban en el Pueblo, mas de ahí à poco, andando nosotros por él, acudieron, y comenzaron à pelear, flechándonos, y mataron el Caballo del Veedor, mas al fin huyeron, y nos dejaron. allí hallamos mucha cantidad de Maíz, que estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenían encerrado. Hallémosles muchos Cueros de Venados, y entre ellos algunas Mantas de Hilo pequeñas, y no buenas, con que las Mujeres cubren algo de sus personas. Tenían muchos Vasos para moler Maíz. En el Pueblo había cuarenta

Casas pequeñas, y edificadas, bajas, y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades, que continuamente en aquella Tierra suele haber. El Edificio es de Paja, y están cercados de muy espeso Monte, y grandes Arboledas, y muchos Piélagos de Agua, donde hay tantos, y tan grandes Arboles caídos, que embarazan, y son causa, que no se puede por allí andar, sin mucho trabajo, y peligro.

CAP. VII. De la manera que es la Tierra.

La Tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos, hasta este Pueblo, y Tierra de Apalache, es llana; el suelo de arena, y tierra firme; por toda ella hay muy grandes Arboles, y Montes claros, donde hay Nogales, y Laureles, y otros, que se llaman Liquidámbar, Cedros, Sabinas, y Encinas, y Pinos, y Robles, Palmitos bajos, de la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas Lagunas grandes, y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos Arboles como por ellas están caídos. El suelo de ellas es arena, y las que en la Comarca de Apalache hallamos, son muy mayores que las de hasta allí. Hay en esta Provincia muchos Maizales, y las Casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves. Los Animales que en ellas vimos son Venados de tres maneras, Conejos, y Liebres, Osos, y Leones, y otras Salvajinas; entre los cuales vimos un animal que trae los hijos en una bolsa, que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños, los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y acude Gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa. Por allí la Tierra es muy fría; tiene muy buenos pastos para ganados: hay Aves de muchas maneras: Ánsares en gran cantidad; Patos, Ánades, Patos Reales, Dorales, y Garzotas, y Garzas, Perdices: vimos muchos Halcones, Neblíes, Gavilanes, Esmerejones, y otras muchas Aves. Dos horas después que llegamos à Apalache, los Indios, que de allí habían huido, vinieron à nosotros de Paz, pidiéndonos à sus Mujeres, y Hijos, y nosotros se los dimos; salvo, que el Gobernador detuvo un Cacique de ellos consigo, que fue causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro día volvieron de Guerra: y con tanto desnudo, y presteza nos acometieron, que llegaron à nos poner fuego à las Casas en que estábamos; mas como salimos, huyeron, y acogieron se à las Lagunas, que tenían muy cerca; y por esto, y por los grandes Maizales, que había, no les pedimos hacer daño, salvo à uno que matamos. Otro día siguiente, otros Indios de otro Pueblo, que estaba de la otra parte, vinieron à nosotros, y acometieron nos de la misma arte que los primeros: y de la misma manera se escaparon, y también murió uno de ellos. Estuvimos en este Pueblo veinte y cinco días, en que hicimos tres entradas por la Tierra, y hallárnosla muy pobre de Gente, y muy mala de andar, por los malos pasos, y Montes, y Lagunas, que tenía. Preguntamos al Cacique, que les habíamos detenido, y à los otros Indios, que traíamos con nosotros, que eran Vecinos, y Enemigos de ellos, por la manera, y población de la Tierra, y la calidad de la Gente, y por los Bastimentos, y todas las otras cosas de ella? Respondieron nos cada uno por sí, que el mayor Pueblo de toda aquella Tierra era aquel Apalache, y que adelante había menos Gente, y muy mas pobre que ellos, y que la Tierra era mal poblada, y los Moradores de ella muy repartidos; y que yendo adelante, había grandes Lagunas, y espesura de Montes, y grandes Desiertos, y Despoblados. Preguntamos les luego por la Tierra, que estaba hacia el Sur, que Pueblos, y Mantenimientos, tenía? Dijeron, que por aquella vía, yendo à la Mar nueve jornadas, había un Pueblo, que llamaban Aute, y los Indios de él tenían mucho Maíz, y que tenían Frisoles, y Calabazas, y que por estar tan cerca de la Mar, alcanzaban Pescados, y que estos eran Amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la Tierra, y las malas nuevas, que de la Población, y de todo lo detrás nos daban, y como los Indios nos hacían continua Guerra, hiriéndonos la Gente, y los Caballos, en los lugares donde íbamos à tomar Agua, y esto desde las Lagunas, y tan à su salvo, que no los podíamos ofender, porque metidos en ellas, nos flechaban, y mataron un Señor de Tezcuco, que se llamaba D. Pedro, que el Comisario llevaba consigo, acordamos de partir de allí, y ir à buscar la Mar, y aquel Pueblo de Aute, que nos había dicho; y así nos partimos, à cabo de veinte y cinco días, que allí habíamos llegado. El primero día pasamos aquellas Lagunas, y palos, sin ver Indio ninguno: mas al segundo día llegamos à una Laguna de muy mal paso, porque daba el Agua à los pechos, y había en ella muchos Arboles caídos. Ya que estábamos en medio de ella, nos acometieron muchos Indios, que estaban escondidos detrás de los Arboles, porque no los viésemos; otros estaban sobre los caídos, y comenzaron nos à flechar, de manera, que nos hirieron muchos Hombres, y Caballos, y nos tomaron la Guía que llevábamos antes, que de la Laguna saliésemos; y después de salidos de ella, nos tornaron à seguir, queriéndonos estorbar el paso, de manera, que no nos aprovechaba salirnos à fuera, ni hacernos mas fuertes, y querer pelear con ellos, que se metían luego en la Laguna, y desde allí nos herían la Gente, y Caballos. Visto esto, el Gobernador mandó à los de Caballo, que se apeasen, y les acometiesen à pie. El Contador se apeó con ellos, y así los acometieron, y todos entraron à vueltas en una Laguna, y así les ganamos el paso. En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas Armas, que llevaban; y hubo hombres este día, que juraron que habían visto dos Robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna, por bajo, pasados de parte à parte de las Flechas de los Indios; y esto no

es tanto de maravillar, vista la fuerza, y maña con que las echan; porque Yo mismo vi una Flecha en un pie de un Álamo, que entraba por el un gemo. Cuantos Indios vimos desde la Florida aquí, todos son Flecheros, y como son tan crecidos de cuerpo, y andan desnudos, desde lejos parecen Gigantes. Es Gente à maravilla bien dispuesta, muy enjutos, y de muy grandes fuerzas, y ligereza. Los Arcos que usan son gruesos como el brazo, de once, ò doce palmos de largo, que flechan à docientos pasos, con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran. Palados que fuimos de este paso, de ahí à una legua llegamos à otro de la misma manera, salvo que por ser tan larga, que duraba media legua, era muy peor: este pasamos libremente, y sin estorbo de Indios, que como habían gastado en el primero toda la munición, que de Flechas tenían, no quedó con que osarnos acometer. Otro día siguiente, pasando otro semejante paso, Yo hallé rastro de Gente, que iba adelante, y di aviso de ello al Gobernador, que venia en la Retaguarda; y así, aunque los Indios salieron à nosotros, como íbamos apercebidos, no nos pudieron ofender; y salidos à lo llano, fueron nos todavía siguiendo; volvimos à ellos por dos partes, y metámosles dos Indios, y hirieron me à mi, y dos, ò tres Cristianos; por acogérsenos al Monte, no les pudimos hacer mas mal, ni daño. De esta suerte caminamos ocho días, y desde este paso, que he contado, no salieron mas Indios à nosotros, hasta una legua adelante, que es Lugar donde he dicho que íbamos. allí, yendo nosotros por nuestro camino, salieron Indios, y sin ser sentidos, dieron en la Retaguarda, y à los gritos que dio un Muchacho de un Hidalgo de los que allí iban, que se llamaba Avellaneda, el Avellaneda volvió, y fue à socorrerlos, y los Indios le acertaron con una Flecha por el canto de las Corazas, y fue tal la herida, que pasó casi toda la Flecha por el pescuezo, y luego allí murió, y lo llevamos hasta Aute. En nueve días de camino, desde Apalache, hasta allí, llegamos. Y cuando fuimos llegados, hallamos toda la Gente de él ida, y las Casas quemadas, y mucho Maíz, y Calabazas, y Frisoles, que ya todo estaba para empezarse à coger. Descansamos allí dos días; y ellos pasados, el Gobernador me rogó que fuese à descubrir la Mar, pues los Indios decían, que estaba tan cerca de allí: ya en este camino la habíamos descubierto por un Rio muy grande, que en él hallamos, à quien habíamos puesto por nombre el Rio de la Magdalena. Visto esto, otro día siguiente Yo me partí à descubrirla, juntamente con el Comisario, y el Capitán Castillo, y Andrés Dorantes, y otros siete de Caballo, y cincuenta Peones, y caminamos hasta hora de Vísperas, que llegamos à un Ancón, ò entrada de la Mar, donde hallamos muchos Ostiones con que la Gente holgó: y dimos muchas gracias à Dios, por habernos traído allí. Otro día de mañana envié veinte Hombres à que conociesen la Costa, y mirasen la disposición de ella: los cuales volvieron otro día en la noche, diciendo, que aquellos Ancones, y Bayas eran muy grandes, y entraban tanto por la Tierra adentro, que estorbaban mucho para descubrir lo que queríamos, y que la Costa estaba muy lejos de allí. Sabidas estas nuevas, y vista la mala disposición, y aparejo, que para descubrir la Costa por allí había, Yo me volví al Gobernador: y cuando llegamos, hallamos le enfermo con otros muchos; y la noche pasada los Indios habían dado en ellos, y puesto los en grandísimo trabajo, por la razón de la enfermedad que les había sobrevenido, también les habían muerto un Caballo. Yo di cuenta de lo que había hecho, y de la mala disposición de la Tierra. Aquel día nos detuvimos allí.

CAP. VIII. Como partimos de Aute.

Otro día siguiente partimos de Aute, y caminamos todo el día, hasta llegar donde Yo había estado. Fue el camino en extremo trabajoso, porque ni los Caballos bastaban à llevar los enfermos, ni sabíamos que remedio poner, porque cada día adolecían, que fue cosa de muy gran lastima, y dolor ver la necesidad, y trabajo en que estábamos. Llegados que fuimos, visto el poco remedio, que para ir adelante había, porque no había donde, ni aunque lo hubiera, la Gente pudiera pasar adelante, por estar los mas enfermos, y tales, que pocos había de quien se pudiese haber algún provecho. Dejo aquí de contar esto mas largo, porque cada uno puede pensar lo que se pasaría en Tierra tan extraña, y tan mala, y tan sin ningún remedio de ninguna cosa, ni para estar, ni para salir de ella: mas como el mas cierto remedio sea Dios Nuestro Señor, y de este nunca desconfiamos, sucedió otra cosa, que agravaba mas que todo esto, que entre la Gente de Caballo se comenzó la mayor parte de ellos à ir secretamente, pensando hallar ellos por sí remedio, y desamparar al Gobernador, y à los enfermos, los cuales estaban sin algunas fuerzas, y poder. Mas como entre ellos había muchos Hijosdalgo, y Hombres de buena suerte, no quisieron que esto pasase, fin dar parte al Gobernador, y à los Oficiales de V. Maj. y como les afeamos su propósito, y les pusimos delante el tiempo en que desamparaban à su Capitán, y los que estaban enfermos, y sin poder, y apartarse sobre todo del servicio de V. Maj. acordaron de quedar, y que lo que fuese de uno, fuese de todos, sin que ninguno desamparase à otro. Visto esto por el Gobernador, los llamó à todos, y à cada uno por sí, pidiendo parecer de tan mala Tierra, para poder salir de ella, y buscar algún remedio, pues allí no lo había, estando la tercia parte de la Gente con gran enfermedad, y creciendo esto cada hora, que teníamos por cierto todos lo estaríamos así, de donde no se podía seguir sino la muerte, que por ser en tal parte se nos hacia mas grave; y vistos estos, y otros muchos inconvenientes, y tentados muchos remedios, acordamos en uno (harto

difícil) de poner en obra, que era hacer Navíos, en que nos fuésemos. A todos parecía imposible, porque nosotros no los sabíamos hacer, ni había Herramientas, ni Hierro, ni Fragua, ni Estopa, ni Pez, ni Jarcias, finalmente, ni cosa ninguna de tantas como son menester, ni quien supiese nada para dar industria en ello: y sobre todo no haber que comer, entretanto que se hiciesen, y los que habían de trabajar del arte que habíamos dicho; y considerando todo esto, acordamos de pensar en ello mas de espacio, y cesó la platica aquel día, y cada uno se fue, encomendándolo à Dios Nuestro Señor, que lo encaminase por donde él fuese mas servido. Otro día quiso Dios, que uno de la Compañía vino diciendo, que él haría unos Cañones de palo, y con unos Cueros de Venado se harían unos Fuelles: y como estábamos en tiempo, que cualquiera cosa que tuviese alguna sobre haz de remedio, nos parecía bien, dijimos, que se pusiese por obra: y acordamos de hacer de los Estribos, y Espuelas, y Ballestas, y de las otras cosas de Hierro, que había, los Clavos, y Sierras, y Hachas, y otras Herramientas, de que tanta necesidad había para ello; y dimos por remedio, que para haber algún mantenimiento, en el tiempo que esto se hiciese, se hiciesen cuatro entradas en Aute, con todos los Caballos, y Gente, que pudiesen ir, y que à tercero día se matase un Caballo, el cual se repartiese entre los que trabajaban en la Obra de las Barcas, y los que estaban enfermos: las entradas se hicieron con la Gente, y Caballos que fue posible, y en ellas se trajeron hasta cuatrocientas fanegas de Maíz, aunque no sin contiendas, y pependencias con los Indios. Hicimos coger muchos Palmitos, para aprovecharnos de la lana, y cobertura de ellos, torciéndola, y aderezándola, para usar en lugar de Estopa para las Barcas, las cuales se comenzaron à hacer con un solo Carpintero, que en la Compañía había; y tanta diligencia pusimos, que comenzándolas à cuatro días de Agosto, à veinte días de el Mes de Septiembre eran acabadas cinco Barcas, de à veinte y dos codos cada una, calafeteadas con las Estopas de los Palmitos, y breémoslas con cierta Pez de Alquitrán, que hizo un Griego, llamado Don Teodoro, de unos Pinos: y de la misma ropa de los Palmitos, y de las colas, y crines de los Caballos, hicimos cuerdas, y Jarcias: y de las nuestras Camisas, Velas; y de las Sabinas, que allí había, hicimos los Remos, que nos pareció que era menester; y tal era la Tierra en que nuestros pecados nos habían puesto, que con muy gran trabajo podíamos hallar piedras para Lastre, y Ancles de las Barcas, ni en toda ella habíamos visto ninguna. Desollamos también las piernas de los Caballos enteras, y curtimos los Cueros de ellas, para hacer Botas, en que llevásemos Agua. En este tiempo algunos andaban cogiendo Marisco por los rincones, y entradas de la Mar, en que los Indios, en dos veces que dieron en ellos, nos mataron diez Hombres, à vista del Real, sin que los pudiésemos socorrer, los cuales hallamos, de parte à parte, pasados con Flechas, que aunque algunos tenían buenas Armas, no bastaron à resistir, para que esto no se hiciese, por flechar con tanta destreza, y fuerza (como arriba he dicho) ya dicho, y juramento de nuestros Pilotos, desde la Baya, que pusimos Nombre de la Cruz, hasta aquí, anduvimos doscientas y ochenta Leguas, poco mas, ò menos: en toda esta Tierra no vimos Sierra, ni tuvimos noticia de ella en ninguna manera: y antes que nos embarcásemos, sin los que los Indios nos mataron, se murieron mas de cuarenta Hombres de enfermedad, y hambre. A veinte y dos días de el Mes de Septiembre se acabaron de comer los Caballos, que solo uno quedó; y este día nos embarcamos por esta orden. Que en la Barca del Gobernador iban cuarenta y nueve Hombres. En otra, que dio al Contador, y Comisario, iban otros tantos. La tercera dio al Capitán Alonso del Castillo, y Andrés Dorantes, con cuarenta y ocho Hombres; y otra dio à dos Capitanes, que se llamaban Téllez, y Peñalosa, con cuarenta y siete Hombres. La otra dio al Veedor, y à mi con cuarenta y nueve Hombres; y después de embarcados los Bastimentos, y Ropa, no quedó à las Barcas mas de un gеме de bordo fuera del Agua: y allende de esto, íbamos tan apretados, que no nos podíamos menear; y tanto puede la necesidad, que nos hizo aventurar à ir de esta manera, y meternos en una Mar tan trabajosa, y sin tener noticia de la Arte del marcar ninguno de los que allí iban.

CAP. IX. Como partimos de Baía de Caballos.

Aquella Baya de donde partimos, ha por nombre la Baya de Caballos, y anduvimos siete días por aquellos Ancones, entrados en el Agua hasta la cinta, sin señal de ver ninguna cosa de Costa; y al cabo de ellos llegamos à una Isla, que estaba cerca de la Tierra. Mi Barca iba delante, y de ella vimos venir cinco Canoas de Indios, los cuales las desampararon, y nos las dejaron en las manos, viendo que íbamos à ellas: las otras Barcas pasaron adelante, y dieron en unas Casas de la misma Isla, donde hallamos muchas Liças, y huevos de ellas, que estaban secas, que fue muy gran remedio para la necesidad que llevábamos. Después de tomadas, pasamos adelante, y dos Leguas de allí pasamos un Estrecho, que la Isla con la Tierra hacia, al cual llamamos de San Miguel, por haber salido en su día por él; y salidos, llegamos à la Costa, donde con las cinco Canoas, que Yo había tomado à los Indios, remediamos algo de las Barcas, haciendo falcas de ellas, y añadiéndolas, de manera que subieron dos palmos de bordo sobre el Agua; y con esto tornamos à caminar por luengo de Costa, la vía del Rio de Palmas, creciendo cada día la sed, y la hambre, porque los Bastimentos eran muy pocos, y iban muy al cabo, y el Agua se nos acabó, porque las Botas, que hicimos de las piernas de los Caballos, luego fueron podridas, y sin ningún

provecho: algunas veces entramos por Ancones, y Bayas, que entraban mucho por la Tierra adentro, todas las hallamos bajas, y peligrosas: y así anduvimos por ellas treinta días, donde algunas veces hallábamos Indios Pescadores, Gente pobre, y miserable. Al cabo ià de estos treinta días, que la necesidad del Agua era en extremo, yendo cerca de Costa, una noche sentimos venir una Canoa, y como la vimos, esperamos que llegase, y ella no quiso hacer cara: y aunque la llamamos, no quiso volver, ni aguardarnos, y por ser de noche, no la seguimos, y fuimos nuestra vía; cuando amaneció, vimos una Isla pequeña, y fuimos à ella, por ver si hallaríamos Agua, mas nuestro trabajo fue en balde, porque no la había. Estando allí surtos, nos tomó una Tormenta muy grande, porque nos detuvimos seis días, sin que osásemos salir à la Mar: y como había cinco días, que no bebíamos, la sed fue tanta, que nos puso en necesidad de beber Agua salada; y algunos se desatentaron tanto en ello, que súpitamente se nos murieron cinco Hombres. Cuento esto así brevemente, porque no creo que ai necesidad de particularmente contar las miserias, y trabajos en que nos vimos; pues considerando el lugar donde estábamos, y la poca esperanza de remedio, que teníamos, cada uno puede pensar mucho de lo que allí pasaría; y como vimos que la sed crecía, y el Agua nos mataba, aunque la Tormenta no era cesada, acordamos de encomendarnos à Dios Nuestro Señor, y aventurarnos antes al peligro de la Mar, que esperar la certinidad de la muerte, que la sed nos daba; y así salimos la vía, donde habíamos visto la Canoa, la noche que por allí veníamos; y en este día nos vimos muchas veces anegados, y tan perdidos, que ninguno hubo, que no tuviese por cierta la muerte. Plugo à Nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele mostrar su favor, que à puesta del Sol volvimos una Punta, que la Tierra hace, adonde hallamos mucha bonanza, y abrigo. Salieron à nosotros muchas Canoas, y los Indios, que en ellas venían, nos hablaron, y sin querernos aguardar, se volvieron. Era Gente grande, y bien dispuesta, y no traían Flechas, ni Arcos. Nosotros les fuimos siguiendo hasta sus Casas, que estaban cerca de allí à la Lengua del Agua, y saltamos en Tierra: y delante de las Casas hallamos muchos Cantaros de Agua, y mucha cantidad de Pescado guisado, y el Señor de aquellas Tierras ofreció todo aquello al Gobernador, y tomándolo consigo, lo llevó à su Casa. Las Casas de estos eran de Esteras, que à lo que pareció eran estantes; y después que entramos en Casa del Cacique, nos dio mucho Pescado, y nosotros le dimos del Maíz, que traíamos, y lo comieron en nuestra presencia, y nos pidieron mas, y se lo dimos, y el Gobernador le dio muchos Rescates; el cual, estando con el Cacique en su Casa, à media hora de la noche, súpitamente los Indios dieron en nosotros, y en los que estaban muy malos, echados en la Costa, y acometieron también la Casa del Cacique, donde el Gobernador estaba, y lo hirieron de una piedra en el rostro. Los que allí se hallaron, prendieron al Cacique: mas como los Suyos estaban tan cerca, soltase les, y dejo les en las manos una Manta de Martas Cebellinas, que son las mejores, que creo Yo que en el Mundo se podrían hallar, y tienen un olor, que no parece sino de Ámbar, y Almizcle, y alcanza tan lejos, que de mucha cantidad se siente: otras vimos allí, mas ningunas eran tales como estas. Los que allí se hallaron, viendo al Gobernador herido, lo metimos en la Barca, y hicimos que con él se recogiese toda la mas Gente à sus Barcas, y quedamos hasta cincuenta en Tierra, para contra los Indios, que nos acometieron tres veces aquella noche, y con tanto ímpetu, que cada vez nos hacían retraer mas de un tiro de piedra: ninguno hubo de nosotros, que no quedase herido, y Yo lo fui en la cara; y si como se hallaron pocas Flechas, estuvieran mas proveídos de ellas, sin duda nos hicieran mucho daño. La última vez se pusieron en celada los Capitanes Dorantes, y Peñalosa, y Téllez, con quince Hombres, y dieron en ellos por las espaldas, y de tal manera les hicieron huir, que nos dejaron. Otro día de mañana Yo les rompí mas de treinta Canoas, que nos aprovecharon para un Norte que hacia, que por todo el día hubimos de estar allí con mucho frio, sin osar entrar en la Mar, por la mucha Tormenta que en ella había. Esto pasado, nos tornamos à embarcar, y navegamos tres días: y como habíamos tomado poca Agua, y los Vasos que teníamos para llevar asimismo eran muy pocos, tornamos à caer en la primera necesidad; y siguiendo nuestra vía, entramos por un Estero, y estando en él, vimos venir una Canoa de Indios: como los llamamos, vinieron à nosotros; y el Gobernador, à cuya Barca habían llegado, pidió les Agua, y ellos la ofrecieron, con que les diesen en que la trajesen; y un Cristiano Griego, llamado Doroteo Teodoro (de quien arriba se hizo mención) dijo, que quería ir con ellos: el Gobernador, y otros se lo procuraron estorbar mucho, y nunca lo pudieron, sino que en todo caso quería ir con ellos: así se fue, y llevó consigo un Negro, y los Indios dejaron en rehenes dos de su Compañía; y à la noche los Indios volvieron, y trajeron nos nuestros Vasos sin Agua, y no trajeron los Cristianos, que habían llevado: y los que habían dejado por rehenes, como los otros los hablaron, quisieron se echar al Agua. Mas los que en la Barca estaban los detuvieron, y así se fueron huyendo los Indios de la Canoa, y nos dejaron muy confusos, y tristes, por haber perdido aquellos dos Cristianos.

CAP. X. De la Refriega, que nos dieron los Indios.

Venida la mañana, vinieron à nosotros muchas Canoas de Indios, pidiéndonos los dos Compañeros, que en la Barca habían quedado por rehenes. El Gobernador dijo, que se los daría, con que trajesen los dos Cristianos, que

habían llevado. Con esta Gente venían cinco, ò seis Señores, y nos pareció ser la Gente mas bien dispuesta, y de mas autoridad, y concierto, que hasta allí habíamos visto, aunque no tan grandes como los otros, de quien hemos contado. Traían los cabellos sueltos, y muy largos, y cubiertos con Mantas de Martas, de la suerte de las que atrás habíamos tomado, y algunas de ellas hechas por muy extraña manera, porque en ellas había unos lazos de labores de unas Pielles leonadas, que parecían muy bien. Rogaban nos, que nos fuésemos con ellos, y que nos darían los Cristianos, y Agua, y otras muchas cosas: y continuó acudían sobre nosotros muchas Canoas, procurando de tomar la boca de aquella entrada: y así por esto, como porque la Tierra era muy peligrosa para està en ella, nos salimos à la Mar, donde estuvimos hasta medio día con ellos. Y como no nos quisiesen dar los Cristianos, y por este respeto nosotros no les diésemos los Indios, comenzaron nos à tirar piedras con Hondas, y Varas, con muestras de flecharnos, aunque en todos ellos no vimos sino tres, o cuatro Arcos.

Estando en esta contienda, el viento refrescó, y ellos se volvieron, y nos dejaron: y así navegamos aquel día, hasta hora de Vísperas, que mi Barca, que iba delante, descubrió una Punta, que la Tierra hacia, y del otro cabo se vía un Rio muy grande: y en una Isleta que hacia la Punta, hice Yo surgir, por esperar las otras Barcas. El Gobernador no quiso llegar, antes se metió por una Baya muy cerca de allí, en que había muchas Isletas, y allí nos juntamos, y desde la Mar tomamos Agua dulce, porque el Rio entraba en la Mar de avenida: y por tostar algún Maíz de lo que traíamos, porque ià había dos días que lo comíamos crudo, saltamos en aquella Isla, mas como no hallamos Leña, acordamos de ir al Rio, que estaba detrás de la Punta, una Legua de allí: y yendo, era tanta la corriente, que no nos dejaba en ninguna manera llegar, antes nos apartaba de la Tierra; y nosotros, trabajando, y porfiando por tomarla. El Norte, que venia de la Tierra, comenzó à crecer tanto, que nos metió en la Mar, sin que nosotros pudiésemos hacer otra cosa: y à media Legua que fuimos metidos en ella, sondamos, y hallamos, que con treinta brazas no pudimos tomar hondo, y no podíamos entender, si la corriente era causa que no lo pudiésemos tomar; y así navegamos dos días, todavía trabajando por tomar Tierra: y al cabo de ellos, un poco antes que el Sol saliese, vimos muchos humeros por la Costa: y trabajando por llegar allá, nos hallamos en tres brazas de Agua, y por ser de noche, no osamos tomar Tierra; porque como habíamos visto tantos humeros, creíamos que se nos podría recrecer algún peligro, sin nosotros poder ver, por la mucha obscuridad, lo que habíamos de hacer: y por esto determinamos de esperar à la mañana, y como amaneció, cada Barca se halló por sí perdida de las otras: Yo me hallé en treinta brazas; y siguiendo mi viaje, à hora de Vísperas vi dos Barcas, y como fui à ellas, vi que la primera à que llegué, era la del Gobernador, el cual me pregunto, que me parecía que debíamos hacer? Yo le dije, que debía recobrar aquella Barca, que iba delante, y que en ninguna manera la dejase, y que juntas todas tres Barcas, siguiésemos nuestro camino, donde Dios nos quisiese llevar. El me respondió, que aquello no se podía hacer, porque la Barca iba muy metida en la Mar, y él quería tomar la Tierra, y que si la quería Yo seguir, que hiciese que los de mi Barca tomasen los Remos, y trabajasen, porque con fuerza de brazos se había de tomar la Tierra: y esto le aconsejaba un Capitán, que consigo llevaba, que se llamaba Pantoja, diciéndole, que si aquel día no tomaba la Tierra, que en otros seis no la tomaría, y en este tiempo era necesario morir de hambre. Yo vista su voluntad, tomé mi Remo, y lo mismo hicieron todos los que en mi Barca estaban para ello, y bogamos hasta casi puesto el Sol: mas como el Gobernador llevaba la mas sana, y recia Gente, que entre toda había, en ninguna manera lo pudimos seguir, ni tener con ella. Yo, como vi esto, pedí le, que para poderle seguir, me diese un cabo de su Barca: y él me respondió, que no harían ellos poco, si solos aquella noche pudiesen llegar à Tierra. Yo le dije, que pues vía la poca posibilidad, que en nosotros había para poder seguirle, y hacer lo que había mandado, que me dijese, que era lo que mandaba que Yo hiciese? El me respondió, que ya no era tiempo de mandar unos à otros, que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida, que él así lo entendía de hacer; y diciendo esto, se alargó con su Barca: y como no le pude seguir, arribé sobre la otra Barca, que iba metida en la Mar, la cual me esperó; y llegado à ella hallé, que era la que llevaban los Capitanes Peñalosa, y Téllez: y así navegamos cuatro días en compañía, comiendo por tasa cada día medio puño de Maíz crudo. A cabo de estos cuatro días nos tomó una Tormenta, que hizo perder la otra Barca: y por gran misericordia, que Dios tuvo de nosotros, no nos hundimos del todo, según el tiempo hacia; y con ser Invierno, y el frio muy grande, y tantos días, que padecíamos hambre, con los golpes, que de la Mar habíamos recibido, otro día la Gente comenzó mucho à desmayar: de tal manera, que cuando el Sol se puso, todos los que en mi Barca venían estaban caídos en ella, unos sobre otros, tan cerca de la muerte, que pocos había que tuviesen sentido, y entre todos ellos, à esta hora, no había cinco Hombres en pie; y cuando vino la noche, no quedamos sino el Maestre, y Yo, que pudiésemos marear la Barca; y à dos horas de la noche, el Maestre me dijo, que Yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal, que creía aquella noche morir: y así Yo tomé el leme, y pasada media noche, Yo llegué, por ver si era muerto el Maestre: y él me respondió, que él antes estaba mejor, y que él gobernaría hasta el día. Yo cierto aquella hora, de muy mejor voluntad tomara la muerte, que no ver tanta Gente delante de mi de tal manera. Y después que el Maestre tomó cargo de la Barca, Yo reposé un poco muy sin reposo; ni había cosa mas lejos de mi entonces, que el sueño. Y acerca del Alva, pareció me que oía el tumbo de la Mar, porque como la Costa era baja, sonaba mucho, y con este sobresalto, llamé al Maestre, el cual me respondió, que creía que éramos cerca de Tierra, y tentamos, y hallémonos en siete brazas, y pareció le, que nos debíamos tener à la Mar, hasta que amaneciese; Y así Yo tomé un Remo, y bogueé de la banda

de la Tierra, que nos hallamos una Legua de ella, y dimos la popa à la Mar; y cerca de Tierra nos tomó una ola; que echó la Barca fuera del Agua un juego de herradura: y con el gran golpe que dio, casi toda la Gente que en ella estaba como muerta, tornó en sí, y como se vieron cerca de la Tierra, se comenzaron à descolgar, y con manos, y pies andando: y como salieron à Tierra à unos barrancos, hicimos lumbre, y tostamos del Maíz que traíamos, y hallamos Agua de la que había llovido, y con el calor del fuego la Gente tornó en sí, y comenzaron algo à esforzarse. El día que aquí llegamos era sexto del Mes de Noviembre.

CAP. XI. De lo que acaeció à Lope de Oviedo con unos Indios.

Des que la Gente hubo comido, mandé à Lope de Oviedo, que tenia mas fuerza, y estaba mas recio que todos, se llegase à unos Arboles, que cerca de allí estaban, y subido en uno de ellos, descubriese la Tierra en que estábamos, y procurase de haber alguna noticia de ella. El lo hizo así, y entendió que estábamos en Isla, y vio que la Tierra estaba cavada, à la manera que suele estar Tierra donde anda Ganado, y pareció le por esto, que debía ser Tierra de Cristianos, y así nos lo dijo. Yo le mandé, que la tornase à mirar muy mas particularmente, y viese si en ella había algunos Caminos, que fuesen seguidos, y esto sin alargarse mucho, por el peligro que podía haber. El fue, y topando con una vereda, se fue por ella adelante, hasta espacio de media Legua, y halló unas Choças de unos Indios, que estaban solas, porque los Indios eran idos al Campo, y tomó una Olla de ellos, y un Perrillo pequeño, y unas pocas de Liças, y así se volvió à nosotros; y pareciéndonos que se tardaba, envié otros dos Cristianos, para que le buscasen, y viesen que le había sucedido, y ellos le toparon cerca de allí, y vieron, que tres Indios, con Arcos, y Flechas, venían tras de él, llamándole, y él asimismo llamaba à ellos por señas: y así llegó donde estábamos, y los Indios se quedaron un poco atrás, asentados en la misma Ribera; y dende à media hora acudieron otros cien Indios Flecheros, que ahora ellos fuesen grandes, ò no, nuestro miedo les hacia parecer Gigantes, y pararon cerca de nosotros, donde los tres primeros estaban. Entre nosotros escusado era pensar que habría quien se defendiese, porque difícilmente se hallaron seis, que del suelo se pudiesen levantar. El Veedor, y Yo salimos à ellos; y llamémosles, y ellos se llegaron à nosotros: y lo mejor que pudimos, procuramos de asegurarlos, y asegurarnos, y dimos les Cuentas, y Cascabeles, y cada uno de ellos me dio una Flecha, que es señal de amistad: y por señas nos dijeron, que à la mañana volverían, y nos traerían de comer, porque entonces no lo tenían.

CAP. XII. Como los Indios nos truxeron de comer.

Otro día, saliendo el Sol, que era la hora que los Indios nos habían dicho, vinieron à nosotros, como lo habían prometido, y nos trajeron mucho Pescado, y de unas Raíces, que ellos comen, y son como Nueces, algunas mayores, ò menores, la mayor parte de ellas se sacan debajo del Agua, y con mucho trabajo. A la tarde volvieron, y nos trajeron mas Pescado, y de las mismas Raíces, y hicieron venir sus Mujeres, y Hijos, para que nos viesen; y así se volvieron ricos de Cascabeles, y Cuentas, que les dimos, y otros días nos tornaron à visitar, con lo mismo que esto tras veces. Como nosotros vimos, que estábamos proveídos de Pescado, y de Raíces, y de Agua, y de las otras cosas que pedimos, acordamos de tornarnos à embarcar, y seguir nuestro camino, y desenterramos la Barca de la Arena, en que estaba metida, y fue menester, que nos desnudásemos todos, y pasásemos gran trabajo para echarla al Agua, porque nosotros estábamos tales, que otras cosas muy mas livianas bastaban para ponernos en él; y así embarcados, à dos tiros de Ballesta dentro en la Mar, nos dio tal golpe de Agua, que nos mojó à todos: y como íbamos desnudos, y el frio que hacia era muy grande, soltamos los Remos de las manos: y à otro golpe que la Mar nos dio, trastornó la Barca: el Veedor, y otros dos se asieron de ella para escaparse, mas sucedió muy al revés, que la Barca los tomó debajo, y se ahogaron. Como la Costa es muy brava, el Mar de un tumbo echó à todos los otros envueltos en las olas, y medio ahogados en la Costa de la misma Isla, sin que faltasen mas de los tres, que la Barca había tomado debajo. Los que quedamos escapados, desnudos como nascimos, y perdido todo lo que traíamos: y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho. Y como entonces era por Noviembre, y el frio muy grande, y nosotros tales, que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos propia figura de la Muerte. De mí se decir, que desde el mes de Mayo pasado, Yo no había comido otra cosa sino Maíz tostado, y algunas veces me vi en necesidad de comerlo crudo; porque aunque se mataron los Caballos, entretanto que las Barcas se hacían, Yo nunca pude comer de ellos, y no fueron diez veces las que comí pescado. Esto digo, por excusar razones, porque pueda cada uno ver, que tales estaríamos. Y

sobre todo lo dicho, había sobrevenido viento Norte, de suerte, que mas estábamos cerca de la muerte, que de la vida: plugo à Nuestro Señor, que buscando los tizones del fuego, que allí habíamos hecho, hallamos lumbre con que hicimos grandes fuegos: y así estuvimos pidiendo à Nuestro Señor misericordia, y perdón de nuestros pecados, derramando muchas lagrimas, habiendo cada uno lastima, no solo de sí, mas de todos los otros, que en el mismo estado vean. Y à hora de puesto el Sol, los Indios, creyendo que no nos habíamos ido, nos volvieron à buscar, y à traernos de comer: mas cuando ellos nos vieron así en tan diferente habito del primero, y en manera tan extraña, espantaron se tanto, que se volvieron atrás. Yo salí à ellos, y llámelos, y vinieron muy espantados, hice los entender por señas, como se nos había hundido una Barca, y se habían ahogado tres de nosotros: y allí en su presencia, ellos mismos, vieron dos muertos, y los que quedábamos, íbamos aquel camino. Los Indios de ver el desastre que nos había venido, y el desastre en que estábamos, con tanta desventura, y miseria se sentaron entre nosotros: y con el gran dolor, y lastima que hubieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos à llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír, y esto les duró mas de media hora: y cierto, ver que estos Hombres, tan sin razón, y tan crudos, à manera de Brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí, y en otros de la compañía creciese mas la pasión, y la consideración de nuestra desdicha. Sosegado ya este llanto, Yo pregunté à los Cristianos, y dije, que si à ellos parecía, rogaría à aquellos Indios, que nos llevasen à sus Casas: y algunos de ellos, que habían estado en la Nueva-España, respondieron, que no se debía hablar en ello, porque si à sus Casas nos llevaban, nos sacrificarían à sus Ídolos: mas visto que otro remedio no había, y que por cualquier otro camino estaba mas cerca, y mas cierta la muerte, no curé de lo que decían, antes rogué à los Indios, que nos llevasen à sus Casas, y ellos mostraron que habían gran placer de ello, y que esperásemos un poco, que ellos harían lo que queríamos; y luego treinta de ellos se cargaron de leña, y se fueron à sus Casas, que estaban lejos de allí, y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron; y llevándonos asidos, y con mucha priesa, fuimos à sus Casas, y por el gran frio que hacia; y temiendo que en el camino alguno no muriese, ò desmayase, proveyeron, que hubiese cuatro, ò cinco fuegos muy grandes, puestos à trechos, y en cada uno de ellos nos calentaban: y des que vean que habíamos tomado alguna fuerza, y calor, nos llevaban hasta el otro, tan apriesa, que casi los pies no nos dejaban poner en el suelo: y de esta manera fuimos hasta sus Casas, donde hallamos que tenían hecha una Casa para nosotros, y muchos fuegos en ella: y desde à un hora que habíamos llegado, comenzaron à bailar, y hacer grande fiesta (que duró toda la noche) aunque para nosotros no había placer, siesta, ni sueño, esperando cuando nos habían de sacrificar, y la mañana nos tornaron á dar Pescado, y Raíces, y hacer tan buen tratamiento, que nos aseguramos algo, y perdimos algo el miedo del sacrificio.

CAP. XIII. Como supimos de otros Cristianos.

Este mismo día Yo vi à un Indio de aquellos un Rescate, y conocí que no era de los que nosotros les habíamos dado: y preguntando donde le habían habido, ellos por señas me respondieron, que se lo habían dado otros Hombres como nosotros, que estaban atrás. Yo viendo esto, envié dos Cristianos, y dos Indios, que les mostrasen aquella Gente, y muy cerca de allí toparon con ellos, que también venían à buscarnos, porque los Indios que allá quedaban, los habían dicha de nosotros, y estos eran los Capitanes Andrés Dorantes, y Alonso del Castillo, con toda la Gente de su Barca. Y llegados à nosotros, se espantaron mucho de vernos de la manera que estábamos, y recibieron muy gran pena por no tener que darnos, que ninguna otra cosa traían, sino la que tenían vestida. Y estuvieron allí con nosotros, y nos contaron, como à cinco de aquel mismo Mes, su Barca había dado al través legua, y media de allí, y ellos habían escapado, sin perderse ninguna cosa: y todos juntos acordamos de adobar su Barca, y irnos en ella los que tuviesen fuerza, y disposición para ello; los otros quedarse allí hasta que convaleciesen, para irse, como pudiesen, por luengo de Costa, y que esperasen allí, hasta que Dios los llevase con nosotros à Tierra de Cristianos; y como lo pensamos, así nos pusimos en ello; y antes que echásemos la Barca al Agua, Tavera, un Caballero de nuestra Compañía, murió; y la Barca que nosotros pensábamos llevar, hizo su fin, y no se pudo sostener à si misma, que luego fue hundida; y como quedamos del arte que he dicho, y los mas desnudos, y el tiempo tan recio para caminar, y pasar Ríos, y Ancones à nado, ni tener bastimento alguno, ni manera para llevarlo, determinamos de hacer lo que la necesidad pedía, que era invernar allí; y acordamos también, que cuatro Hombres, que mas recios estaban, fuesen à Panuco, creyendo que estábamos cerca de allí; y que si Dios Nuestro Señor fuese servido de llevarnos allá, diesen aviso de como quedábamos en aquella Isla, y de nuestra necesidad, y trabajo. Estos eran muy grandes nadadores, y al uno llamaban Álvaro Fernández, Portugués, Carpintero, y Marinero: el segundo se llamaba Méndez; y al tercero Figueroa, que era natural de Toledo: el cuarto, Astudillo, natural de Zafra, llevaban consigo un Indio, que era de la Isla.

CAP. XIV. Como se partieron los cuatro Cristianos.

Partidos estos cuatro Cristianos, dende à pocos días sucedió tal tiempo de fríos, y tempestades, que los Indios no podían arrancar las Raíces: y de los Cañales en que pescaban ya no había provecho ninguno; y como las Casas eran tan desabrigadas, comenzó se à morir la Gente; y cinco Cristianos, que estaban en rancho en la Costa, llegaron à tal extremo, que se comieron los unos à los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese. Los nombres de ellos son estos: Sierra, Diego López, Corral, Palacios, Gonzalo Ruiz. De este caso se alteraron tanto los Indios, y hubo entre ellos tan gran escandalo, que sin duda, si al principio ellos lo vieran, los mataran, y todos nos viéramos en grande trabajo. Finalmente, en muy poco tiempo, de ochenta Hombres, que de ambas partes allí llegamos, quedaron vivos solos quince: y después de muertos estos; dio à los Indios de la Tierra una enfermedad de estomago, de que murió la mitad de la Gente de ellos: y creyeron, que nosotros éramos los que los matábamos; y teniéndolo por muy cierto, concertaron entre sí de matar à los que habíamos quedado. Ya que lo venían à poner en efecto, un Indio, que à mi me tenia, les dijo, que no creyesen, que nosotros éramos los que los matábamos, porque si nosotros tal poder tuviéramos, excusáramos que no murieran tantos de nosotros, como ellos vean que habían muerto, sin que les pudiéramos poner remedio, y que ya no quedábamos sino muy pocos, y que ninguno hacia daño, ni perjuicio, que lo mejor era, que nos dejasen. Y quiso Nuestro Señor, que los otros siguieron este consejo, y parecer, y así se estorbó su propósito. A esta Isla pusimos por nombre, Isla de Malhado. La Gente que allí hallamos son grandes, y bien dispuestos: no tienen otras Armas sino Flechas, y Arcos, en que son por extremo diestros. Tienen los Hombres la una Teta horadada de una parte à otra, y algunos ai que las tienen ambas; y por el agujero que hacen, traen una Caña atravesada, tan larga, como dos palmos y medio, y tan gruesa, como dos dedos: traen también horadado el Labio de abajo, y puesto en él un pedazo de la Caña, delgada como medio dedo. Las Mujeres son para mucho trabajo. La habitación que en esta Isla hacen, es desde Octubre, hasta en fin de Hebrero. El su mantenimiento es las Raíces que he dicho, sacadas debajo el Agua por Noviembre, y Diciembre. Tienen Cañales, y no tienen mas Peces de para este tiempo: de ahí adelante comen las Raíces. En fin de Hebrero van à otras partes à buscar con que mantenerse, porque entonces las Raíces comienzan à nacer, y no son buenas. Es la Gente del Mundo, que mas aman à sus Hijos, y mejor tratamiento les hacen: y cuando acaece que à alguno se le muere el Hijo, lloran le los Padres, y los Parientes, y todo el Pueblo, y el llanto dura un Año cumplido, que cada día por la mañana, antes que amanezca, comienzan primero à llorar los Padres, y tras esto todo el Pueblo: y esto mismo hacen al medio día, y cuando amanece: y pasado un Año que los han llorado, hacen le las Honras del muerto, y lavan se, y limpian se del tizne que traen. A todos los Difuntos lloran de esta manera, salvo à los viejos, de quien no hacen caso, porque dicen, que ya han pasado su tiempo, y de ellos ningún provecho hay, antes ocupan la Tierra, y quitan el mantenimiento à los niños. Tienen por costumbre de enterrar los Muertos, sino son los que entre ellos son Físicos, que à estos queman los; y mientras el fuego arde, todos están bailando, y haciendo muy gran fiesta, y hacen polvos los huesos: y pasado un Año, cuando se hacen sus Honras, todos se jasan en ellas, y à los Parientes dan aquellos polvos à beber de los huesos en Agua. Cada una tiene una Mujer conocida. Los Físicos son los Hombres mas libertados; pueden tener dos, y tres, y entre estas hay muy gran amistad, y conformidad. Cuando viene que alguno casa su Hija, el que la toma por Mujer, dende el día que con ella se casa, todo lo que matare casando, ò pescando, todo lo trae la Mujer à la casa de su Padre, sin osar tomar, ni comer alguna cosa de ello, y de casa de el Suegro le llevan à él de comer: y en todo este tiempo el Suegro, ni la Suegra no entran en su casa, ni él ha de entrar en casa de los Suegros, ni Cuñados: y si acaso se toparen por alguna parte, se desvían un tiro de Ballesta el uno del otro; y entretanto que así van apartándose, llevan la cabeza baja, y los ojos en tierra puestos; porque tienen por cosa mala verse, ni hablarse. Las Mujeres tienen libertad para comunicar, y conversar con los Suegros, y Parientes; y esta costumbre se tiene desde la Isla, hasta mas de cincuenta leguas por la Tierra adentro.

Otra costumbre hay, y es, que cuando algún Hijo, ò Hermano muere, en la casa donde muriere, tres meses no buscan de comer, antes se dejan morir de hambre, y los Parientes, y los Vecinos les proveen de lo que han de comer. Y como en el tiempo que aquí estuvimos murió tanta Gente de ellos, en las mas Casas había muy gran hambre, por guardar también su costumbre, y ceremonia; y los que lo buscaban, por mucho que trabajaban, por ser el tiempo tan recio, no podían hacer sino muy poco; y por esta causa los Indios que à mi me tenían, se salieron de la Isla, y en unas Canoas se pasaron à Tierra-firme à unas Bayas, adonde tenían muchos Ostiones, y tres meses del Año no comen otra cosa, y beben muy mala Agua. Tienen gran falta de Leña, y de Mosquitos muy grande abundancia. Sus Casas son edificadas de Esteras, sobre muchas Cascaras de Ostiones, y sobre ellos duermen encueros, y no los tienen sino es acaso; y así estuvimos hasta en fin de Abril, que fuimos à la Costa de la Mar, à do comimos Moras de Çarças todo el Mes, en el cual no cesan de hacer sus Areitos, y fiestas.

CAP. XV. De lo que nos acaeció en Isla la de Malhado.

En aquella Isla, que he contado, nos quisieron hacer Físicos, sin examinarnos, ni pedirnos los Títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo, y las manos, echan de él la enfermedad, y mandaron nos que hiciésemos lo mismo, y sirviésemos en algo: nosotros nos reíamos de ello, diciendo, que era burla, y que no sabíamos curar, y por esto nos quitaban la comida, hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y viendo nuestra porfía, un Indio me dijo à mí, que Yo no sabia lo que decía en decir, que no aprovecharía nada aquello que él sabia, ca las Piedras, y otras cosas que se crían por los Campos, tienen virtud; y que él con una Piedra caliente, trayéndola por el estomago, sanaba, y quitaba el dolor, y que nosotros que éramos hombres, cierto era que teníamos mayor virtud, y poder. En fin, nos vimos en tanta necesidad, que lo hubimos de hacer, sin temer que nadie nos llevase por ello la pena. La manera que ellos tienen en curarse es esta: que en viéndose enfermos, llaman un Medico, y después de curado, no solo le dan todo lo que poseen, mas entre sus parientes buscan cosas para darle. Lo que el Medico hace, es dalle unas fajas adonde tiene el dolor, y chupan les al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y Yo lo he experimentado, y me sucedió bien de ello; y después de esto, soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos, que se les quita el mal. La manera con que nosotros curamos, era santiguándolos, y soplarlos, y rezar un *Páter Noster*, y un *Ave María*, y rogar lo mejor que podíamos à Dios Nuestro Señor, que les diese salud, y espirase en ellos, que nos hiciesen algún buen tratamiento. Quiso Dios Nuestro Señor, y su misericordia, que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos, decían à los otros, que estaban sanos, y buenos; y por este respecto nos hacían buen tratamiento, y dejaban ellos de comer por dárnoslo à nosotros, y nos daban Cueros, y otras cosillas. Fue tan extremada la hambre que allí se pasó, que muchas veces estuve tres días sin comer ninguna cosa, y ellos también lo estaban, y parecía me ser cosa imposible durar la vida, aunque en otras mayores hambres, y necesidades me vi después, como adelante diré. Los Indios que tenían à Alonso del Castillo, y Andrés Dorantes, y à los demás que habían quedado vivos, como eran de otra Lengua, y de otra Parentela, se pasaron à otra parte de la Tierra-firme à comer Ostiones, y allí estuvieron hasta el primero día del Mes de Abril, y luego volvieron à la Isla, que estaba de allí hasta dos leguas, por lo mas ancho del Agua, y la Isla tiene media legua de través, y cinco en largo.

Toda la Gente de esta Tierra anda desnuda, solas las Mujeres traen de sus cuerpos algo cubierto con una Lana que en los Arboles se cría. Las Moças se cubren con unos Cueros de Venados. Es Gente muy partida de lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos Señor. Todos los que son de un Linaje andan juntos. Habitan en ella dos maneras de Lenguas, à los unos llaman de Capoques, y à los otros de Han: tienen por costumbre, cuando se conocen, y de tiempo à tiempo se ven, primero que se hablen, estar media hora llorando; y acabado esto, aquel que es visitado, se levanta primero, y da al otro todo cuanto posee, y el otro lo recibe: y de ahí à un poco se va con ello, y aun algunas veces, después de recibido, se van sin que hablen palabra. Otras extrañas costumbres tienen, mas Yo he contado las mas principales, y mas señaladas por pasar adelante, y contar lo que mas nos sucedió.

CAP. XVI. Como se partieron los Cristianos de la Isla de Malhado.

Después que Dorantes, y Castillo volvieron à la Isla, recogieron consigo todos los Cristianos, que estaban algo esparcidos, y hallaron se por todos catorce. Yo, como he dicho, estaba en la otra parte en Tierra-firme, donde mis Indios me habían llevado, y donde me había dado tan gran enfermedad, que ya que alguna otra cosa me diera esperanza de vida, aquella bastaba para del todo quitármela. Y como los Cristianos esto supieron, dieron à un Indio la Manta de Martas, que del Cacique habíamos tomado, como arriba dijimos, porque los pasase donde Yo estaba para verme; y así, vinieron doce, porque los dos quedaron tan flacos, que no se atrevieron à traerlos consigo: los nombres de los que entonces vinieron, son: Alonso del Castillo, Andrés Dorantes, y Diego Dorantes, Valdivieso, Estrada, Tostado, Chaves, Gutiérrez, Asturiano Clérigo, Diego de Huelva, Estebanico el Negro, Benítez: y como fueron venidos à Tierra-firme, hallaron otro, que era de los nuestros, que se llamaba Francisco de León; y todos trece por luengo de Costa. Y luego que fueron pasados los Indios, que me tenían, me avisaron de ello, y como quedaban en la Isla Gerónimo de Alanís, y Lope de Oviedo. Mi enfermedad estorbó que no les pude seguir, ni los vi. Yo hube de quedar con estos mismos Indios de la Isla mas de un Año, y por el mucho trabajo que me daban, y mal tratamiento que me hacían, determiné de huir de ellos, yirme à los que moran en los Montes, y Tierra-firme, que se llaman los de Charruco, porque Yo no podía sufrir la vida, que con estos otros tenia; porque entre otros trabajos muchos, había de sacar las Raíces para comer debajo del Agua, y entre las

Cañas, donde estaban metidas en la Tierra; y de esto traía Yo los dedos tan gastados, que una Paja que me tocase, me hacía sangre de ellos, y las Cañas me rompían por muchas partes, porque muchas de ellas estaban quebradas, y había de entrar por medio de ellas, con la Ropa que he dicho que traía. Y por esto Yo puse en obra de pasarme à los otros, y con ellos me sucedió algo mejor: y porque Yo me hice Mercader, procuré de usar el Oficio lo mejor que supe; y por esto ellos me daban de comer, y me hacían buen tratamiento, y rogaban me, que me fuese de unas partes à otras, por cosas que ellos habían menester; porque por razón de la Guerra, que continuó traen, la Tierra no se anda, ni se contrata tanto. E ya con mis Tratos, y Mercaderías entraba la Tierra adentro todo lo que quería, y por luengo de Costa me alargaba cuarenta, ò cincuenta leguas. Lo principal de mi trato, era pedazos de Caracoles de la Mar, y Corazones de ellos, y Conchas, con que ellos cortan una fruta, que es como Frisoles, con que se curan, y hacen sus Bailes, y Fiestas; y esta es la cosa de mayor precio que entre ellos hay, y Cuentas de la Mar, y otras cosas. así esto era lo que yo llevaba la Tierra adentro; y en cambio, y trueco de ello traía Cueros, y Almagra con que ellos se untan, y tiñen las Caras, y Cabellos; Pedernales para puntas de Flechas, Engrudo, y Cañas duras para hacerlas, y unas Borlas, que se hacen de Pelos de Venados, que las tiñen, y paran coloradas: y este Oficio me estaba à mi bien, porque andando en él tenía libertad para ir donde quería, y no era obligado à cosa alguna, y no era Esclavo, y donde quiera que iba me hacían buen tratamiento, y me daban de comer por respeto de mis Mercaderías; y lo mas principal, porque andando en ello, Yo buscaba por donde me había de ir adelante, y entre ellos era muy conocido: holgaban mucho cuando me vean, y les traía lo que habían menester; y los que no me conocían, me procuraban, y deseaban ver por mi fama. Los trabajos que en esto pasé, sería largo contarlos, así de peligros, y hambres, como de tempestades, y fríos, que muchos de ellos me tomaron en el Campo. y solo, donde por gran misericordia de Dios Nuestro Señor escapé; y por esta causa Yo no trataba el Oficio en Invierno, por ser tiempo, que ellos mismos en sus Choças, y Ranchos metidos, no podían valerse, ni ampararse. Fueron casi seis Años el tiempo que Yo estuve en esta Tierra solo entre ellos, y desnudo, como todos andaban. La razón por que tanto me detuve, fue por llevar conmigo un Cristiano, que estaba en la Isla, llamado Lope de Oviedo. El otro Compañero de Alanís, que con él había quedado, cuando Alonso del Castillo, y Andrés Dorantes, con todos los otros, se fueron, murió luego; y por sacarlo de allí, Yo pasaba à la Isla cada Año, y le rogaba, que nos fuésemos à la mejor maña que pudiésemos en busca de Cristianos, y cada Año me detenía, diciendo, que el otro siguiente nos iríamos. En fin, al cabo lo saqué, y le pasé el Ancón, y cuatro Ríos, que hay por la Costa, porque él no sabía nadar, y así fuimos con algunos Indios adelante, hasta que llegamos à un Ancón, que tiene una legua de través, y es por todas partes hondo: y por lo que de él nos pareció, y vimos, es, el que llaman del Espíritu Santo, y de la otra parte del vimos unos Indios, que vinieron à ver los nuestros, y nos dijeron, como mas adelante había tres Hombres como nosotros, y nos dijeron los nombres de ellos; y preguntándoles por los demás, nos respondieron, que todos eran muertos de frio, y de hambre: y que aquellos Indios de adelante, ellos mismos por su pasatiempo habían muerto à Diego Dorantes, y à Valdivieso, y à Diego de Huelva, porque se habían pasado de una casa à otra; y, que los otros Indios sus vecinos, con quien ahora estaba el Capitán Dorantes, por razón de un sueño que habían soñado, habían muerto à Esquivel, y à Méndez. Preguntamos les, que tales estaban los vivos? dijeron nos, que muy maltratados, porque los Mochachos, y otros Indios, que entre ellos son muy holgazanes, y de mal trato, les daban muchas coces, y bofetones, y palos, y que esta era la vida que con ellos tenían. Queseémonos informar de la Tierra adelante, y de los mantenimientos que en ella había, respondieron, que era muy pobre de Gente, y que en ella no había que comer, y que morían de frio, porque no tenían Cueros, ni con que cubrirse. Dijeron nos también, si queríamos ver aquellos tres Cristianos, que de hay à dos días los Indios que los tenían venían à comer Nueces una legua de allí à la Vera de aquel Río: y porque viésemos, que lo que nos habían dicho del mal tratamiento de los otros era verdad, estando con ellos dieron al Compañero mío de bofetones, y palos, y Yo no quedé sin mi parte, y de muchos pellazos de lodo que nos tiraban, y nos ponían cada día las Flechas al corazón, diciendo, que nos querían matar como à los otros nuestros Compañeros. Y temiendo esto Lope de Oviedo, mi Compañero, dijo, que quería volverse con unas Mujeres de aquellos Indios, con quien habíamos pasado el Ancón, que quedaban algo atrás. Yo porfié mucho con él que no lo hiciese, y pasé muchas cosas, y por ninguna vía lo pude detener; y así se volvió, y Yo quedé solo con aquellos Indios, los cuales se llamaban Quevenes, y los otros con quien él se fue, llaman Deaguanes.

CAP. XVII. Como vinieron los Indios y trajeron à Andrés Dorantes, y à Castillo, y à Estebanico.

Desde à dos días que Lope de Oviedo se había ido, los Indios que tenían à Alonso del Castillo, y Andrés Dorantes, vinieron al mismo Lugar, que nos habían dicho, à comer de aquellas Nueces, de que se mantienen, moliendo unos granillos con ellas, dos Meses del Año, sin comer otra cosa, y aun esto no lo tienen todos los Años, porque acuden uno, y otro no: son del tamaño de las de Galicia, y los Arboles son muy grandes, y hay

gran numero de ellos. un Indio me avisó como los Cristianos eran llegados, y que si Yo quería verlos, me hurtase, y huiese à un Canto de un Monte, que él me señaló; porque él, y otros Parientes suyos habían de venir à ver aquellos Indios, y que me llevarían consigo adonde los Cristianos estaban. Yo me confié de ellos, y determiné de hacerlo, porque tenían otra Lengua distinta de la de mis Indios: y puesto por obra, otro día fueron, y me hallaron en el lugar que estaba señalado: y así me llevaron consigo. Ya que llegué cerca de donde tenían su Aposento, Andrés Dorantes salió à ver quien era, porque los Indios le habían también dicho como venia un Cristiano; y cuando me vio, fue muy espantado, porque había muchos días que me tenían por muerto, y los Indios así lo habían dicho. Dimos muchas gracias à Dios de vernos juntos: y este día fue uno de los de mayor placer, que en nuestros días habíamos tenido: y llegado donde Castillo estaba, me preguntaron, que donde iba? Yo le dije, que mi propósito era de pasar à Tierra de Cristianos, y que en este rastro, y busca iba. Andrés Dorantes respondió, que muchos días había que él rogaba à Castillo, y à Estebanico, que se fuesen adelante, y que no lo osaban hacer, porque no sabían nadar, y que temían mucho los Ríos, y Ancones por donde habían de pasar, que en aquella Tierra hay muchos. Y pues Dios Nuestro Señor había sido servido de guardarme entre tantos trabajos, y enfermedades, y al cabo traerme en su compañía, que ellos determinaban de huir, que Yo los pasaría de los Ríos, y Ancones que topásemos; y avisaron me, que en ninguna manera diese à entender à los Indios, ni conociesen de mí, que Yo quería pasar adelante, porque luego me matarían; y que para esto era menester que Yo me detuviese con ellos seis Meses, que era tiempo en que aquellos Indios iban à otra Tierra à comer Tunas. Esta es una Fruta, que es del tamaño de Huevos, y son bermejas, y negras, y de muy buen gusto. Comen las tres Meses del Año, en los cuales no comen otra cosa alguna; porque al tiempo que ellos las cogían, venían à ellos otros Indios de adelante, que traían Arcos para contratar, y cambiar con ellos: y que cuando aquellos se volviesen, nos huiríamos de los nuestros, y nos volveríamos con ellos. Con este concierto Yo quedé allí, y me dieron por Esclavo à un Indio, con quien Dorantes estaba; el cual era tuerto, y su Mujer, y un Hijo que tenia, y otro que estaba en su compañía; de manera, que todos eran tuertos. Estos se llaman Marianes: y Castillo estaba con otros sus vecinos, llamados Iguases. Y estando aquí ellos me contaron, que después que salieron de la Isla de Malhado, en la Costa de la Mar hallaron la Barca en que iba el Contador, y los Frailes al través; y que yendo pasando aquellos Ríos, que son cuatro muy grandes, y de muchas corrientes, les llevó las Barcas en que pasaban à la Mar, donde se ahogaron cuatro de ellos, y que así fueron adelante hasta que pasaron el Ancón, y lo pasaron con mucho trabajo: y à quince leguas adelante hallaron otro: y que cuando allí llegaron, ya se les habían muerto dos Compañeros, en sesenta leguas que habían andado, y que todos los que quedaban estaban para lo mismo, y que en todo el camino no habían comido sino Cangrejos, y Yerba Pedrera: y llegados à este ultimo Ancón, decían, que hallaron en él Indios, que estaban comiendo Moras; y como vieron à los Cristianos, se fueron de allí à otro cabo: y que estando procurando, y buscando manera para pasar el Ancón, pasaron à ellos un Indio, y un Cristiano, y que llegado, conocieron que era Figueroa, uno de los cuatro que habíamos enviado adelante en la Isla de Malhado, y allí les contó, como él, y sus Compañeros habían llegado hasta aquel Lugar, donde se habían muerto dos de ellos, y un Indio, todos tres de frio, y de hambre, porque habían venido, y estado en el mas recio tiempo del mundo, y que à él, y á Méndez habían tomado los Indios, y que estando con ellos, Méndez había huido, yendo la vía lo mejor que pudo de Panuco, y que los Indios habían ido tras él; y que lo habían muerto: y que estando él con estos Indios, supo de ellos, como con los Mariames estaba un Cristiano, que había pasado de la otra parte, y lo había hallado con los que llamaban Quevenes: y que este Cristiano era Hernando de Esquivel, natural de Badajoz, el cual venia en compañía del Comisario, y que él supo de Esquivel el fin en que habían parado el Gobernador, y Contador, y los demás, y le dijo, que el Contador, y los Frailes habían echado al través su Barca entre los Ríos; y viniéndose por luengo de Costa, llegó la Barca del Gobernador con su Gente en tierra, y él se fue con su Barca, hasta que llegaron à aquel Ancón grande, y que allí tornó à tomar la Gente, y la pasó del otro cabo, y volvió por el Contador, y los Frailes, y todos los otros; y contó, como estando desembarcados, el Gobernador había revocado el Poder que el Contador tenia de Lugar-Teniente suyo; y dio el cargo à un Capitán, que traía consigo, que se decía Pantoja, y que el Gobernador se quedó en su Barca, y no quiso aquella noche salir à tierra, y quedaron con él un Maestre, y un Page, que estaba malo, y en la Barca no tenían Agua, ni cosa ninguna que comer; y que à media noche el Norte vino tan recio, que sacó la Barca à la Mar, sin que ninguno la viese, porque no tenia por rezón sino una Piedra, y que nunca mas supieron del; y que visto esto, la Gente que en tierra quedaron, se fueron por luengo de Costa, y que como hallaron tanto estorbo de Agua, hicieron Balsas con mucho trabajo, en que pasaron de la otra parte; y que yendo adelante llegaron à una punta de un Monte, orilla del Agua, y que hallaron Indios, que como los vieron venir, metieron sus Casas en sus canoas, y se pasaron de la otra parte à la Costa; y los Cristianos viendo el tiempo que era, porque era por el Mes de Noviembre, pararon en este Monte porque hallaron Agua, y Leña, y algunos Cangrejos, y Mariscos, donde de frio, y de hambre se comenzaron poco à poco à morir. Allende de esto, Pantoja, que por Teniente había quedado, les hacia mal tratamiento, y no lo pudiendo sufrir Soto-Mayor, Hermano de Vasco Porcallo, el de la Isla de Cuba, que en el Armada había venido por Maestre de Campo, se revolió con él, y le dio un palo, de que Pantoja quedó muerto, y así se fueron acabando; y los que morían, los otros los hacían tasajos, y el ultimo que murió fue Soto-Mayor y Esquivel, lo hizo tasajos, y comiendo del, se mantuvo hasta primero de Marzo, que un Indio de los que allí habían huido, vino à ver si eran muertos, y llevó à Esquivel consigo; y estando en poder de este Indio, el

Figuroa lo habló, y supo de él todo lo que habíamos contado; y le rogó que se viniese con él, para irse ambos la vía del Panuco; lo cual Esquivel no quiso hacer, diciendo, que él había sabido de los Frailes, que Panuco había quedado atrás, y así se quedó allí, y Figuroa se fue à la Costa adonde solía estar.

CAP. XVIII. De la Relación que dio de Esquivel.

Esta cuenta toda dio Figuroa por la relación que de Esquivel había sabido, y así de mano en mano llegó à mi, por donde se puede ver, y saber el fin que toda aquella Armada hubo, y los particulares casos, que à cada uno de los demás acontecieron. Y dijo mas, que si los Cristianos algún tiempo andaban por allí, podría ser que vieses à Esquivel, porque sabia que se había huido de aquel Indio con quien estaba, à otros que se decían los Mareames, que eran allí vecinos. Y como acabo de decir, él, y el Asturiano se quisieran ir à otros Indios, que adelante estaban: mas como los Indios que lo tenían lo sintieron, salieron à ellos, y dieron les muchos palos, y desnudaron al Asturiano, y pasaron le un brazo con una Flecha; y en fin se escaparon huyendo, y los Cristianos se quedaron con aquellos Indios, y acabaron con ellos, que los tomasen por Esclavos, aunque estando sirviéndoles fueron tan mal tratados de ellos, como nunca Esclavos, ni Hombres de ninguna suerte lo fueron; porque de seis que eran, no contentos con darles muchas bofetadas, y apalearlos, y pelarles las barbas por su pasatiempo, por solo pasar de una casa, ò otra, mataron tres, que son los que arriba dije: Diego Dorantes, y Valdivieso, y Diego de Huelva, y los otros tres que quedaban, esperaban parar en esto mismo: y por no sufrir esta vida, Andrés Dorantes se huyó, y se pasó à los Mareames, que eran aquellos adonde Esquivel había parado, y ellos le contaron como habían tenido allí à Esquivel, y como estando allí se quiso huir, porque una Mujer había soñado, que le había de matar un Hijo, y los Indios fueron tras él, y lo mataron, y mostraron à Andrés Dorantes su Espada, y sus Cuentas, y Libro, y otras cosas que tenia. Esto hacen estos por una costumbre que tienen, y es, que matan sus mismos Hijos por sueños, y à las Hijas en nasciendo las dejan comer à Perros, y las echan por ahí. La razón porque ellos lo hacen es, según ellos dicen, porque todos los de la Tierra son sus enemigos, y con ellos tienen continua guerra: y que si acaso casasen sus Hijas, multiplicarían tanto sus enemigos, que los sujetarían, y tomarían por Esclavos: y por esta causa querían mas matar las, que no que de ellas mismas nasciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos, que por que no las casaban con ellos mismos? Y también entre ellos dijeron, que era fea cosa casarlas con sus Parientes, y que era muy mejor matarlas, que darlas à sus Parientes, ni à sus enemigos: y esta costumbre usan estos, y otros sus vecinos, que se llaman los Iguaces solamente, sin que ningunos otros de la Tierra la guarden. Y cuando estos se han de casar, compran las Mujeres à sus Enemigos, y el precio que cada uno dà por la suya, es un Arco, el mejor que puede haber, con dos Flechas; y si acaso no tiene Arco, una Red, hasta una braza en ancho, y otra en largo: matan sus Hijos, y mercan los ajenos: no dura el casamiento mas de cuanto están contentos, y con una Higa deshacen el casamiento. Dorantes estuvo con estos, y desde à pocos días se huyó. Castillo, y Estebanico se vinieron dentro à la Tierra-firme à los Yeguaces. Toda esta Gente son Flecheros, y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos; y traen la Teta, y el Labio horadados. Su mantenimiento principalmente es Raíces de dos, ò tres maneras, y buscan las por toda la Tierra: son muy malas, y hinchan los Hombres que las comen. Tardan dos días en asarse, y muchas de ellas son muy amargas, y con todo esto se sacan con mucho trabajo. Es tanta la hambre, que aquellas Gentes tienen, que no se pueden pasar sin ellas, y andan dos, ò tres Leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos Venados, y à tiempos toman algún Pescado: mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen Arañas, y huevos de Hormigas, y Gusanos, y Lagartijas, y Salamanquesas, y Culebras, y Víboras, que matan los Hombres, que muerden, y comen Tierra, y Madera, y todo lo que pueden haber, y estiércol de Venados, y otras cosas, que dejo de contar; y creo averiguadamente, que si en aquella Tierra hubiese piedras, las comerían. Guardan las espinas del Pescado, que comen, y de las Culebras, y otras cosas, para molerlo después todo, y comer el polvo de ello. Entre estos no se cargan los Hombres, ni llevan cosa de peso, mas llevando las Mujeres, y los Viejos, que es la Gente que ellos en menos tienen. No tienen tanto amor à sus Hijos, como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos, que usan pecado contra natura. Las Mujeres son muy trabajadas, y para mucho: porque de veinte y cuatro horas que hay entre día, y noche, no tienen sino seis horas de descanso: y todo lo mas de la noche pasan en atizar sus Hornos, para secar aquellas Raíces, que comen; y des que amanece comienzan à cavar, y à traer Leña, y Agua à sus Casas, y dar orden en las otras cosas, de que tienen necesidad. Los mas de estos son grandes Ladrones, porque aunque entre si son bien partidos, en volviendo uno la cabeza, su Hijo mismo, ò su Padre, le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa. Están tan usados à correr, que sin descansar, ni cansar, corren desde la mañana hasta la noche, y siguen un Venado; y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen, hasta que los cansan; y algunas veces los toman vivos. Las Casas de ellos son de Esteras, puestas sobre cuatro Arcos, llevan las acuestas, y múdense cada dos, ò tres días, para buscar de comer: ninguna cosa siembran, que se puedan aprovechar: es Gente muy alegre: por mucha hambre que tengan,

por eso no dejan de bailar, ni de hacer sus Fiestas, y Areytos. Para ellos el mejor tiempo que estos tienen, es cuando comen las Tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche, y de día: todo el tiempo que les duran, exprimen las, y abren las, y ponen las a secar; y después de secas, ponen las en unas Serás, como Higos, y guardan las para comer por el camino, cuando se vuelven, y las cascarras de ellas muelen las, y hacen las polvo. Muchas veces, estando con estos, nos aconteció tres, o cuatro días estar sin comer, porque no lo había: ellos, por alegrarnos, nos decían, que no estuviésemos tristes, que presto habría Tunas, y comeríamos muchas, y beberíamos del zumo de ellas, y teníamos las barrigas muy grandes, y estaríamos muy contentos, y alegres, y sin hambre alguna: y desde el tiempo que esto nos decían, hasta que las Tunas se hubiesen de comer, había cinco, o seis Meses: y en fin, hubimos de esperar a ciertos seis Meses; y cuando fue tiempo, fuimos a comer las Tunas: hallamos por la Tierra muy gran cantidad de Mosquitos, de tres maneras, que son muy malos, y enojosos, y todo lo mas del Verano nos daban mucha fatiga: y para defendernos de ellos, hacíamos al derredor de la Gente muchos fuegos de Leña podrida, y mojada, para que no ardiesen, y hiciesen humo; y esta defensión nos daba otro trabajo, porque en toda la noche no hacíamos sino llorar, del humo que en los ojos nos daba, y sobre eso gran calor, que nos causaban los muchos fuegos, y salíamos a dormir a la Costa; y si alguna vez podíamos dormir, recordaban nos a palos, para que tornásemos a encender los fuegos. Los de la Tierra adentro, para esto usan otro remedio, tan incomportable, y mas que este que he dicho; y es, andar con tizonas en las manos, quemando los Campos, y Montes, que topan, para que los Mosquitos huyan, y también para sacar debajo de Tierra Lagartijas, y otras semejantes cosas, para comerlas: y también suelen matar Venados, cercándolos con muchos fuegos, y usan también esto, por quitar a los Animales el pasto, que la necesidad les haga ir a buscarlo adonde ellos quieren, porque nunca hacen asiento con sus Casas, sino donde hay Agua, y Leña, y alguna vez se cargan todos de esta provisión, y van a buscar los Venados, que muy ordinariamente están donde no hay Agua, ni Leña: y el día que llegan matan Venados, y algunas otras cosas que pueden, y gastan todo el Agua, y Leña en guisar de comer, y en los fuegos que hacen para defenderse de los Mosquitos, y esperan otro día para tomar algo que lleven para el camino; y cuando parten, tales van de los Mosquitos, que parece que tienen enfermedad de San Lázaro: y de esta manera satisfacen su hambre dos, o tres veces en el año, a tan grande costa como he dicho; y por haber pasado por ello, puedo afirmar, que ningún trabajo que se sufra en el Mundo, iguala con este. Por la Tierra ai muchos Venados, y otras Aves, y Animales, de las que atrás he contado. Alcanzan aquí Vacas, y Yo las he visto tres veces, y comido de ellas: y paréceme, que serán del tamaño de las de España: tienen los cuernos pequeños, como Moriscas, y el pelo muy largo, merino, como una bernia, unas son pardillas, y otras negras; y a mi parecer tienen mejor, y mas gruesa carne, que de las de acá. De las que no son grandes, hacen los Indios Mantas para cubrirse, y de las mayores hacen Zapatos, y Rodelas: estas vienen de hacia el Norte, por la Tierra adelante, hasta la Costa de la Florida, y tienden se por toda la Tierra mas de cuatrocientas Leguas: y en todo este camino, por los Valles por donde ellas vienen, bajan las Gentes, que por allí habitan, y se mantienen de ellas, y meten en la Tierra grande cantidad de Cueros.

CAP. XIX. De como nos apartaron los Indios.

Cuando fueron cumplidos los seis Meses, que Yo estuve con los Cristianos, esperando a poner en efecto el concierto que teníamos hecho, los Indios se fueron a las Tunas, que había de allí a donde las habían de coger, hasta treinta Leguas: y ia que estábamos para huirnos, los Indios con quien estábamos, unos con otros riñeron sobre una Mujer, y se apuñearon, y apalearon, y descalabraron unos a otros; y con el grande enojo que hubieron, cada uno tomó su Casa, y se fue a su parte: de donde fue necesario, que todos los Cristianos que allí éramos, también nos apartásemos, y en ninguna manera nos pudimos juntar hasta otro Año: y en este tiempo Yo pasé muy mala vida, así por la mucha hambre, como por el mal tratamiento, que de los Indios recibía, que fue tal, que Yo me hube de huir tres veces de los Amos que tenía, y todos me anduvieron a buscar, y poniendo diligencia para matarme; y Dios Nuestro Señor, por su misericordia, me quiso guardar, y amparar de ellos, y cuando el tiempo de las Tunas tornó, en aquel mismo lugar nos tornamos a juntar. Ya que teníamos concertado de huirnos, y señalado el día, aquel mismo día los Indios nos apartaron, y fuimos cada uno por su parte: y Yo dije a los otros Compañeros, que Yo los esperaría en las Tunas; hasta que la Luna fuese llena: y este día era primero de Septiembre, y primero día de Luna; y avíselos, que si en este tiempo no viniesen al concierto, Yo me iría solo, y los dejaría: y así nos apartamos, y cada uno se fue con sus Indios, y Yo estuve con los míos, hasta trece de Luna: y Yo tenía acordado de me huir a otros Indios, en siendo la Luna llena; y a trece días del Mes llegaron adonde Yo estaba Andrés Dorantes, y Estebanico, y dijeron me como dejaban a Castillo con otros Indios, que se llamaban Anagados, y que estaban cerca de allí, y que habían pasado mucho trabajo, y que habían andado perdidos, y que otro día adelante nuestros Indios se mudaron hacia donde Castillo estaba, y iban a juntarse con los que lo tenían, y hacerse Amigos unos de otros, porque hasta allí habían tenido Guerra: y de esta manera

cobramos à Castillo. En todo el tiempo que comíamos las Tunas, teníamos sed, y para remedio de esto bebíamos el zumo de las Tunas, y sacábamos lo en un hoyo, que en la Tierra hacíamos, y des que estaba lleno, bebíamos de él, hasta que nos hartábamos. Es dulce, y de color de Arrope: esto hacen, por falta de otras Vasijas. Hay muchas maneras de Tunas, y entre ellas hay algunas muy buenas, aunque à mi todas me parecían así, y nunca la hambre me dio espacio para escogerlas, ni parar mientes en cuales eran mejores. Todas las mas de Gentes beben Agua llovediza, y recogida en algunas partes, porque aunque hay Ríos, como nunca están de asiento, nunca tienen Agua conocida, ni señalada. Por toda la Tierra hay muy grandes, y hermosas Dehesas, y de muy buenos pastos para Ganados; y paréceme, que seria Tierra muy fructífera, si fuese labrada, y habitada de Gente de razón. No vimos Sierra en toda ella, en tanto que en ella estuvimos. Aquellos Indios nos dijeron, que otros estaban mas adelante, llamados Camones, que viven hacia la Costa, y habían muerto toda la Gente, que venia en la Barca de Peñalosa, y Téllez, y que venían tan flacos, que aunque los mataban no se defendían: y así los acabaron todos, y nos mostraron Ropas, y Armas de ellos, y dijeron, que la Barca estaba allí al través. Esta es la quinta Barca, que faltaba, porque la del Gobernador ya dijimos como la Mar la llevó: y la del Contador, y los Frailes la habían visto echada al través en la Costa, y Esquivel contó el fin de ellos. Las dos, en que Castillo, y Yo, y Dorantes íbamos, ià hemos contado, como junto à la Isla de Malhado se hundieron.

CAP. XX. De como nos huimos.

Después de habernos mudado, desde à dos días nos encomendamos à Dios Nuestro Señor, y nos fuimos huyendo, confiando, que aunque era ya tarde, y las Tunas se acababan, con los frutos que quedarían en el Campo, podríamos andar buena parte de Tierra. Yendo aquel día nuestro camino, con harto temor que los Indios nos habían de seguir, vimos unos humos, y yendo à ellos, después de Vísperas llegamos allá, do vimos un Indio, que como vio que íbamos à él, huyó, sin querernos aguardar: nosotros enviamos al Negro tras de él, y como vio que iba solo, aguardó lo. El Negro le dijo, que íbamos à buscar aquella Gente, que hacia aquellos humos. El respondió, que cerca de allí estaban las Casas, y que nos guiaría allá, y así lo fuimos siguiendo: y él corrió à dar aviso de como íbamos, y à puesta del Sol vimos las Casas: y dos tiros de Ballesta antes que llegásemos à ellas, hallamos cuatro Indios, que nos esperaban, y nos recibieron bien. Dijimos les, en Lengua de Mariames, que íbamos à buscarlos: y ellos mostraron, que se holgaban con nuestra compañía, y así nos llevaron à sus Casas; y à Dorantes, y al Negro aposentaron en Casa de un Físico: y à mi, y à Castillo en Casa de otro. Estos tienen otra Lengua, y llaman se Avavares, y son aquellos que solían llevar los Arcos à los nuestros, y iban à contratar con ellos; y aunque son de otra Nación, y Lengua, entienden la Lengua de aquellos con quien antes estábamos, y aquel mismo día habían llegado allí con sus Casas. Luego el Pueblo nos ofreció muchas Tunas, porque ya ellos tenían noticia de nosotros, y como curábamos, y de las maravillas, que Nuestro Señor con nosotros obraba (que aunque no hubiera otras) harto grandes eran abrirnos caminos por Tierra tan despoblada, y darnos Gente, por donde muchos tiempos no la había, y librarnos de tantos peligros, y no permitir que nos matasen, y sustentarnos con tanta hambre, y poner aquellas Gentes en corazón, que nos trataran bien, como adelante diremos.

CAP. XXI. De como curamos aquí unos dolientes.

Aquella misma noche, que llegamos, vinieron unos Indios à Castillo, y dijeron le, que estaban muy malos de la cabeza, rogándole, que los curase; y después que los hubo santiguado, y encomendado à Dios, en aquel punto los Indios dijeron, que todo el mal se les había quitado: y fueron à sus Casas, y trajeron muchas Tunas, y un pedazo de carne de Venado, cosa, que no sabíamos que cosa era; y como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche, à que los sanase, y cada uno traía un pedazo de Venado: y tantos eran, que no sabíamos adonde poner la carne. Dimos muchas gracias à Dios, porque cada día iba creciendo su misericordia, y mercedes; y después que se acabaron las curas, comenzaron à bailar, y hacer sus Areytos, y Fiestas, hasta otro día que el Sol salió: y duró la fiesta tres días, por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la Tierra de adelante, y por la Gente que en ella hallaríamos, y los Mantenimientos que en ella había? Respondieron nos, que por toda aquella Tierra había muchas Tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna Gente había, porque todos eran idos à sus Casas, con haber ya cogido las Tunas: y que la Tierra era muy fría, y en ella había muy pocos Cueros. Nosotros, viendo esto, que ya el Invierno, y tiempo frio entraba, acordamos de pasarlo con estos. A cabo de cinco días, que allí habíamos llegado, se partieron à buscar otras

Tunas, adonde había otra Gente de otras Naciones, y Lenguas; y andadas cinco jornadas, con muy grande hambre, porque en el camino no había Tunas, ni otra Fruta ninguna, allegamos à un Rio, donde asentamos nuestras Casas, y después de asentadas, fuimos à buscar una Fruta de unos Arboles, que es como Hieros: y como por toda esta Tierra no ai Caminos, Yo me detuve mas en buscarla: la Gente se volvió, y Yo quedé solo, y viniendo à buscarlos, aquella noche me perdí; y plugo à Dios, que hallé un Árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frio aquella noche, y à la mañana Yo me cargué de Leña, y tomé dos tizones, y volví à buscarlos, y anduve de esta manera cinco días, siempre con mi lumbre, y carga de Leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese Leña, como en muchas partes no la había, tuviese de que hacer otros tizones, y no me quedase sin lumbre, porque para el frio Yo no tenia otro remedio, por andar desnudo, como nascí; y para las noches Yo tenia este remedio, que me iba à las matas del Monte, que estaba cerca de los Ríos, y paraba en ellas, antes que el Sol se pusiese, y en la Tierra hacia un hoyo, y en él echaba mucha Leña, que se cría en muchos Arboles, de que por allí hay muy gran cantidad, y juntaba mucha Leña, de la que estaba caída, y seca de los Arboles, y al derredor de aquel hoyo hacia cuatro fuegos en Cruz, y Yo tenia cargo, y cuidado de rehacer el fuego de rato en rato, y hacia unas gavillas de paja larga, que por allí hay, con que me cubría en aquel hoyo: y de esta manera me amparaba del frio de las noches; y una de ellas el fuego cayó en la paja, con que Yo estaba cubierto, y estando Yo durmiendo en el hoyo, comenzó à arder muy recio, y por mucha priesa que Yo me di à salir, todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que había estado. En todo este tiempo no comí bocado, ni hallé cosa, que pudiese comer: y como traía los pies descalzos, corrió me de ellos mucha sangre; y Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó el Norte, porque de otra manera ningún remedio había de Yo vivir; y à cabo de cinco días llegué à una Ribera de un Rio, donde Yo hallé à mis Indios, que ellos, y los Cristianos me contaban ya por muerto, y siempre creían, que alguna Víbora me había mordido. Todos hubieron gran placer de verme, principalmente los Cristianos, y me dijeron, que hasta entonces habían caminado con mucha hambre, que esta era la causa, que no me habían buscado: y aquella noche me dieron de las Tunas que tenian; y otro día partimos de allí, y fuimos donde hallamos muchas Tunas, con que todos satisficieron su gran hambre; y nosotros dimos muchas gracias à Nuestro Señor, porque nunca nos faltaba su remedio.

CAP. XXII. Como otro día nos trujaron otros enfermos.

Otro día de mañana vinieron allí muchos Indios, y traían cinco enfermos, que estaban tullidos, y muy malos, y venían en busca de Castillo, que los curase: y cada uno de los enfermos ofreció su Arcos, y Flechas, y él los recibió, y à puesta del Sol los santiguó, y encomendó à Dios Nuestro Señor, y todos le suplicamos, con la mejor manera que podíamos, les enviase salud: pues él vía, que no había otro remedio para que aquella Gente nos ayudase, y saliésemos de tan miserable vida, y él lo hizo tan misericordiosamente, que venida la mañana, todos amanecieron tan buenos, y sanos, y se fueron tan recios, como si nunca hubieran tenido mal ninguno. Esto causó, entre ellos, muy gran admiración, y à nosotros despertó, que diésemos muchas gracias à Nuestro Señor, à que mas enteramente conociésemos su bondad, y tuviésemos firme esperanza, que nos había de librar, y traer donde le pudiésemos servir; y de mi sè decir, que siempre tuve esperanza en su misericordia, que me había de sacar de aquella cautividad, y así Yo lo hablé siempre à mis Compañeros. Como los Indios fueron idos, y llevaron sus Indios sanos, partimos donde estaban otros comiendo Tunas, y estos se llaman Cutalches, y Malicones, que son otras Lenguas: y junto con ellos había otros, que se llamaban Coayos, y Susolas, y de otra parte otros, llamados Atayos, y estos tenían Guerra con los Susolas, con quien se flechaban cada día; y como por toda la Tierra no se hablase sino en los misterios, que Dios Nuestro Señor con nosotros obraba, venían de muchas partes à buscarnos, para que los curásemos; y à cabo de dos días, que allí llegaron, vinieron à nosotros unos Indios de los Susolas, y rogaron à Castillo, que fuese à curar un herido, y otros enfermos, y dijeron, que entre ellos quedaba uno, que estaba muy al cabo. Castillo era Medico muy temeroso, principalmente cuando las curas eran muy temerosas, y peligrosas, y creía, que sus pecados habían de estorbar, que no todas veces sucediese bien el curar. Los Indios me dijeron, que Yo fuese à curarlos, porque ellos me querían bien, y se acordaban, que les había curado en las Nueces, y por aquello nos habían dado Nueces, y Cueros; y esto había pasado, cuando Yo vine à juntarme con los Cristianos, y así hube de ir con ellos: y fueron conmigo Dorantes, y Estebanico; y cuando llegué cerca de los Ranchos, que ellos tenían, Yo vi el enfermo, que íbamos à curar, que estaba muerto, porque estaba mucha Gente al derredor de él llorando, y su Casa deshecha, que es señal, que el dueño estaba muerto; y así, cuando Yo llegué, hallé el Indio los ojos vueltos, y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, según à mi me pareció, y lo mismo dijo Dorantes: Yo le quité una Estera, que tenia encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude, supliqué à Nuestro Señor fuese servido de dar salud à aquel, y à todos los otros, que de ella tenían necesidad; y después de santiguado, y soplado muchas veces, me trajeron su Arco, y me lo dieron, y una Sera de Tunas molidas, y llevaron me à curar otros muchos, que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos Serás de

Tunas, las cuales di à nuestros Indios, que con nosotros habían venido; y hecho esto, nos volvimos à nuestro Aposento: y nuestros Indios, à quien di las Tunas, se quedaron allá, y à la noche se volvieron à sus Casas, y dijeron, que aquel estaba muerto, y Yo había curado en presencia de ellos, se había levantado bueno, y se había paseado, y comido, y hablado con ellos, y que todos cuantos había curado, quedaban sanos, y muy alegres. Esto causó muy gran admiración, y espanto, y en toda la Tierra no se hablaba en otra cosa. Todos aquellos à quien esta fama llegaba, nos venían à buscar, para que los curásemos, y santiguásemos sus Hijos; y cuando los Indios, que estaban en compañía de los nuestros, que eran los Cutalchiches, se hubieron de ir à su Tierra, antes que se partiesen nos ofrecieron todas las Tunas, que para su camino tenían, sin que ninguna les quedase; y dieron nos Pedernales, tan largos como palmo y medio, con que ellos cortan, y es entre ellos cosa de muy gran estima. Rogaron nos, que nos acordásemos de ellos, y rogásemos à Dios, que siempre estuviesen buenos, y nosotros se lo prometimos: y con esto partieron los mas contentos Hombres del Mundo, habiéndonos dado todo lo mejor que tenían. Nosotros estuvimos con aquellos Indios Avavares ocho Meses, y esta cuenta hacíamos por las Lunas. En todo este tiempo nos venían de muchas partes à buscar, y decían, que verdaderamente nosotros éramos Hijos del Sol. Dorantes, y el Negro, hasta allí no habían curado: mas por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes à buscar, venimos todos à ser Médicos, aunque en atrevimiento, y osar acometer, cualquier cura, era Yo mas señalado entre ellos; y ninguno jamás curamos, que no nos dijese, que quedaba sano: y tanta confianza tenían, que habían de sanar, si nosotros los curásemos, que creían, que en tanto que nosotros allí estuviésemos, ninguno de ellos había de morir. Estos, y los de mas atrás, nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron, parecía que había quince, ò diez y seis Años, que había acontecido, que decían, que por aquella Tierra anduvo un Hombre, que ellos llaman Mala cosa, y que era pequeño de cuerpo, y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que quando venia à la Casa, donde estaban, se les levantaban los cabellos, y temblaban, y luego parecía à la puerta de la Casa un tizón ardiendo: y luego aquel Hombre entraba, y tomaba al que quería de ellos, y daba les tres cuchilladas grandes por las hijeadas, con un Pedernal muy agudo, tan ancho como una mano, y dos palmos en luengo, y metía la mano por aquellas cuchilladas, y sacabalas las tripas, y que cortaba de una tripa poco mas, ò menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas, y luego le daba tres cuchilladas en un brazo; y la segunda daba por la sangradura, y desconcertaba selo, y donde à poco se lo tornaba à concertar, y ponía le las manos sobre las heridas, y decían nos, que luego quedaban sanos: y que muchas veces, cuando bailaban, aparecía entre ellos en habito de Mujer unas veces, y otras como Hombre: y cuando él quería, tomaba el Buhío, ò Casa, y subía la en alto, y donde à un poco caía con ella, y daba muy gran golpe. También nos contaron, que muchas veces le dieron de comer, y que nunca jamás comió, y que le preguntaban donde venia, y à que parte tenia su Casa, y que les mostró una hendedura de la Tierra, y dijo, que su Casa era allá debajo. De estas cosas, que ellos nos decían, nosotros nos reíamos mucho, burlando de ellas: y como ellos vieron que no lo creíamos, trajeron muchos de aquellos, que decían que él había tomado, y vimos las señales de las cuchilladas, que él había dado en los lugares, en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos, que aquel era un malo; y de la mejor manera que pudimos les dábamos à entender, que si ellos creyesen en Dios Nuestro Señor, y fuesen Cristianos, como nosotros, no ternan miedo de aquel, ni él osaría venir à hacerles aquellas cosas; y que tuviesen por cierto, que en tanto que nosotros en la Tierra estuviésemos, él no osaría parecer en ella. De esto se holgaron ellos mucho, y perdieron mucha parte del temor que tenían. Estos Indios nos dijeron, que habían visto al Asturiano, y à Figueroa con otros, que adelante en la Costa estaban, à quien nosotros llamábamos de los Higos. Toda esta Gente no conocían los Tiempos por el Sol, ni la Luna, ni tienen cuenta del Mes, y Año, y mas entienden, y saben las diferencias de los Tiempos, cuando las Frutas vienen à madurar, y en tiempo que muere el Pescado, y el aparecer de las Estrellas, en que son muy diestros, y ejercitados. Con estos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habíamos de comer lo cavábamos, y traíamos nuestras cargas de Agua, y Leña. Sus Casas, y Mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre, porque no alcanzan Maíz, ni Bellotas, ni Nueces. Anduvimos siempre encueros como ellos, y de noche nos cubríamos con Cueros de Venado. De ocho Meses, que con ellos estuvimos, los seis padecimos mucha hambre, que tampoco alcanzan Pescado. Y al cabo de este tiempo, ià las Tunas comenzaban à madurar, y sin que de ellos fuésemos sentidos, nos fuimos à otros, que adelante estaban, llamados Maliacones: estos estaban una jornada de allí, donde Yo, y el Negro llegamos. A cabo de los tres días envié, que trajese à Castillo, y à Dorantes; y venidos, nos partimos todos juntos con los Indios, que iban à comer una Frutilla de unos Arboles, de que se mantienen diez, ò doce días, entretanto que las Tunas vienen; y allí se juntaron con estos otros Indios, que se llaman Arbadaos, y à estos hallamos muy enfermos, y flacos, y hinchados: tanto, que nos maravillamos mucho, y los Indios con quien habíamos venido se volvieron por el mismo camino: y nosotros les dijimos, que nos queríamos quedar con aquellos, de que ellos mostraron pesar; y así nos quedamos en el Campo con aquellos, cerca de aquellas Casas; y cuando ellos nos vieron, juntaron se, después de haber hablado entre sí, y cada uno de ellos tomó el suyo por la mano, y nos llevaron à sus Casas. Con estos padecimos mas hambre, que con los otros, porque en todo el día no comíamos mas de dos puños de aquella Fruta (la cual estaba verde) tenia tanta leche, que nos quemaba las bocas: y con tener falta de Agua, daba mucha sed, à quien la comía; y como la hambre fuese tanta, nosotros comprémosles dos Perros, y à trueco de ellos les dimos unas Redes, y otras cosas, y un Cuero, con que Yo me cubría. Ya he dicho, como por toda esta Tierra

anduvimos desnudos, y como no estábamos acostumbrados à ello, à manera de Serpientes, mudábamos los Cueros dos veces en el año: y con el Sol, y Aire hacían se nos en los pechos, y en las espaldas, unos empeines muy grandes, de que recibíamos muy gran pena, por razón de las muy grandes cargas, que traíamos, que eran muy pesadas, y hacían, que las cuerdas se nos metían por los brazos; y la Tierra es tan áspera, y tan cerrada, que muchas veces hacíamos Leña en Montes, que cuando la acabábamos de sacar, nos corría por muchas partes sangre, de las espinas, y matas con que topábamos, que nos rompían por donde alcanzaban. A las veces me aconteció hacer Leña, donde después de haberme costado mucha sangre, no la podía sacar, ni acuestas, ni arrastrando. No tenía, cuando en estos trabajos me vía, otro remedio, ni consuelo, sino pensar en la Pasión de Nuestro Redentor Jesús-Cristo, y en la Sangre, que por mi derramó, y considerar cuanto mas sería el tormento, que de las Espinas él padeció, que no aquel, que Yo entonces sufría. Contrataba con estos Indios, haciéndoles Peines, y con Arcos, y con Flechas, y con Redes. Hacíamos Esteras, que son Casas, de que ellos tienen mucha necesidad: y aunque lo saben hacer, no quieren ocuparse en nada, por buscar entretanto que comer, y cuando entienden en esto, pasan muy gran hambre. Otras veces me mandaban raer Cueros, y ablandarlos: y la mayor prosperidad en que Yo allí me vi, era, el día que me daban à raer alguno, porque Yo lo raía muy mucho, y comía de aquellas raeduras, y aquello me bastaba para dos, ò tres días. También nos aconteció con estos, y con los que atrás hubimos dejado, darnos un pedazo de carne, y comérnoslo así crudo, porque si lo pusiéramos à asar, el primer Indio que llegaba, se lo llevaba, y comía: parecía nos, que no era bien ponerla en esta ventura, y también nosotros no estábamos tales, que nos debamos pena comerlo asado, y no lo podíamos también pasar como crudo. Esta es la vida; que allí tuvimos, y aquel poco sustentamiento lo ganábamos con los Rescates, que por nuestras manos hicimos.

CAP. XXIII. Como nos partimos, después de haber comido los Perros.

Después que comimos los Perros, pareciéndonos que teníamos algún esfuerzo para poder ir adelante, encomendémosnos à Dios Nuestro Señor, para que nos guiase, nos despedimos de aquellos Indios, y ellos nos encaminaron à otros de su Lengua, que estaban cerca de allí. E yendo por nuestro camino, llovió, y todo aquel día anduvimos con Agua: y allende de esto perdimos el camino, y fuimos à parar à un Monte muy grande, y cogimos muchas hojas de Tunas, y asémoslas aquella noche en un Horno, que hicimos, y dimos les tanto fuego, que à la mañana estaban para comer: y después de haberlas comido, encomendémosnos à Dios, y partámonos, y hallamos el camino, que perdido habíamos; y pasado el Monte, hallamos otras Casas de Indios, y llegados allá, vimos dos Mujeres, y Muchachos, que se espantaron, que andaban por el Monte, y en vernos huyeron de nosotros, y fueron à llamar à los Indios, que andaban por el Monte; y venidos, pararon se à mirarnos detrás de unos Arboles, y llamémosles, y allegaron se con mucho temor, y después de haberlos hablado, nos dijeron, que tenían mucha hambre, y que cerca de allí estaban muchas Casas de ellos propios, y dijeron, que nos llevarían à ellas: y aquella noche llegamos à donde había cincuenta Casas, y se espantaban de vernos, y mostraban mucho temor; y después que estuvieron algo sosegados de nosotros, allegaban nos con las manos al rostro, y al cuerpo, y después traían ellos sus mismas manos por sus caras, y sus cuerpos: y así estuvimos aquella noche; y venida la mañana, trajeron nos los enfermos, que tenían, rogándonos, que los santiguásemos, y nos dieron de lo que tenían para comer, que eran hojas de Tunas, y Tunas verdes asadas; y por el buen tratamiento que nos hacían, y porque aquello que tenían nos lo daban de buena gana, y voluntad, y holgaban de quedar sin comer por dárnoslo, estuvimos con ellos algunos días: y estando allí, vinieron otros de mas adelante. Cuando se quisieron partir, dijimos à los primeros, que nos queríamos ir con aquellos. A ellos les pesó mucho, y rogaron nos muy ahincadamente que no nos fuésemos: y al fin, nos despedimos de ellos, y los dejamos llorando por nuestra partida, porque les pesaba mucho en gran manera.

CAP. XXIV. De las Costumbres de los Indios de aquella Tierra.

Desde la Isla de Malhado, todos los Indios, que hasta esta Tierra vimos, tienen por costumbre, desde el día que sus Mujeres se sienten preñadas, no dormir juntos, hasta que pasen dos Años, que han criado los Hijos, los cuales maman hasta que son de edad de doce Años, que ya entonces están en edad, que por sí saben buscar de comer. Preguntamos les, que por que los criaban así? Y decían, que por la mucha hambre, que en la Tierra había, que acontecía muchas veces, como nosotros veamos, estar dos, ò tres días sin comer, y à las veces cuatro: y por esta causa los dejaban mamar, porque en los tiempos de hambre no muriesen; y ya que algunos escapasen,

saldrían muy delicados, y de pocas fuerzas; y si acaso acontece caer enfermos algunos, dejan los morir en aquellos Campos, sino es Hijo, y todos los demás, sino pueden ir con ellos, se quedan: mas para llevar un Hijo, ò Hermano, se cargan, y lo llevan acuestas. Todos estos acostumbran dejar sus Mujeres, cuando entre ellos no ai conformidad, y se tornan à casar con quien quieren: esto es entre los Mancebos, mas los que tienen Hijos, permanecen con sus Mujeres, y no las dejan: y cuando en algunos Pueblos riñen, y traban cuestiones unos con otros, apúñense, y apaléense, hasta que están muy cansados, y entonces se desparten: algunas veces los desparten Mujeres, entrando entre ellos, que Hombres no entran à despartir los: y por ninguna pasión que tengan, no meten en ella Arcos, ni Flechas; y des que se han apuñeado, y pasado su cuestión, toman sus Casas, y Mujeres, y van se à vivir por los Campos, y apartados de los otros, hasta que se les pasa el enojo; y cuando ya están desenojados, y sin ira, tornan se à su Pueblo, y de ahí adelante son Amigos, como si ninguna cosa hubiera pasado entre ellos, ni es menester que nadie haga las amistades, porque de esta manera se hacen; y si los que riñen no son casados, van se à otros sus Vecinos, y aunque sean sus Enemigos los reciben bien, y se huelgan mucho con ellos, y les dan de lo que tienen, de suerte, que cuando es pasado el enojo, vuelven à su Pueblo, y vienen ricos. Toda es Gente de Guerra, y tienen tanta astucia para guardarse de sus Enemigos, como temían si fuesen criados en Italia, y en continua Guerra. Cuando están en parte que sus Enemigos los pueden ofender, asientan sus Casas à la orilla de el Monte mas áspero, y de mayor espesura que por allí hallan, y junto à él hacen un Foso, y en este duermen. Toda la Gente de Guerra está cubierta con Leña menuda, y hacen sus saeteras: y están tan cubiertos, y disimulados, que aunque estén cabe ellos, no los ven, y hacen un camino muy angosto, y entra hasta en medio del Monte, y allí hacen lugar para que duerman las Mujeres, y Niños, y cuando viene la noche, encienden lumbres en sus Casas, para que si hubiere Espías, crean que están en ellas, y antes del Alva tornan à encender los mismos fuegos; y si acaso los Enemigos vienen à dar en las mismas Casas, los que están en el Foso salen à ellos, y hacen desde las Trincheas mucho daño, sin que los de fuera los vean, ni los puedan hallar; y cuando no ai Montes en que ellos puedan de esta manera esconderse, y hacer sus celadas, asientan en llano, en la parte que mejor les parece: y cercan se de Trincheas, cubiertas con Leña menuda, y hacen sus saeteras, con que flechan à los Indios, y estos reparos hacen para de noche. Estando Yo con los de Aguenes, no estando avisados, vinieron sus Enemigos à media noche, y dieron en ellos, y mataron tres, y hirieron otros muchos, de suerte, que huyeron de sus Casas por el Monte adelante: y des que sintieron que los otros se habían ido, volvieron à ellas, y recogieron todas las Flechas, que los otros les habían echado, y lo mas encubiertamente que pudieron, los siguieron, y estuvieron aquella noche sobre sus Casas, sin que fuesen sentidos: y al cuarto del Alva les acometieron, y les mataron cinco, sin otros muchos que fueron heridos, y les hicieron huir, y dejar sus Casas, y Arcos, con toda su hacienda; y de ahí à poco tiempo vinieron las Mujeres de los que se llamaban Quevenes, y entendieron entre ellos, y los hicieron Amigos, aunque algunas veces ellas son principio de la Guerra. Todas estas Gentes, cuando tienen enemistades particulares, cuando no son de una Familia, se matan de noche, por asechanzas, y usan unos con otros grandes crueldades.

CAP. XXV. Como los Indios son prestos à un Arma.

Esta es la mas presta Gente para un Arma, de cuantas Yo he visto en el Mundo, porque si se temen de sus Enemigos, toda la noche están despiertos, con sus Arcos à par de sí, y una docena de Flechas: y el que duerme, tienta su Arco, y si no le halla en cuerda, le da la vuelta que ha menester. Salen muchas veces fuera de las Casas, bajados por el suelo, de arte que no pueden ser vistos, y miran, y atalayan por todas partes para sentir lo que hay: y si algo sienten, en un punto son todos en el Campo con sus Arcos, y Flechas, y así están hasta el día, corriendo à unas partes, y otras, donde ven que es menester, ò piensan que pueden estar sus Enemigos. Cuando viene el día, tornan à aflojar sus Arcos, hasta que salen à Caça. Las cuerdas de los Arcos son niervos de Venados. La manera que tienen de pelear es, abajados por el suelo, y mientras se flechan, andan hablando, y saltando siempre de un cabo para otro, guardándose de las Flechas de sus Enemigos: tanto, que en semejantes partes pueden recibir muy poco daño de Ballestas, y Arcabuces, antes los Indios burlan de ellos, porque estas Armas no aprovechan para ellos en Campos llanos, adonde ellos andan sueltos: son buenas para estrechos, y lugares de Agua: en todo lo demás los Caballos son los que han de sojuzgar, y lo que los Indios universalmente temen. Quien contra ellos hubiere de pelear, ha de estar muy avisado, que no le sientan flaqueza, ni codicia de lo que tienen, y mientras durare la Guerra, han los de tratar muy mal: porque si temor les conocen, ò alguna codicia, ella es Gente, que sabe conocer tiempos en que vengarse, y toman esfuerzo del temor de los contrarios. Cuando se han flechado en la Guerra, y gastado su munición, vuélvanse cada uno su camino, sin que los unos sigan à los otros, aunque los unos sean muchos, y los otros pocos: y esta es costumbre suya. Muchas veces se pasan de parte à parte con las Flechas, y no mueren de las heridas, sino toca en las tripas, ò en el corazón, antes sanan presto. Ven, y oyen mas, y tienen mas agudo sentido, que cuantos Hombres Yo creo que ai en el Mundo. Son grandes

sufridores de hambre, y de sed, y de frio, como aquellos que están mas acostumbrados, y hechos à ello, que otros. Esto he querido contar aquí, porque allende que todos los Hombres desean saber las costumbres, y ejercicios de los otros, los que algunas veces se vinieren à ver con ellos, estén avisados de sus costumbres, y ardidés, que suelen no poco aprovechar en semejantes casos.

CAP. XXVI. De las Naciones, y Lenguas.

También quiero contar sus Naciones, y Lenguas, que desde la Isla de Malhado, hasta los últimos ahí. En la Isla de Malhado ai dos Lenguas: à los unos llaman de Caoques, y à los otros llaman de Han. En la Tierra-firme, enfrente de la Isla, hay otros, que se llaman de Chorroco, y toman el nombre de los Montes donde viven. Adelante, en la Costa de la Mar, habitan otros, que se llaman Doguenes; y enfrente de ellos otros, que tienen por nombre los de Mendica. Mas adelante, en la Costa, están los Quevenes; y enfrente de ellos, dentro en la Tierra-firme, los Mariames: y yendo por la Costa adelante, están otros, que se llaman Guaycones; y enfrente de estos, dentro en la Tierra-firme, los Yguaces. Cabo de estos están otros, que se llaman Atayos; y detrás de estos, otros Acubadaos, y de estos hay muchos por esta vereda adelante. En la Costa viven otros, llamados Quitoles; y enfrente de estos, dentro en la Tierra-firme, los Avavares. Con estos se juntan los Maliacones, y otros Cutalchiches, y otros, que se llaman Susolas, y otros, que se llaman Cómos; y adelante, en la Costa, están los Camoles; y en la misma Costa adelante otros, à quien nosotros llamamos los de los Higos. Todas estas Gentes tienen Habitaciones, y Pueblos, y Lenguas diversas. Entre estos hay una Lengua, en que llaman à los Hombres, por mira acá, arre acá, à los Perros xò: en toda la Tierra se emborrachan con un humo, y dan cuanto tienen por él. Beben también otra cosa, que sacan de las hojas de los Arboles, como de Encina, y tuestan la en unos botes al fuego, y después que la tienen tostada, hinchén el bote de Agua, y así lo tienen sobre el fuego, y cuando ha hervido dos veces, echan lo en una Vasija, y están enfriándola con media Calabaza; y cuando está con mucha espuma, beben la tan caliente, cuanto pueden sufrir; y desde que la sacan del Bote, hasta que la beben, están dando voces, diciendo: Que quien quiere beber. Y cuando las Mujeres oyen estas voces, luego se paran sin osarse mudar; y aunque estén mucho cargadas, no osan hacer otra cosa: y si acaso alguna de ellas se mueve, la deshonran, y la dan de palos, y con muy gran enojo derraman el Agua que tienen para beber, y la que han bebido la tornan à lanzar, lo cual ellos hacen muy ligeramente, y sin pena alguna. La razón de la costumbre dan ellos, y dicen: Que si cuando ellos quieren beber aquella Agua, las Mujeres se mueven de donde les toma la voz, que en aquella Agua se les mete en el cuerpo una cosa mala, y que dende à poco les hace morir; y todo el tiempo que el Agua está cociendo, ha de estar el Bote atapado; y si acaso está desatapado, y alguna Mujer pasa, lo derraman, y no beben mas de aquella Agua: es amarilla, y están bebiéndola tres días, sin comer, y cada día bebe cada uno arroba y media de ella; y cuando las Mujeres están con su costumbre, no buscan de comer mas de para sí solas, porque ninguna otra persona come de lo que ellas traen. En el tiempo que así estaba, entre estos vi una diablura, y es, que vi un Hombre casado con otro, y estos son unos Hombres amarionados impotentes, y andan tapados como Mujeres, y hacen oficio de Mujeres, y tiran Arco, y llevan muy gran carga, y entre estos vimos muchos de ellos, así amarionados como digo, y son mas membrudos que los otros Hombres, y mas altos: sufren muy grandes cargas.

CAP. XXVII. De como nos mudamos, y fuimos bien recibidos.

Después que nos partimos de los que dejamos llorando, fuimos nos con los otros à sus Casas, y de los que en ellas estaban fuimos bien recibidos, y trajeron sus Hijos para que les tocásemos las manos, y daban nos mucha Harina de Mezquiquez. Este Mezquiquez es una Fruta, que cuando está en el Árbol es muy amarga, y es de la manera de Algarrobas, y come se con Tierra, y con ella está dulce, y bueno de comer. La manera que tienen con ella es esta: que hacen un hoyo en el suelo, de la hondura que cada uno quiere; y después de echada la Fruta en este hoyo, con un palo tan gordo como la pierna, y de braza y media en largo, la muelen hasta muy molida; y demás que se le pega de la Tierra del hoyo, traen otros puños, y echan la en el hoyo, y tornan otro rato à moler, y después echan la en una Vasija, de manera de una Espuerta, y echan le tanta Agua, que basta à cubrirla, de suerte que quede Agua por cima, y el que la ha molido pruébala, y si le parece que no está dulce, pide Tierra, y revuélvela con ella, y esto hace hasta que la halla dulce, y asiéntanse todos al rededor, y cada uno mete la mano, y saca lo que puede, y las Pepitas de ella tornan à echar sobre unos Cueros, y las Cascaras; y el que lo ha molido

las coge, y las torna à echar en aquella Espuerta, y echa Agua como de primero, y tornan à exprimir el Zumo, y Agua que de ello sale, y las Pepitas, y Cascaras tornan à poner en el Cuero, y de esta manera hacen tres, ò cuatro veces cada moledura: y los que en este Banquete, que para ellos es muy grande, se hallan, quedan las Barrigas muy grandes de la Tierra, y Agua que han bebido, y de esto nos hicieron los Indios muy gran Fiesta, y hubo entre ellos muy grandes Bailes, y Areitos, en tanto que allí estuvimos. Y cuando de noche dormíamos à la puerta del Rancho donde estábamos, nos velaban à cada uno de nosotros seis Hombres, con gran cuidado, sin que nadie nos osase entrar dentro, hasta que el Sol era salido. Cuando nosotros nos quisimos partir de ellos, llegaron allí unas Mujeres de otros, que vivían adelante: y informados de ellas donde estaban aquellas Casas, nos partimos para allá, aunque ellos nos rogaron mucho, que por aquel día nos detuviésemos, porque las Casas adonde íbamos estaban lejos, y no había camino para ellas, y que aquellas Mujeres venían cansadas, y descansando, otro día se irían con nosotros, y nos guiarían, y así nos despedimos; y dende à poco las Mujeres que habían venido, con otras del mismo Pueblo, se fueron tras nosotros: mas como por la Tierra no había caminos, luego nos perdimos, y así anduvimos cuatro leguas, y al cabo de ellas llegamos à beber à un Agua adonde hallamos las Mujeres que nos seguían, y nos dijeron el trabajo que habían pasado por alcanzarnos. Partimos de allí llevándolas por Guía, y pasamos un Rio, cuando ya vino la tarde, que nos daba el Agua à los pechos: sería tan ancho como el de Sevilla, y corría muy mucho, y à puesta del Sol llegamos à cien Casas de Indios; y antes que llegásemos, salió toda la Gente que en ellas había à recibirnos, con tanta grita, que era espanto, y dando en los muslos grandes palmadas: traían las Calabazas horadadas, con Piedras dentro, que es la cosa de mayor fiesta, y no las sacan sino à bailar, ò para curar, ni las osa nadie tomar sino ellos; y dicen, que aquellas Calabazas tiene virtud, y que vienen del Cielo, porque por aquella Tierra no las hay, ni saben donde las había, sino que las traen los Ríos, cuando vienen de avenida. Era tanto el miedo, y turbación que estos tenían, que por llegar mas presto los unos que los otros à tocarnos, nos apretaron tanto, que por poco nos hubieran de matar; y sin dejarnos poner los pies en el suelo nos llevaron à sus Casas, y tanto cargaban sobre nosotros, y de tal manera nos apretaban, que nos metimos en las Casas, que nos tenían hechas, y nosotros no consentimos en ninguna manera que aquella noche hiciesen mas Fiesta con nosotros. Toda aquella noche pasaron entre si en Areitos, y Bailes: y otra día de mañana nos trajeron toda la Gente de aquel Pueblo, para que los tocásemos, y santiguásemos, como habíamos hecho à los otros con quien habíamos estado. Y después de esto hecho, dieron muchas Flechas à las Mujeres del otro Pueblo, que habían venido con las suyas. Otro día partimos de allí, y toda la Gente del Pueblo fue con nosotros; y como llegamos à otros Indios, fuimos bien recibidos, como de los pasados, y así nos dieron de lo que tenían, y los Venados que aquel día habían muerto; y entre estos vimos una nueva costumbre, y es, que los que venían à curarse, los que con nosotros estaban les tomaban el Arco, y las Flechas, y Zapatos, y Cuentas, si las traían, y después de haberlas tomado, nos las traían delante de nosotros para que los curásemos; y curados se iban muy contentos, diciendo, que estaban sanos. así nos partimos de aquellos, y nos fuimos à otros, de quien fuimos muy bien recibidos, y nos trajeron sus enfermos, que santiguándolos decían, que estaban sanos, y el que no sanaba, creía que podíamos sanarle; y con lo que los otros que curábamos les decían, hacían tantas Alegrías, y Bailes, que no nos dejaban dormir.

CAP. XXVIII. De otra nueva costumbre.

Partidos de estos, fuimos à otras muchas Casas, y desde aquí comenzó otra nueva costumbre, y es, que recibiéndonos muy bien, que los que iban con nosotros los comenzaron à hacer tanto mal, que les tomaban las haciendas, y les saqueaban las Casas, sin que otra cosa ninguna les dejasen: de esto nos pesó mucho, por ver el mal tratamiento que à aquellos, que tan bien nos recibían, se hacía; y también porque temíamos, que aquello sería, ò causaría alguna alteración, y escandalo entre ellos; mas como no éramos parte para remediarlo, ni para osar castigar los que esto hacían, hubimos por entonces de sufrir, hasta que mas autoridad entre ellos tuviésemos; y también los Indios mismos, que perdían la hacienda, conociendo nuestra tristeza, nos consolaron, diciendo, que de aquello no recibiésemos pena, que ellos estaban tan contentos de habernos visto, que daban por bien empleadas sus haciendas; y que adelante serian pagados de otros que estaban muy ricos. Por todo este camino teníamos muy gran trabajo, por la mucha Gente que nos seguía; y no podíamos huir de ella, aunque lo procurábamos, porque era muy grande la priesa que tenían por llegar à tocarnos; y era tanta la importunidad de ellos sobre esto, que pasaban tres horas que no podíamos acabar con ellos que nos dejasen. Otro día nos trajeron toda la Gente del Pueblo, y la mayor parte de ellos sin Tuertos de Nubes, y otros de ellos son Ciegos de ellas mismas, de que estábamos espantados. Son muy bien dispuestos, y de muy buenos gestos, mas blancos que otros ningunos de cuantos hasta allí habíamos visto. aquí empezamos à ver Sierras, y parecía que venían seguidas de hacia el Mar del Norte; y así, por la relación que los Indios de esto nos dieron, creemos, que están quince leguas de la Mar. De aquí nos partimos con estos Indios hacia estas Sierras que decimos, y llevaron nos por donde

estaban unos parientes suyos, porque ellos no nos querían llevar sino por do habitaban sus Parientes, y no querían que sus enemigos alcanzasen tanto bien, como les parecía, que era vernos. Y cuando fuimos llegados los que con nosotros iban, saquearon à los otros; y como sabían la costumbre, primero que llegásemos, escondieron algunas cosas; y después que nos hubieron recibido con mucha fiesta, y alegría sacaron lo que habían escondido, y vinieron nos lo à presentar, y esto era Cuentas, y Almagra, y algunas Taleguillas de Plata. Nosotros, según la costumbre, dimos lo luego à los Indios, que con nos venían; y cuando nos lo hubieron dado, comenzaron sus Bailes, y Fiestas, y enviaron à llamar otros de otro Pueblo, que estaba cerca de allí, para que nos viniesen à vèr, y à la tarde vinieron todos, y nos trajeron Cuentas, y Arcos, y otras cosillas, que también repartimos; y otro día, queriéndonos partir, toda la Gente nos quería llevar à otros Amigos suyos, que estaban à la punta de las Sierras, y decían, que allí había muchas Casas, y Gente, y que nos darían muchas cosas, mas por ser fuera de nuestro camino no quisimos ir à ellos, y tomamos por lo llano, cerca de las Sierras, las cuales creíamos que no estaban lejos de la Costa. Toda la Gente de ella es muy mala, y teníamos por mejor de atravesar la Tierra, porque la Gente que está mas metida adentro, es mas bien acondicionada, y trataban nos mejor, y teníamos por cierto, que hallaríamos la Tierra mas poblada, y de mejores mantenimientos. Lo ultimo hacíamos esto, porque atravesando la Tierra, vimos muchas particularidades de ella; porque si Dios Nuestro Señor fuese servido de sacar alguno de nosotros, y traerlo à Tierra de Cristianos, pudiese dar nuevas, y relación de ella. Y como los Indios vieron, que estábamos determinados de no ir por donde ellos nos encaminaban, dijeron nos, que por donde nos queríamos ir, no había Gente, ni Tunas, ni otra cosa alguna que comer: y rogaron nos que estuviésemos allí aquel día, y así lo hicimos. Luego ellos enviaron dos Indios para que buscasen Gente por aquel camino que queríamos ir: y otro día nos partimos, llevando con nosotros muchos de ellos, y las Mujeres iban cargadas de Agua, y era tan grande entre ellos nuestra autoridad, que ninguno osaba beber sin nuestra licencia. Dos leguas de allí topamos los Indios que habían ido à buscar la Gente, y dijeron, que no la hallaban, de lo que los Indios mostraron pesar, y tornaron nos à rogar que nos fuésemos por la Sierra. No lo quisimos hacer, y ellos como vieron nuestra voluntad, aunque con mucha tristeza, se despidieron de nosotros, y se volvieron el Rio abajo à sus Casas, y nosotros caminamos por el Rio arriba, y desde à un poco topamos dos Mujeres cargadas, que como nos vieron, pararon, y descargaron se, y trajeron nos de lo que llevaban, que era Harina de Maíz, y nos dijeron, que adelante en aquel Rio hallaríamos Casas, y muchas Tunas, y de aquella Harina, y así nos despedimos de ellas, porque iban à los otros, donde habíamos partido, y anduvimos hasta puesta del Sol, y llegamos à un Pueblo de hasta veinte Casas, adonde nos recibieron llorando, y con grande tristeza, porque sabían ya, que adonde quiera que llegábamos eran todos saqueados, y robados de los que nos acompañaban, y como nos vieron solos, perdieron el miedo, y dieron nos Tunas, y no otra cosa ninguna. Estuvimos allí aquella noche, y al Alva los Indios que nos habían dejado el día pasado, dieron en sus Casas; y como los tomaron descuidados, y seguros, tomaron les cuanto tenían, sin que tuviesen lugar donde asconder ninguna cosa, de que ellos lloraron mucho: y los robadores para consolarles los decían, que éramos Hijos del Sol, y que teníamos poder para sanar los enfermos, y para matarlos, y otras mentiras, aun mayores que estas, como ellos las saben mejor hacer cuando sienten que les conviene: y dijeron les, que nos llevasen con mucho acatamiento, y tuviesen cuidado de no enojarnos en ninguna cosa, y que nos diesen todo cuanto tenían, y procurasen de llevarnos donde había mucha Gente, y que donde llegásemos robasen ellos, y saqueasen lo que los otros tenían, porque así era costumbre.

CAP. XXIX. De como se robaban los unos à los otros.

Después de haberlos informado, y señalado bien lo que habían de hacer, se volvieron, y nos dejaron con aquellos; los cuales teniendo en la memoria lo que los otros les habían dicho, nos comenzaron à tratar con aquel mismo temor, y reverencia que los otros, y fuimos con ellos tres jornadas, y llevaron nos adonde había mucha Gente; y antes que llegásemos à ellos avisaron como íbamos, y dijeron de nosotros todo lo que los otros les habían enseñado, y añadieron mucho mas, porque toda esta Gente de Indios, son grandes amigos de Novelas, y muy mentirosos, mayormente donde pretenden algún interese. Y cuando llegamos cerca de las Casas, salió toda la Gente à recibirnos con mucho placer, y fiesta: y entre otras cosas, dos Físicos de ellos nos dieron dos Calabazas, y de aquí comenzamos à llevar Calabazas con nosotros, y añadimos à nuestra autoridad esta ceremonia, que para con ellos es muy grande. Los que nos habían acompañado saquearon las Casas, mas como eran muchas, y ellos pocos, no pudieron llevar todo cuanto tomaron, y mas de la mitad dejaron perdido; y de aquí por la Halda de la Sierra nos fuimos metiendo por la Tierra adentro mas de cincuenta leguas, y al cabo de ellas hallamos cuarenta Casas, y entre otras cosas que nos dieron, hubo Andrés Dorantes un Cascabel gordo, grande, de Cobre, y en él figurado un rostro, y esto mostraban ellos, que lo tenían en mucho, y les dijeron, que lo habían habido de otros sus Vecinos: y preguntándoles, que donde habían habido aquello? dijeron les, que lo habían traído de hacia el Norte, y que allí había mucho, y era tenido en grande estima; y entendimos, que do

quiera que aquello había venido, había fundición, y se labraba de Vaciado, y con esto nos partimos otro día, y atravesamos una Sierra de siete Leguas, y las Piedras de ella eran de Escorias de Hierro; y à la noche llegamos à muchas Casas, que estaban asentadas à la Ribera de un muy hermoso Rio, y los Señores de ellas salieron à medio camino à recibirnos con sus Hijos acuestas, y nos dieron muchas Taleguillas de Margajita, y de Alcohol molido, con esto se untan ellos la cara, y dieron muchas Cuentas, y muchas Mantas de Vacas, y cargaron à todos los que venían con nosotros de todo cuanto ellos tenían. Comían Tunas, y Piñones: hay por aquella Tierra Pinos chicos, y las Piñas de ellas son como Huevos pequeños, mas los Piñones son mejores que los de Castilla, porque tienen las cascarras muy delgadas; y cuando están verdes, muelen los, y hacen los Pellas, y así los comen; y si están secos, los muelen con cascarras, y los comen hechos polvos. Y los que por allí nos recibían, des que nos habían tocado, volvían corriendo hasta sus Casas, y luego daban vuelta à nosotros, y no cesaban de correr, yendo, y viniendo. De esta manera traían nos muchas cosas para el camino. aquí me trajeron un Hombre, y me dijeron, que había mucho tiempo que le habían herido con una Flecha por el espalda derecha, y tenia la punta de la Flecha sobre el corazón, decía que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué, y sentí la punta de la Flecha, y vi, que la tenia atravesada por la ternilla, y con un Cuchillo que tenia le abrí el pecho hasta aquel lugar, y vi que tenia la punta atravesada, y estaba muy mala de sacar; torné à cortar mas, y metí la punta del Cuchillo, y con gran trabajo en fin la saqué. Era muy larga, y con un Hueso de Venado, usando de mi Oficio de Medicina, le di dos puntos; y dados, se me desangraba, y con raspa de un Cuero le estanqué la sangre; y cuando hube sacado la punta, pidieron me la, y Yo se la dí, y el Pueblo todo vino à verla, y la enviaron por la Tierra adentro, para que la viesen los que allá estaban, y por esto hicieron muchos Bailes, y Fiestas, como ellos suelen hacer; y otro día le corté los dos puntos al Indio, y estaba sano; y no parecía la herida que le había hecho sino como una raía de la palma de la mano, y dijo, que no sentía dolor, ni pena alguna: y esta cura nos dio entre ellos tanto crédito por toda la Tierra, cuanto ellos podían, y sabían estimar, y encarecer. Mostramos les aquel Cascabel que traíamos, y dijeron nos, que en aquel Lugar de donde aquel había venido, había muchas Planchas de aquello enterradas, y que aquello era cosa que ellos tenían en mucho; y había Casas de asiento, y esto creemos nosotros que es la Mar del Sur, que siempre tuvimos noticia, que aquella Mar es mas rica que la del Norte. De estos nos partimos, y anduvimos por tantas suertes de Gentes, y de tan diversas Lenguas, que no basta memoria à poderlas contar, y siempre saqueaban los unos à los otros; y así los que perdían, como los que ganaban, quedaban muy contentos. Llevábamos tanta compañía, que en ninguna manera podíamos valernos con ellos. Por aquellos Valles donde íbamos, cada uno de ellos llevaba un Garrote, tan largo como tres palmos, y todos iban en ala; y en saltando alguna Liebre (que por allí había hartas) cercaban la luego, y caían tantos Garrotes sobre ella, que era cosa de maravilla, y de esta manera la hacían andar de unos para otros, que à mi ver era la mas hermosa casa que se podía pensar, porque muchas veces ellas se venían hasta las manos; y cuando à la noche parábamos, eran tantas las que nos habían dado, que traía cada uno de nosotros ocho, ò diez cargas de ellas; y los que traían Arcos no parecían delante de nosotros, antes se apartaban por la Sierra à buscar Venados; y à la noche cuando venían, traían para cada uno de nosotros cinco, ò seis Venados, y Paxaros, y Codornices, y otras caças: finalmente, todo cuanto aquella Gente hallaban, y mataban, nos lo ponían delante, fin que ellos osasen tomar ninguna cosa, aunque muriesen de hambre, que así lo tenían ià por costumbre, después que andaban con nosotros, y sin que primero lo santiguásemos; y las Mujeres traían muchas Esteras, de que ellos nos hacían Casas, para cada uno la suya à parte, y con toda su Gente conocida: y cuando esto era hecho, mandábamos que asasen aquellos Venados, y Liebres, y todo lo que habían tomado; y esto también se hacia muy presto en unos Hornos, que para esto ellos hacían; y de todo ello nosotros tomábamos un poco, y lo otro dábamos al Principal de la Gente, que con nosotros venia, mandándole, que lo repartiese entre todos. Cada uno con la parte que le cabía, venían à nosotros para que la soplásemos, y santiguásemos, que de otra manera no osaran comer de ella; y muchas veces traíamos con nosotros tres, ò cuatro mil personas. Y era tan grande nuestro trabajo, que à cada uno habíamos de soplar, y santiguar lo que habían de comer, y beber, y para otras muchas cosas que querían hacer, nos venían à pedir licencia, de que se puede ver, que tanta importunidad recibíamos. Las Mujeres nos traían las Tunas, y Arañas, y Gusanos, y lo que podían haber, porque aunque se muriesen de hambre, ninguna cosa habían de comer, sin que nosotros la diésemos. E yendo con estos, pasamos un gran Rio, que venia del Norte: y pasados unos Llanos de treinta leguas, hallamos mucha Gente, que de lejos de allí venia à recibirnos, y salían al Camino por donde habíamos de ir, y nos recibieron de la manera de los pasados.

CAP. XXX. De como se mudó la costumbre de recibirnos.

Desde aquí hubo otra manera de recibirnos, en cuanto toca al saquearse; porque los que salían de los Caminos à traernos alguna cosa à los que con nosotros venían, no los robaban; mas después de entrados en sus Casas, ellos mismos nos ofrecían cuanto tenían, y las Casas con ello; nosotros las dábamos à los Principales, para que entre

ellos las partiesen, y siempre los que quedaban despojados nos seguían, de donde crecía mucha Gente para satisfacerse de su pérdida: y decían les, que se guardasen, y no escondiesen cosa alguna de cuantas tenían, porque no podía ser sin que nosotros lo supiésemos, y haríamos luego, que todos muriesen, porque el Sol nos lo decía. Tan grandes eran los temores que les ponían, que los primeros días que con nosotros estaban, nunca estaban sino temblando, y sin osar hablar, ni alzar los ojos al Cielo. Estos nos guiaron por mas de cincuenta leguas de despoblado, de muy ásperas Sierras, y por ser tan secas no había caça en ellas, y por esto pasamos mucha hambre, y al cabo un Rio muy grande, que el Agua nos daba hasta los pechos: y desde aquí nos comenzó mucha de la Gente que traíamos à adolecer, de la mucha hambre, y trabajo, que por aquellas Sierras habían pasado, que por extremo eran agras, y trabajosas. Estos mismos nos llevaron à unos Llanos, al cabo de las Sierras, donde venían à recibirnos de muy lejos de allí, y nos recibieron como los pasados; y dieron tanta hacienda à los que con nosotros venían, que por no poderla llevar, dejaron la mitad; y dijimos à los Indios que lo habían dado, que lo tornasen à tomar, y lo llevasen, porque no quedase allí perdido: y respondieron, que en ninguna manera lo harían, porque no era su costumbre, después de haber una vez ofrecido, tornarlos à tomar; y así, no lo teniendo en nada, lo dejaron todo perder. A estos dijimos, que queríamos ir à la puesta del Sol, y ellos respondieron nos, que por allí estaba la Gente muy lejos; y nosotros les mandábamos, que enviasen à hacerles saber, como nosotros íbamos allá, y de esto se excusaron lo mejor que ellos podían, porque ellos eran sus enemigos, y no querían que fuésemos à ellos, mas no osaron hacer otra cosa; y así enviaron dos Mujeres, una suya, y otra que ellos tenían captiva; y enviaron estas, porque las Mujeres pueden contratar, aunque había Guerra, y nosotros las seguimos, y paramos en un Lugar, donde estaba concertado que las esperásemos, mas ellas tardaron cinco días: y los Indios decían, que no debían de hallar Gente. Dijimos les, que nos llevasen hacia el Norte: respondieron de la misma manera, diciendo, que por allí no había Gente, sino muy lejos, y que no había que comer, ni se hallaba Agua; y con todo esto nosotros porfiamos, y dijimos, que por allí queríamos ir, y ellos todavía se excusaban de la mejor manera que podían, y por esto nos enojamos, y Yo me salí una noche à dormir en el Campo, apartado de ellos; mas luego fueron donde Yo estaba, y toda la noche estuvieron sin dormir, y con mucho miedo, y hablándome, y diciéndome cuan atemorizados estaban, rogándonos, que no estuviésemos mas enojados; y que aunque ellos supiesen morir en el camino, nos llevarían por donde nosotros quisiésemos ir, y como nosotros todavía fingíamos estar enojados; y porque su miedo no se quitase, sucedió una cosa extraña, y fue, que este día mismo adolecieron muchos de ellos; y otro día siguiente murieron ocho Hombres. Por toda la Tierra, donde esto se supo, hubieron tanto miedo de nosotros, que parecía en vernos, que de temor habían de morir. Rogaron nos, que no estuviésemos enojados, ni quisiésemos que mas de ellos muriesen; y tenían por muy cierto, que nosotros los matábamos con solamente quererlos: y à la verdad, nosotros recibíamos tanta pena de esto, que no podía ser mayor; porque allende de ver los que morían, temíamos, que no muriesen todos, ò nos dejasen solos de miedo, y todas las otras Gentes de al adelante hiciesen lo mismo, viendo lo que à estos había acontecido. Rogamos à Dios Nuestro Señor, que lo remediase, y así comenzaron à sanar todos aquellos que habían enfermado; y vimos una cosa, que fue de grande admiración, que los Padres, y Hermanos, y Mujeres de los que murieron, de verlos en aquel estado tenían gran pena; y después de muertos, ningún sentimiento hicieron, ni los vimos llorar, ni hablar unos con otros, ni hacer otra ninguna muestra, ni osaban llegar à ellos, hasta que nosotros los mandábamos llevar à enterrar; y mas de quince días, que con aquellos estuvimos, à ninguno vimos hablar uno con otro, ni los vimos reír, ni llorar à ninguna criatura; antes porque una lloró, la llevaron muy lejos de allí, y con unos dientes de Ratón agudos la sajaron desde los hombros, hasta casi todas las piernas. E Yo viendo esta crueldad, y enojado de ello les pregunté, que por que lo hacían? y respondieron, que para castigarla, porque había llorado delante de mi. Todos estos temores que ellos tenían, ponían à todos los otros, que nuevamente venían à conocernos, à fin que nos diesen todo cuanto tenían, porque sabían, que nosotros no tomábamos nada, y lo habíamos de dar todo à ellos. Esta fue la mas obediente Gente que hallamos por esta Tierra, y de mejor condición; y comúnmente son muy dispuestos. Convalecidos los dolientes, y ya que había tres días que estábamos allí, llegaron las Mujeres que habíamos enviado, diciendo, que habían hallado muy poca Gente, y que todos habían ido à las Vacas, que era en tiempo de ellas; y mandamos à los que habían estado enfermos, que se quedasen, y los que estuviesen buenos fuesen con nosotros, y que dos jornadas de allí, aquellas mismas dos Mujeres irían con dos de nosotros à sacar Gente, y traerla al camino, para que nos recibiesen, y con esto otro día de mañana, todos los que mas recios estaban, partieron con nosotros, y à tres jornadas paramos, y el siguiente día partió Alonso del Castillo con Estebanico el Negro, llevando por Guía las dos Mujeres; y la que de ellas era Captiva, los llevó à un Rio, que corría entre unas Sierras, donde estaba un Pueblo, en que su Padre vivía, y estas fueron las primeras Casas que vimos que tuviesen parecer, y manera de ello. aquí llegaron Castillo, y Estevanico; y después de haber hablado con los Indios, à cabo de tres días vino Castillo adonde nos había dejado, y trajo cinco, ò seis de aquellos Indios, y dijo como había hallado Casas de Gente, y de asiento, y que aquella Gente comía Frisoles, y Calabazas, y que había visto Maíz. Esta fue la cosa del Mundo que mas nos alegró, y por ello dimos infinitas gracias à Nuestro Señor, y dijo, que el Negro venia con toda la Gente de las Casas à esperar al camino, cerca de allí; y por esta causa partimos, y andada legua y media topamos con el Negro, y la Gente que venían à recibirnos, y nos dieron Frisoles, y muchas Calabazas para comer, y para traer Agua, y Mantas de Vacas, y otras cosas. Y como estas Gentes, y las que con nosotros venían, eran enemigos, y

no se entendían, partámonos de los primeros, dándoles lo que nos habían dado, y fuimos nos con estos, y à seis leguas de allí, ià que venia la noche, llegamos à sus Casas, donde hicieron muchas Fiestas con nosotros. aquí estuvimos un día, y el siguiente nos partimos, y llevamos los con nosotros à otras Casas de asiento, donde comían lo mismo que ellos; y de hay adelante hubo otro nuevo río, que los que sabían de nuestra vida, no salían à recibirnos à los caminos, como los otros hacían, antes los hallábamos en sus Casas, y tenían hechas otras para nosotros; y estaban todos asentados, y todos tenían vueltas las caras hacia la pared, y las cabezas bajas, y los cabellos puestos delante de los ojos, y su hacienda puesta en montón en medio de la Casa; y de aquí adelante comenzaron à darnos muchas Mantas de Cueros, y no tenían cosa que no nos diesen. Es la Gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza, y habilidad, y que mejor nos entendían, y respondían en lo que preguntábamos; y llamamos los de las Vacas, porque la mayor parte que de ellas mueren, es cerca de allí: y por aquel Río arriba mas de cincuenta leguas van matando muchas de ellas. Esta Gente andan del todo desnudos, à la manera de los primeros que hallamos. Las Mujeres andan cubiertas con unos Cueros de Venado, y algunos pocos de Hombres, señaladamente los que son viejos, que no sirven para la Guerra. Es Tierra muy poblada. Preguntamos les, como no sembraban Maíz? respondieron nos, que lo hacían por no perder lo que sembrasen; porque dos Años arreo les habían faltado las Aguas, y había sido el tiempo tan seco, que à todos les habían perdido los Maíces los Topos; y que no osarían tomar à sembrar, sin que primero hubiese llovido mucho: y rogaban nos que dijésemos al Cielo que lloviese, y se lo rogásemos, y nosotros se lo prometimos de hacerlo así. También nosotros quisimos saber de donde habían traído aquel Maíz, y ellos nos dijeron, que de donde el Sol se ponía, y que lo había por toda aquella Tierra, mas que lo mas cerca de allí era por aquel camino. Preguntamos les, por donde iríamos bien? y que nos informasen del camino, porque no querían ir allá. Dijeron nos, que el camino era por aquel Río arriba hacia el Norte, y que en diez y siete jornadas no hallaríamos otra cosa ninguna que comer, sino una Fruta, que llaman Chacàn, y que la machucan entre unas Piedras; si aun después de hecha esta diligencia, no se puede comer de áspera, y seca, y así era la verdad, porque allí nos lo mostraron, y no lo pudimos comer; y dijeron nos también, que entretanto que nosotros fuésemos por el Río arriba, iríamos siempre por Gente, que eran sus enemigos, y hablaban su misma Lengua, y que no tenían que darnos cosa à comer, mas que nos recibirían de muy buena voluntad, y que nos darían muchas Mantas de Algodón, y Cueros, y otras cosas de las que ellos tenían, mas que todavía les parecía que en ninguna manera no debíamos tomar aquel camino. Dudando lo que haríamos, y cual camino tomaríamos, que mas à nuestro propósito, y provecho fuese, nosotros nos detuvimos con ellos dos días. Daban nos à comer Frisoles, y Calabazas; la manera de cocerlas es tan nueva, que por ser tal, Yo la quise aquí poner, para que se vea, y se conozca cuan diversos, y extraños son los ingenios, y industrias de los Hombres humanos. Ellos no alcanzan Ollas; y para cocer lo que ellos quieren comer, hinchen media Calabaza grande de Agua, y en el fuego echan muchas Piedras, de las que mas fácilmente ellos pueden encender, y toman el fuego; y cuando ven que están ardiendo, toman las con unas Tenazas de Palo, y echan las en aquella Agua que está en la Calabaza, hasta que la hacen hervir con el fuego que las Piedras llevan; y cuando ven que el Agua hierve, echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas Piedras, y echar otras ardiendo, para que el Agua hierva, para cocer lo que quieren, y así lo cuecen.

CAP. XXXI. De como seguimos el camino del Maíz.

Pasados dos días, que allí estuvimos, determinamos de ir à buscar el Maíz, y no quisimos seguir el camino de las Vacas, porque es hacia el Norte, y esto era para nosotros muy gran rodeo; porque siempre tuvimos por cierto, que yendo la puesta del Sol, habíamos de hallar lo que deseábamos, y así seguimos nuestro camino, y atravesamos toda la Tierra, hasta salir à la Mar del Sur; y no bastó à estorbarnos esto el temor que nos ponían de la mucha hambre que habíamos de pasar (como à la verdad la pasamos) por todas las diez y siete jornadas, que nos habían dicho. Por todas ellas el Río arriba nos dieron muchas Mantas de Vacas, y no comimos de aquella su Fruta, mas nuestro mantenimiento era cada día tanto, como una mano de Unto de Venado, que para estas necesidades procurábamos siempre de guardar, y así pasamos todas las diez y siete jornadas, y al cabo de ellas travesamos el Río, y caminamos otras diez y siete. A la puesta del Sol, por unos llanos, y entre unas Sierras muy grandes, que allí se hacen, allí hallamos una Gente, que la tercera parte del Año no comen sino unos Polvos de Paja; y por ser aquel tiempo, cuando nosotros por allí caminamos, hubimos lo también de comer, hasta que acabadas estas jornadas, hallamos Casas de asiento adonde había mucho Maíz allegado, y de ello, y de su Harina nos dieron mucha cantidad, y de Calabazas, y Frisoles, y Mantas de Algodón, y de todo cargamos à los que allí nos habían traído, y con esto se volvieron los mas contentos del Mundo. Nosotros dimos muchas gracias à Dios Nuestro Señor por habernos traído allí, adonde habíamos hallado tanto mantenimiento. Entre estas Casas había algunas de ellas, que eran de Tierra, y las otras todas son de Estera de Cañas; y de aquí pasamos mas de cien leguas de Tierra, y siempre hallamos Casas de asiento, y mucho mantenimiento de Maíz, y Frisoles, y daban nos

muchos Venados, y muchas Mantas de Algodón, mejores que las de la Nueva-España. Daban nos también muchas Cuentas, y de unos Corales que ai en la Mar del Sur, muchas Turquesa; muy buenas que tiene de hacia el Nortes y finalmente dieron aquí todo cuanto tenían, y à mi me dieron cinco Esmeraldas hechas puntas de Flechas, y con estas Flechas hacen ellos sus Areitos, y Bailes; y pareciéndome à mi que eran muy buenas, les pregunté, que donde las habían habido? y dijeron, que las traían de unas Sierras muy altas, que están hacia el Norte, y las compraban à trueco de Penachos, y Plumas de Papagayos; y decían, que había allí Pueblos de mucha Gente, y Casas muy grandes. Entre estos vimos las Mujeres mas honestamente tratadas que à ninguna parte de Indias que hubiésemos visto. Traen unas Camisas de Algodón, que llegan hasta las rodillas, y unas Medias-mangas encima de ellas, de unas faldillas de Cuero de Venado, sin pelo, que tocan en el suelo, y enjabonan las con unas Raíces, que limpian mucho, y así las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante, y cerradas con unas Correas; andan calzados con Zapatos. Toda esta Gente venia à nosotros à que les tocásemos, y santiguásemos; y eran en esto tan importunos, que con gran trabajo lo sufríamos, porque dolientes, y sanos, todos querían ir santiguados. Acontecía muchas veces, que de las Mujeres que con nosotros iban, parían algunas, y luego en nasciendo nos traían la criatura à que la santiguásemos, y tocásemos. Acompañaban nos siempre, hasta dejarnos entregados à otros; y entre todas estas Gentes se tenia por muy cierto, que veníamos del Cielo. Entretanto que con estos anduvimos, caminamos todo el día sin comer hasta la noche; y comíamos tan poco, que ellos se espantaban de verlo. Nunca nos sintieron cansancio; y à la verdad nosotros estábamos tan hechos al trabajo, que tampoco lo sentíamos. Teníamos con ellos mucha autoridad, y gravedad, y para conservar esto les hablábamos pocas veces. El Negro les hablaba siempre: se informaba de los caminos que queríamos ir, y los Pueblos que había, y de las cosas que queríamos saber. Pasamos por gran numero, y diversidades de Lenguas, con todas ellas Dios Nuestro Señor nos favoreció, porque siempre nos entendieron, y les entendimos, y así preguntábamos, y respondían por señas, como si ellos hablaran nuestra Lengua, y nosotros la suya; porque aunque sabíamos seis Lenguas, no nos podíamos en todas partes aprovechar de ellas, porque hallamos mas de mil diferencias. Por todas estas Tierras, los que tenían Guerras con los otros, se hacían luego amigos para venirnos à recibir, y traernos todo cuando tenían, y de esta manera dejamos toda la Tierra en paz, y dijimos les por las señas que nos entendían, que en el Cielo había un Hombre que llamábamos Dios, el cual había criado el Cielo, y la Tierra, y que este adorábamos nosotros, y teníamos por Señor, y que hacíamos lo que nos mandaba, y que de su mano venían todas las cosas buenas, y que si así ellos lo hiciesen, les iría muy bien de ello; y tan grande aparejo hallamos en ellos, que si Lengua hubiera con que perfectamente nos entenderíamos, todos los dejáramos Cristianos. Esto les dimos à entender lo mejor que pudimos; y de ahí adelante, cuando el Sol salía, con muy gran grita abrían las manos juntas al Cielo, y después las traían por todo su cuerpo; y otro tanto hacían cuando se ponía. Es Gente bien acondicionada, y aprovechada para seguir cualquiera cosa bien aparejada.

CAP. XXXII. De como nos dieron los corazones de los venados.

En el Pueblo donde nos dieron las Esmeraldas, dieron à Dorantes mas de seiscientos corazones de Venado abiertos, de que ellos tienen siempre mucha abundancia para su mantenimiento, y por esto le pusimos nombre, el Pueblo de los Corazones, y por él es la entrada para muchas Provincias, que están à la Mar del Sur; y si los que la fueren à buscar, por aquí no entraren, se perderán; porque la Costa no tiene Maíz, y comen Polvo de Bledo, y de Paja, y de Pescado, que toman en la Mar con Balsas, porque no alcanzan Canoas. Las Mujeres cubren sus vergüenzas con Yerba, y Paja. Es Gente muy apocada, y triste. Creemos, que cerca de la Costa, por la vía de aquellos Pueblos, que nosotros trajimos, ai mas de mil Leguas de Tierra poblada, y tienen mucho mantenimiento, porque siembran tres veces en el Año Frisoles, y Maíz. Ai tres maneras de Venados, los de la una de ellas son tamaños como Novillos de Castilla: ai Casas de asiento, que llaman Buhíos, y tienen Yerba, y esto es de unos Arboles, al tamaño de Manzanos, y no es menester mas de coger la Fruta, y untar la Flecha con ella; y sino tiene Fruta, quiebran una Rama, y con la Leche que tienen hacen lo mismo. Hay muchos de estos Arboles, que son tan ponzoñosos, que si majan las Hojas de él, y las lavan en alguna Agua allegada, todos los Venados, y cualesquier otros Animales, que de ella beben, revientan luego. En este Pueblo estuvimos tres días, y à una jornada de allí estaba otro, en el cual nos tomaron tantas Aguas, que porque un Rio creció mucho no lo pudimos pasar, y nos detuvimos allí quince días. En este tiempo Castillo vio al cuello de un Indio una Evilleta de Talabarte de Espada, y en ella cosido un Clavo de herrar: tómesela, y preguntémosle, que cosa era aquella? y dijeron nos, que habían venido del Cielo. Preguntamos le mas, que quien la había traído de allá? y respondieron, que unos Hombres que traían barbas como nosotros, que habían venido del Cielo, y llegado à aquel Rio, y que traían Caballos, y Lanzas, y Espadas, y que habían alanceado dos de ellos; y lo mas disimuladamente que pudimos les preguntamos, que se habían hecho aquellos Hombres? y respondieron nos, que se habían ido à la Mar, y que metieron las Lanzas por debajo del Agua, y que ellos se habían también metido por debajo, y que después los vieron ir por cima, hacia

puesta del Sol. Nosotros dimos muchas gracias à Dios Nuestro Señor, por aquello que oímos, porque estábamos desconfiados de saber nuevas de Cristianos: y por otra parte nos vimos en gran confusión, y tristeza, creyendo que aquella Gente no sería sino algunos, que habían venido por la Mar à descubrir: mas al fin, como tuvimos tan cierta nueva de ellos, démonos mas priesa à nuestro camino, y siempre hallábamos mas nueva de Cristianos; y nosotros les decíamos, que les íbamos à buscar, para decirles, que no los matasen, ni tomasen por Esclavos, ni los sacasen de sus Tierras, ni les hiciesen otro mal ninguno, y de esto ellos holgaban mucho. Anduvimos mucha Tierra, y toda la hallamos despoblada, porque los Moradores de ella andaban huyendo por las Sierras, sin osar tener Casas, ni labrar, por miedo de los Cristianos. Fue cosa de que tuvimos muy gran lastima, viendo la Tierra muy fértil, y muy hermosa, y muy llena de Aguas, y de Ríos, y ver los Lugares despoblados, y quemados, y la Gente tan flaca, y enferma, huida, y escondida toda; y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenían con cortezas de Arboles, y Raíces. De esta hambre à nosotros alcanzaba parte en todo este camino, porque mal nos podían ellos proveer, estando tan desventurados, que parecía que se querían morir. Trujaron nos Mantas, de las que habían escondido por los Cristianos, y dieron nos las: y aun contaron nos, como otras veces habían entrado los Cristianos por la Tierra, y habían destruido, y quemado los Pueblos, y llevado la mitad de los Hombres, y todas las Mujeres, y Muchachos, y que los que de sus manos se habían podido escapar, andaban huyendo. Como los vimos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían, ni podían sembrar, ni labrar la Tierra, antes estaban determinados de dejarse morir, y que esto tenían por mejor, que esperar ser tratados con tanta crueldad, como hasta allí, y mostraban grandísimo placer con nosotros, aunque temimos, que llegados à los que tenían la frontera con los Cristianos, y Guerra con ellos, nos habían de maltratar, y hacer que pagásemos, lo que los Cristianos contra ellos hacían. Mas como Dios Nuestro Señor fue servido de traernos hasta ellos, comenzaron nos à temer, y acatar, como los pasados, y aun algo mas, de que no quedamos poco maravillados: por donde claramente se ve, que estas Gentes todas, para ser atraídas à ser Cristianos, y à obediencia de la Imperial Majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no. Estos nos llevaron à un Pueblo, que está en un cuchillo de una Sierra, y se ha de subir à él por grande aspereza: y aquí, hallamos mucha Gente, que estaba junta, recogidos, por miedo de los Cristianos. Recibieron nos muy bien, y dieron nos cuanto tenían, y dieron nos mas de dos mil cargas de Maíz, que dimos à aquellos miserables, y hambrientos, que hasta allí nos habían traído; y otro día despachamos de allí cuatro Mensajeros por la Tierra, como lo acostubrábamos hacer, para que llamasen, y convocasen toda la mas Gente que pudiesen; à un Pueblo, que esta tres jornadas de allí; y hecho esto, otro día nos partimos con toda la Gente, que allí estaba: y siempre hallábamos rastro, y señales adonde habían dormido Cristianos; y à medio día topamos nuestros Mensajeros, que nos dijeron, que no habían hallado Gente, que toda andaba por los Montes escondidos, huyendo, porque los Cristianos no los matasen, y hiciesen Esclavos: y que la noche pasada habían visto à los Cristianos, estando ellos detrás de unos Arboles, mirando lo que hacían, y vieron como llevaban muchos Indios en Cadenas: y de esto se alteraron los que con nosotros venían, y algunos de ellos se volvieron, para dar aviso por la Tierra, como venían Cristianos, y muchos mas hicieran esto, si nosotros no les dijéramos que no lo hiciesen, ni tuviesen temor: y con esto se aseguraron, y holgaron mucho. Venían entonces con nosotros Indios de cien Leguas de allí, y no podíamos acabar con ellos, que se volvieran à sus Casas; y por asegurarlos, dormimos aquella noche allí, y otro día caminamos, y dormimos en el camino; y el siguiente día, los que habíamos enviado por Mensajeros, nos guiaron adonde ellos habían visto los Cristianos; y llegados à hora de Vísperas, vimos claramente, que habían dicho la verdad: y conocimos la Gente, que era de à Caballo, por las Estacas en que los Caballos habían estado atados. Desde aquí, que se llama el Rio de Petután, hasta el Rio donde llegó Diego de Guzmán, puede haber hasta él, desde donde supimos de Cristianos, ochenta Leguas: y desde allí al Pueblo donde nos tomaron las Aguas, doce Leguas; y desde allí, hasta la Mar del Sur, había doce Leguas. Por toda esta Tierra, donde alcanzan Sierras, vimos grandes muestras de Oro, y Alcohol, Hierro, Cobre, y otros Metales. Por donde están las Casas de asiento es caliente, tanto, que por Enero hace gran calor. Desde allí hacia el Mediodía, de la Tierra que es despoblada, hasta la Mar del Norte, es muy desastrada, y pobre, donde pasamos grande, y increíble hambre; y los que por aquella Tierra habitan, y andan, es Gente crudelísima, y de muy mala inclinación, y costumbres. Los Indios, que tienen Casa de aliento, y los de atrás, ningún caso hacen de Oro, y Plata, ni hallan que pueda haber provecho de ello.

CAP. XXXIII. Como vimos rastro de Cristianos.

Después que vimos rastro claro de Cristianos, y entendimos, que tan cerca estábamos de ellos, dimos muchas gracias à Dios Nuestro Señor, por querernos sacar de tan triste, y miserable cautiverio; y el placer que de esto sentimos, júzguelo cada uno, cuando pensare el tiempo que en aquella Tierra estuvimos, y los peligros, y trabajos porque pasamos. Aquella noche Yo rogué à uno de mis Compañeros, que fuese tras los Cristianos, que

iban por donde nosotros dejábamos la Tierra asegurada, y había tres días de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el cansancio, y trabajo: y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que Yo, por ser mas recios, y mas mozos, mas vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo al Negro, y once Indios, y por el rastro que hallaba, siguiendo à los Cristianos, pasé por tres Lugares, donde habían dormido: y este día anduve diez Leguas; y otro día de mañana alcancé cuatro Cristianos de Caballo, que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido, y en compañía de Indios. Estuvieron me mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban, ni acertaban à preguntarme nada. Yo les dije, que me llevasen adonde estaba su Capitán: y así fuimos media Legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era el Capitán; y después de haberlo hablado, me dijo, que estaba muy perdido allí, porque había muchos días, que no había podido tomar Indios, y que no había por donde ir, porque entre ellos comenzaba à haber necesidad, y hambre; Yo le dije, como atrás quedaban Dorantes, y Castillo, que estaban diez Leguas de allí, con muchas Gentes, que nos habían traído: y él envió luego tres de Caballo, y cincuenta Indios, de los que ellos traían: y el Negro volvió con ellos para guiarlos, y Yo quedé allí, y pedí, que me diesen por Testimonio el Año, y el Mes, y día, que allí había llegado, y la manera en que venia, y así lo hicieron. De este Rio, hasta el Pueblo de los Cristianos, que se llama San Miguel, que es de la Gobernación de la Provincia, que dicen la Nueva Galicia, hay treinta Leguas.

CAP. XXXIV. De como envié por los Cristianos.

Pasados cinco días, llegaron Andrés Dorantes, y Alonso del Castillo, con los que habían ido por ellos, y traían consigo mas de seiscientas Personas, que eran de aquel Pueblo, que los Cristianos habían hecho subir al Monte, y andaban escondidos por la Tierra, y los que hasta allí con nosotros habían venido, los habían sacado de los Montes, y entregado à los Cristianos, y ellos habían despedido todas las otras Gentes, que hasta allí habían traído; y venidos adonde Yo estaba, Alcaraz me rogó, que enviásemos à llamar la Gente de los Pueblos, que están à vera del Rio, que andaban ascondidos por los Montes de la Tierra, y que les mandásemos que trajesen de comer, aunque esto no era menester, porque ellos siempre tenían cuidado de traernos todo lo que podían; y enviamos luego nuestros Mensajeros à que los llamasen, y vinieron seiscientas Personas, que nos trajeron todo el Maíz que alcanzaban, y traían lo en unas ollas tapadas con barro, en que lo habían enterrado, y escondido, y nos trajeron todo lo mas que tenían, mas nosotros no quisimos tomar de todo ello, sino la comida, y dimos todo lo otro à los Cristianos, para que entre sí lo repartiesen; y después de esto pasamos muchas, y grandes pendencias con ellos, porque nos querían hacer los Indios que traemos Esclavos; y con este enojo, al partir dejamos muchos Arcos Turquescos, que traíamos, y muchos Zurriones, y Flechas, y entre ellas las cinco de las Esmeraldas, que no se nos acordó de ellas, y así las perdimos. Dimos à los Cristianos muchas Mantas de Vaca, y otras cosas que traíamos: vimos nos con los Indios en mucho trabajo, porque se volviesen à sus Casas, y se asegurasen, y sembrasen su Maíz. Ellos no querían sino ir con nosotros, hasta dejarnos, como acostumbraban, con otros Indios; porque si se volviesen sin hacer esto, temían que se morirían, que para ir con nosotros no temían à los Cristianos, ni à sus Lanzas. A los Cristianos les pesaba de esto, y hacían, que su Lengua les dijese, que nosotros éramos de ellos mismos, y nos habíamos perdido muchos tiempos había, y que éramos Gente de poca suerte, y valor, y que ellos eran los Señores de aquella Tierra, à quien habían de obedecer, y servir. Mas todo esto los Indios tenían en muy poco, ò nonada de lo que les decían: antes unos con otros, entre si platicaban, diciendo, que los Cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el Sol, y ellos donde se pone: y que nosotros sanábamos los enfermos, y ellos mataban los que estaban sanos: y que nosotros veníamos desnudos, y descalzos, y ellos vestidos, y en Caballos, y con Lanzas: y que nosotros no teníamos codicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban, tornábamos luego à dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin, sino robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada à nadie; y de esta manera relataban todas nuestras cosas, y las encarecían por el contrario de los otros; y así les respondieron à la Lengua de los Cristianos, y lo mismo hicieron saber à los otros, por una Lengua, que entre ellos había, con quien nos entendíamos, y aquellos que la usan llamamos propiamente Primahaitu (que es como decir Vascongados) la cual mas de cuatrocientas Leguas de las que anduvimos, hallamos usada entre ellos, sin haber otra por todas aquellas Tierras. Finalmente nunca pudo acabar con los Indios creer, que éramos de los otros Cristianos, y con mucho trabajo, y importunación los hicimos volver à sus Casas, y les mandamos, que se asegurasen, y asentasen sus Pueblos, y sembrasen, y labrasen la Tierra, que de estar despoblada estaba ià muy llena de Monte, la cual sin duda es la mejor de cuantas en estas Indias ahí, y mas fértil, y abundosa de Mantenimientos, y siembran tres veces en el Año. Tiene muchas Frutas, y muy hermosos Ríos, y otras muchas Aguas muy buenas. Hay muestras grandes, y señales de Minas de Oro, y Plata: la Gente de ella es muy bien acondicionada: sirven à los Cristianos (los que son Amigos) de muy buena voluntad. Son muy dispuestos mucho mas que los de México; y finalmente, es Tierra, que ninguna cosa le falta; para ser muy buena. Despedidos los Indios, nos dijeron, que harían lo que mandábamos, y asentarían sus

Pueblos, si los Cristianos los dejaban; y Yo así lo digo, y afirmo por muy cierto, que si no lo hicieren, será por culpa de los Cristianos.

Después que hubimos enviado à los Indios en paz, y regradado les el trabajo, que con nosotros habían pasado, los Cristianos nos enviaron (debajo de cautela) à un Cebreros, Alcalde, y con él otros dos. Los cuales nos llevaron por los Montes, y despoblados, por apartarnos de la conversación de los Indios, y porque no viésemos, ni entendiésemos lo que de hecho hicieron: donde parece quanto se engañan los pensamientos de los Hombres, que nosotros andábamos à les buscar libertad, y cuando pensábamos que la teníamos, sucedió tan al contrario, porque tenían acordado de ir à dar en los Indios que enviábamos, asegurados, y de paz; y así como lo pensaron, lo hicieron: llevaron nos por aquellos Montes dos días, sin Agua, perdidos, y sin camino, y todos pensamos perecer de sed, y de ella se nos ahogaron siete Hombres, y muchos Amigos, que los Cristianos traían consigo, no pudieron llegar hasta otro día à medio día, adonde aquella noche hallamos nosotros el Agua: y caminamos con ellos veinte y cinco Leguas, poco mas, ò menos; y al fin de ellas llegamos à un Pueblo de Indios de Paz; y el Alcalde que nos llevaba nos dejó allí, y el pasó adelante otras tres Leguas à un Pueblo, que se llamaba Culiacán, adonde estaba Melchor Díaz, Alcalde Mayor, y Capitán de aquella Provincia.

CAP. XXXV. De como el Alcalde Mayor nos recibió bien la noche que llegamos.

Como el Alcalde Mayor fue avisado de nuestra salida, y venida, luego aquella noche partió, y vino adonde nosotros estábamos, y lloró mucho con nosotros, dando loores à Dios Nuestro Señor, por haber vuado de tanta misericordia con nosotros, y nos habló, y trató muy bien; y de parte del Gobernador Nuño de Guzmán, y suya, nos ofreció todo lo que tenia, y podía: y mostró mucho sentimiento de la mala acogida, y tratamiento, que en Alcaraz, y los otros habíamos hallado; y tuvimos por cierto, que si él se hallara allí, se excusara lo que con nosotros, y con los Indios se hizo; y pasada aquella noche, otro día nos partimos, y el Alcalde Mayor nos rogò mucho, que nos detuviésemos allí, y que en esto haríamos muy gran servicio à Dios, y á V. Maj. porque la Tierra estaba despoblada, sin labrarse, y toda muy destruida, y los Indios andaban escondidos, y huidos por los Montes, sin querer venir à hacer asiento en sus Pueblos, y que los enviásemos à llamar, y les mandásemos, de parte de Dios, y de V. Maj. que viniesen, y poblasen en lo llano, y labrasen la Tierra. A nosotros nos pareció esto muy dificultoso de poner en efecto, porque no traemos Indio ninguno de los nuestros, ni de los que nos solían acompañar, y entender en estas cosas. En fin, aventuramos à esto dos Indios de los que traían allí cautivos, que eran de los mismos de la Tierra, y estos se habían hallado con los Cristianos, cuando primero llegamos à ellos, y vieron la Gente que nos acompañaba, y supieron de ellos la mucha autoridad, y dominio, que por todas aquellas Tierras habíamos traído, y tenido, y las maravillas, que habíamos hecho, y los enfermos que habíamos curado, y otras muchas cosas; y con estos Indios mandamos à otros del Pueblo, que juntamente fuesen, y llamasen los Indios, que estaban por las Sierras alzados, y los del Rio de Petaan, donde habíamos hallado à los Cristianos, y que les dijese, que viniesen à nosotros, porque les queríamos hablar; y para que fuesen seguros, y los otros viniesen, les dimos un Calabazón de los que nosotros traíamos en las manos (que era nuestra principal insignia, y muestra de gran estado) y con este ellos fueron, y anduvieron por allí siete días, y al fin de ellos vinieron, y trajeron consigo tres Señores de los que estaban alzados por las Sierras, que traían quince Hombres, y nos trajeron Cuentas, y Turquesas, y Plumas; y los Mensajeros nos dijeron, que no habían hallado à los Naturales del Rio donde habíamos salido, porque los Cristianos los habían hecho otra vez huir à los Montes; y el Melchor Díaz dijo à la Lengua, que de nuestra parte les hablase à aquellos Indios, y les dijese, como venia de parte de Dios, que está en el Cielo, y que habíamos andado por el Mundo muchos Años, diciendo à toda la Gente, que habíamos hallado, que creyesen en Dios, y lo sirviesen, porque era Señor de todas cuantas cosas había en el Mundo, y que él daba galardón, y pagaba à los buenos, y pena perpetua de fuego à los malos; y que cuando los buenos morían, los llevaba al Cielo, donde nunca nadie moría, ni tenían hambre, ni frio, ni sed, ni otra necesidad ninguna, sino la mayor gloria, que se podría pensar; y que los que no le querían creer, ni obedecer sus Mandamientos, los echaba debajo la Tierra, en compañía de los Demonios, y en gran fuego, el cual nunca se había de acabar, sino atormentarlos para siempre; y que allende de esto, si ellos quisiesen ser Cristianos, y servir à Dios, de la manera que les mandásemos, que los Cristianos les tenían por Hermanos, y los tratarían muy bien, y nosotros les mandaríamos, que no les hiciesen n ningún enojo, ni los sacasen de sus Tierras, sino que fuesen grandes Amigos suyos: mas que si esto no quisiesen hacer, los Cristianos les tratarían muy mal, y se los llevarían por Esclavos à otras Tierras. A esto respondieron à la Lengua, que ellos serian muy buenos Cristianos, y servirían à Dios; y preguntados en que adoraban, y sacrificaban, y à quien pedían el Agua para sus Maizales, y la salud para ellos? Respondieron, que à un Hombre que estaba en el Cielo. Preguntémosles, como se llamaba? Y dijeron, que Aguar, y que creían, que él había criado todo el Mundo, y las cosas de él. Tornémosles à preguntar,

como sabían esto? Y respondieron, que sus Padres, y Abuelos se lo habían dicho, que de muchos tiempos tenían noticia de esto, y sabían, que el Agua, y todas las buenas cosas las enviaba aquel. Nosotros les dijimos, que aquel que ellos decían, nosotros lo llamábamos Dios, y que así lo llamasen ellos, y lo sirviesen, y adorasen como mandábamos, y ellos se hallarían muy bien de ello. Respondieron, que todo lo tenían muy bien entendido, y que así lo harían; y mandamos les, que bajasen de las Sierras, y viniesen seguros, y en paz, y poblasen toda la Tierra, y hiciesen sus Casas, y que entre ellas hiciesen una para Dios, y pusiesen à la entrada una Cruz, como la que allí teníamos, y que cuando viniesen allí los Cristianos, los saliesen à recibir con las Cruces en las manos, sin los Arcos, y sin Armas, y los llevasen à sus Casas, y les diesen de comer de lo que tenían, y por esta manera no les harían mal, antes serian sus Amigos; y ellos dijeron, que así lo harían como nosotros lo mandábamos: y el Capitán les dio Mantas, y los trató muy bien; y así se volvieron, llevando los dos, que estaban cautivos, y habían ido por Mensajeros. Esto pasó en presencia del Escribano, que allí tenían, y otros muchos Testigos.

CAP. XXXVI. De como hicimos hacer Iglesias en aquella Tierra.

Como los Indios se volvieron, todos los de aquella Provincia, que eran Amigos de los Cristianos, como tuvieron noticia de nosotros, nos vinieron à ver, y nos trajeron Cuentas, y Plumas; y nosotros les mandamos, que hiciesen Iglesias, y pusiesen Cruces en ellas, porque hasta entonces no las habían hecho; y hicimos traer los Hijos de los Principales Señores, y bautizarlos; y luego el Capitán hizo Pleito homenaje à Dios, de no hacer, ni consentir hacer entrada ninguna, ni tomar Esclavo por la Tierra, y Gente, que nosotros habíamos asegurado; y que esto guardaría, y cumpliría, hasta que su Majestad, y el Gobernador Nuño de Guzmán, ò el Viso rey en su nombre proveyesen en lo que mas fuese servicio de Dios; y de su Maj. y después de bautizados los Niños, nos partimos para la Villa de San Miguel, donde como fuimos llegados vinieron Indios, que nos dijeron, como mucha Gente bajaba de las Sierras, y poblaban en lo llano, y hacían Iglesias, y Cruces, y todo lo que les habíamos mandado: y cada día teníamos nuevas de como esto se iba haciendo, y cumpliendo mas enteramente; y pasados quince días, que allí aviamos estado, llegó Alcaraz con los Cristianos que habían ido en aquella entrada, y contaron al Capitán, como eran bajados de las Sierras los Indios, y habían poblado en lo llano, y habían hallado Pueblos con mucha Gente, que de primero estaban despoblados, y desiertos, y que los Indios les salieron à recibir con Cruces en las manos, y los llevaron à sus Casas, y les dieron de lo que tenían, y durmieron con ellos allí aquella noche. Espantados de tal novedad, y de que los Indios les dijeron, como estaban ya asegurados, mandó que no les hiciesen mal, y así se despidieron. Dios Nuestro Señor por su infinita misericordia quiera, que en los días de V. Majestad, y debajo de vuestro Poder, y Señorío, estas Gentes vengán à ser verdaderamente, y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor que las crió, y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será, y que V. Majestad ha de Ser el que lo ha de poner en efecto (que no será tan difícil de hacer) porque dos mil Leguas que anduvimos por Tierra, y por la Mar en las Barcas, y otros diez Meses que después de salidos de Cautivos, sin parar anduvimos por la Tierra, no hallamos Sacrificios, ni Idolatría. En este tiempo travesamos de una Mar à otra; y por la noticia que con mucha diligencia alcanzamos à entender de una Costa à la otra, por lo mas ancho, puede haber doscientas Leguas: y alcanzamos à entender, que en la Costa del Sur, hay Perlas, y mucha riqueza, y que todo lo mejor, y mas rico está cerca della. En la Villa de San Miguel estuvimos hasta quince días del Mes de Mayo; y la causa de detenernos allí tanto, fue porque de allí hasta la Ciudad de Compostela, donde el Gobernador Nuño de Guzmán residía, ai cien Leguas, y todas son despobladas, y de enemigos: y olieron de ir con nosotros Gente, con que iban veinte de Caballo, que nos acompañaron hasta cuarenta Leguas: y de allí adelante vinieron con nosotros seis Cristianos, que traían quinientos Indios hechos Esclavos; y llegados en Compostela, el Gobernador nos recibió muy bien, y de lo que tenia nos dio de vestir: lo cual Yo por muchos días no pude traer, ni podíamos dormir sino en el suelo: y pasados diez, ò doce días, partimos para México, y por todo el camino fuimos bien tratados de los Cristianos, y muchos nos salían à ver por los Caminos, y daban gracias à Dios de avernos librado de tantos peligros. Llegamos à México Domingo, un día antes de la Víspera de Santiago, donde del Viso rey, y del Marqués de el Valle fuimos muy bien tratados, y con mucho placer recibidos, y nos dieron de vestir, y ofrecieron todo lo que tenían, y el día de Santiago ovo Fiesta, y juego de Cañas, y Toros.

CAP. XXXVII. De lo que aconteció cuando me quise venir.

Después que descansamos en México dos Meses, Yo me quise venir en estos Reinos: y yendo à embarcar en el Mes de Octubre, vino una tormenta que dio con el Navío al través, y se perdió: y visto esto, acorde de dejar pasar el Invierno, porque en aquellas partes es muy recio tiempo para navegar en él: y después de pasado el Invierno por Cuaresma, nos partimos de México Andrés Dorantes, y Yo para la Vera-Cruz para nos embarcar, y allí estuvimos esperando tiempo hasta Domingo de Ramos que nos embarcamos, y estuvimos embarcados mas de quince días por falta de tiempo; y el Navío en que estábamos, hacia mucha Agua. Yo me salí de él, y me pasé à otros de los que estaban para venir, y Dorantes se quedó en aquel: y à diez días de el Mes de Abril partimos del Puerto tres Navíos, y navegamos juntos ciento y cincuenta Leguas: y por el camino los dos Navíos hacían mucha Agua, y una noche nos perdimos de su conserva; porque los Pilotos, y Maestros, según después pareció, no osaron pasar adelante con sus Navíos, y volvieron otra vez al Puerto do habían partido, sin darnos cuenta de ello, ni saber mas de ellos, y nosotros seguimos nuestro viaje; y à cuatro días de Mayo llegamos al Puerto de la Habana, que es en la Isla de Cuba, adonde estuvimos esperando los otros dos Navíos, creyendo que venían hasta dos días de Junio, que partimos de allí con mucho temor de topar con Franceses, que había pocos días que habían tomado allí tres Navíos nuestros: y llegados sobre la Isla de la Bermuda, nos tomó una tormenta, que suele tomar à todos los que por allí pasan, la cual es conforme à la Gente, que dicen que en ella anda, y toda una noche nos tuvimos por perdidos, y plugo à Dios, que venida la mañana cesó la tormenta, y seguimos nuestro camino. A cabo de veinte y nueve días que partimos de la Habana, habíamos andado mil y cien Leguas, que dicen que ai de allí hasta el Pueblo de los Azores: y pasando otro día por la Isla, que dicen del Cuervo, dimos con un Navío de Franceses, à hora de medio día nos comenzó à seguir, con una Carabela que traía, tomada de Portugueses, y nos dieron caça, y aquella tarde vimos otras nueve Velas, y estaban tan lejos, que no pudimos conocer si eran Portugueses, ò de aquellos mismos que nos seguían: y cuando anoheció, estaba el Francés à tiro de Lombarda de nuestro Navío; y des que fue obscuro, hurtamos la derrota, por desviarnos de él; y como iba tan junto de nosotros, nos vio, y tiró la vía de nosotros, y esto hicimos tres, ò cuatro veces: y él nos pudiera tomar si quisiera, sino que lo dejaba para la mañana. Plugo à Dios, que cuando amaneció, nos hallamos el Francés, y nosotros juntos, y cercados de las nueve Velas que he dicho, que à la tarde antes aviamos visto, las cuales conocíamos ser de la Armada de Portugal, y di gracias à Nuestro Señor, por a verme escapado de los trabajos de la Tierra, y peligros de la Mar: y el Francés como conoció ser el Armada de Portugal, soltó la Carabela que traía tomada, que venia cargada de Negros, la cual traían consigo, para que creyésemos que eran Portugueses, y la esperásemos; y cuando la soltó, dijo al Maestre, y Piloto de ella, que nosotros éramos Franceses, y de su conserva: y como dijo esto, metió sesenta remos en su Navío, y así à remo, y à vela se comenzó à ir; y andaba tanto, que no se puede creer; y la Carabela que soltó, se fue al Galeón, y dijo al Capitán, que el nuestro Navío, y el otro eran de Franceses: y como nuestro Navío arribó al Galeón, y como toda la Armada vía que íbamos sobre ellos, teniendo por cierto que éramos Franceses, se pusieron à punto de Guerra, y vinieron sobre nosotros: y llegados cerca les salvamos. Conoció que éramos Amigos, se hallaron burlados por a vérseles escapado aquel Cosario, con haber dicho que éramos Franceses, y de su compañía, y así fueron cuatro Carabelas tras él: y llegado à nosotros el Galeón después de a verles saludado, nos preguntó el Capitán Diego de Silveira, que de donde veníamos, y que Mercadería traíamos: y le respondimos, que veníamos de la Nueva-España, y que traíamos Plata, y Oro: y preguntó nos que tanto seria, el Maestro le dijo que traería trecientos mil Castellanos. Respondió el Capitán: *Boa fee, que venis muito ricos, pero tracedes muy ruin Navío, y muito ruin Artilleria, ò fide puta can à renegado Frances, y que bon bocado perdeo, vota Deus. Ora sus pois vos avedes escapado, seguime, y non vos apartedes de mi, que con ajuda de Deus eu vos porne en Castela.* Y dende à poco volvieron las Carabelas que habían seguido tras el Francés, porque les pareció que andaba mucho, y por no dejar el Armada que iba en guarda de tres Naos que venían cargadas de Especería; y así llegamos à la Isla Tercera, donde estuvimos reposando quince días tomando refresco, y esperando otra Nao, que venia cargada de la India, que era de la conserva de las tres Naos que traía el Armada: y pasados los quince días nos partimos de allí con el Armada, y llegamos al Puerto de Lisboa à nueve de Agosto, Víspera de Señor San Laurencio, Año de mil y quinientos y treinta y siete Años. Y porque es así la verdad, como arriba en esta Relación digo, lo firmé de mi nombre. *Cabeza de Vaca.* Estaba firmado de su nombre, y con el Escudo de sus Armas, la *Relación* donde este se sacó.

CAP. XXXVIII. De lo que sucedió à los demás que entraron en las Indias.

Pues he hecho relación de todo lo susodicho en el viaje, y entrada, y salida de la Tierra hasta volver à estos Reinos, quiero asimismo hacer memoria, y Relación de lo que hicieron los Navíos, y la Gente que en ellos quedó, de lo cual no he hecho memoria en lo dicho atrás; porque nunca tuvimos noticia de ellos hasta después de salidos, que hallamos mucha Gente de ellos en la Nueva-España, y otros acá en Castilla, de quien supimos el suceso, y todo el fin de ello de que manera pasó. Después que dejamos los tres Navíos, porque el otro era à

perdido en la Costa Brava, los cuales quedaban à mucho peligro, y quedaban en ellos hasta cien personas con pocos mantenimientos, entre los cuales quedaban diez Mujeres casadas, y una de ellas había dicho al Gobernador muchas cosas que le acaecieron en el viaje antes que le sucediesen: y esta le dijo, cuando entraba por la Tierra, que no entrase, porque ella creía, que él, ni ninguno de los que con él iban, no saldrían de la Tierra: y que si alguno saliese, que haría Dios por él muy grandes milagros; pero creía, que fuesen pocos los que escapasen, ò no ningunos; y el Gobernador entonces le respondió, que él, y todos los que con él entraban iban à pelear, y conquistar muchas, y muy extrañas Gentes, y Tierras: y que tenia por muy cierto, que conquistándolas habían de morir muchos; pero aquellos que quedasen, serian de buena ventura, y quedarían muy ricos, por la noticia que él tenia de la riqueza que en aquella Tierra había: y dijo le mas, que le rogaba que ella le dijese las cosas que había dicho pasadas, y presentes, quien se las había dicho. Ella le respondió, y dijo, que en Castilla, una Mora de Hornachos se lo había dicho, lo cual antes que partiésemos de Castilla, nos lo había à nosotros dicho, y nos había sucedido todo el viaje de la misma manera que ella nos había dicho. Y después de haber dejado el Gobernador por su Teniente, y Capitán de todos los Navíos, y Gente, que allí dejaba à Carvallo, natural de Cuenca de Huete, nosotros nos partimos de ellos, dejándoles el Gobernador mandado, que luego en todas maneras se recogiesen todos à los Navíos, y siguiesen su viaje derecho la vía del Panuco, y yendo siempre costeano la Costa, y buscando lo mejor que ellos pudiesen el Puerto, para que en hallándolo parasen en él, y nos esperasen. En aquel tiempo que ellos se recogían en los Navíos, dicen que aquellas personas que allí estaban, vieron, y oyeron todos muy claramente, como aquella Mujer dijo à las otras, que pues sus Maridos entraban por la Tierra adentro, y ponían sus personas en tan gran peligro, no hiciesen en ninguna manera cuenta de ellos: y que luego mirasen con quien se habían de casar, porque ella así lo había de hacer, y así lo hizo, que ella, y las demás se casaron, y amancebaron con los que quedaron en los Navíos; y después de partidos de allí los Navíos hicieron vela, y siguieron su viaje, y no hallaron el Puerto adelante, y volvieron atrás: y cinco Leguas mas abajo de donde aviamos desembarcado, hallaron el Puerto, que entraba siete, ó ocho Leguas la Tierra adentro, y era el mismo que nosotros aviamos descubierto, adonde hallamos las Cajas de Castilla, que atrás se ha dicho, à do estaban los cuerpos de los Hombres muertos, los cuales eran Cristianos: y en este Puerto, y esta Costa anduvieron los tres Navíos, y el otro que vino de la Habana, y el bergantín buscándonos cerca de un Año, y como no nos hallaron fueron se à la Nueva-España. Este Puerto que decimos, es el mejor de el Mundo, y entra la Tierra adentro siete, ò ocho Leguas, y tiene seis brazas à la entrada, y cerca de Tierra tiene cinco, y es Lama el suelo de él, y no hay Mar dentro, ni tormenta brava, que como los Navíos que cabrán en él son muchos, tiene muy gran cantidad de Pescado. Está cien Leguas de la Habana, que es un Pueblo de Cristianos en Cuba, y está à Norte Sur, con este Pueblo, y aquí reinan las Brisas siempre, y vãn, y vienen de una parte à otra en cuatro días, porque los Navíos van, y vienen à Cuartel.

Y pues he dado relación de los Navíos, será bien que diga quien son, y de que Lugar de estos Reinos, los que Nuestro Señor fue servido de escapar de estos trabajos. El primero, es Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca, hijo del Doctor Castillo, y de Doña Aldonça Maldonado. El segundo, es Andrés Dorantes, hijo de Pablo Dorantes, natural de Bejar, y Vecino de Gibrleon. El tercero, es Alvar Núñez Cabeza de Vaca, hijo de Francisco de Vera, y nieto de Pedro de Vera el que ganó à Canaria, y su Madre se llamaba Doña Teresa Cabeza de Vaca, natural de Jerez de la Frontera. El cuarto, se llama Estebanicò, es Negro Alárabe, natural de Açamor.